



Plataforma
Ficción

RECORDAR EL OLVIDO

Rosa Montiel

Recordar el olvido

Rosa Montiel



Primera edición en esta colección: mayo de 2014

© Rosa Montiel, 2014

© de las fotografías, Josefina y Juan García, 2014

© del prólogo, Rosa Regàs, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 10951-2014

ISBN: 978-84-16096-38-1

Diseño de cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

PRÓLOGO

El poder creativo de la memoria

EL PROCESO DE ESCRIBIR comienza en el momento en que el autor se sumerge en el interior de sí mismo y valiéndose de la experiencia y de la memoria rescata un elemento en forma de imagen o de pensamiento, miedo, esperanza o amor, que le servirá para seguir con el proceso de creación que ha emprendido. El esfuerzo es considerable porque a veces los recuerdos, igual que las experiencias vividas, se resisten a ser recuperados, y más aún cuando se rescatan del pozo negro del olvido. A partir de este momento se recurre a la imaginación y la fantasía, para que aquel primer relámpago de memoria se desarrolle hasta convertirse en otro elemento distinto, más completo tal vez, más ilusorio, más dramático, que se ha desprendido totalmente de la realidad de la que procede. Nace así un poema, un relato, una novela y muchas veces incluso un ensayo o una investigación histórica o científica.

Si el autor se limitara a contar lo que sabe o lo que recuerda, el texto, con ser valioso, no sería una creación propiamente dicha, sino un conjunto de recuerdos de infancia o de juventud, unas memorias, autobiografías, semblanzas... donde no ha incidido la imaginación que desarrolla aquel recuerdo hasta extremos tan impensables y lejanos, pero tan ciertos, tan inequívocos, que difícilmente se alcanzarían sin el concurso de la fantasía. Solo entonces podemos llamarlo creación, cuando el resultado obtenido se ha desprendido de la realidad inicial de la que procede mostrando otra realidad tan válida y verdadera como la primera, la realidad literaria.

El libro que tenemos entre las manos es un caso claro de esta creación literaria, cuyo proceso comprobamos de forma fehaciente si nos tomamos la molestia de leer estos maravillosos relatos sin identificarnos con los personajes que se mueven cada uno en el ámbito de la narración, sino con la autora del libro, como aconseja Nabokov que leamos,

y como ella misma, Rosa Montiel, reconoce y explica de forma poética, realmente emocionante, en la primera página:

«**Me gusta escribir** porque me ayuda a engullirme y mirar hacia el interior, penetrar en esa habitación oscura y una vez en ella, reconcentrarme en pensamientos, atrapar las mariposas del recuerdo, fantasear, divagar, llenarme de la vida de otros, dar mi vida a otros...»

Cada relato parte de una imagen, de un personaje abrumado por un problema, movido por una esperanza o enfrascado en el agotamiento de su propia situación, que la autora ha rescatado de su memoria o de su larga experiencia: un niño dominante en la escuela, una mujer en la cárcel atropellada por su propia infancia, grupos de adolescentes intentando saber quiénes son y cómo comportarse, y muchos otros sin que sucumba jamás a la repetición de un tema o una circunstancia. Y a partir de ahí aparecen como juegos de prestidigitación, reacciones de los personajes, paisajes rescatados de la memoria o de lecturas, juegos malabares del dominio de las conciencias, diálogos enconados, dulces atardeceres de estío, el viejo y destartado vagón de tercera de un tren, y otros muchos caminos que sustentan el relato y lo van conformando y convirtiendo en un mundo autónomo, ajeno ya a las relaciones con la autora que lo provocaron.

Es admirable cómo Rosa Montiel es capaz de hacerse con la estructura que conviene a cada uno de los relatos, con extrema naturalidad, como si surgiera del argumento que vamos descifrando a medida que leemos, casi sin proponérselo se diría al ver la variedad de métodos y soportes literarios que utiliza, como si tuviera presente, en su inconsciente entrega a la profunda vocación de contar una historia, que cada una de esas historias que nos cuenta sería distinta si la contara y la estructurara de otra forma, y ella hubiera querido contar precisamente la historia que nos está contando, no otra. Esta firmeza en el objetivo que acompaña todos los cuentos penetra de tal forma en el estilo, la expresión literaria de la autora, que sin apenas darnos cuenta nos dejamos seducir por la poesía que la envuelve y la convicción que nos transmite.

Tal vez la simplicidad y precisión del lenguaje no lograrían ser tan certeras si no contaran con la elocuente música de una prosa cuidada que sabe calibrar la importancia de la longitud de las frases y diálogos y de una puntuación original que afianza el ritmo y la intensidad de las emociones, sentimientos y frustraciones, y alcanza incluso a las descripciones de paisajes y entornos ligados a la propia historia.

Mención aparte por la profundidad de un pensamiento que de una forma u otra domina el trasfondo de todos los relatos, y con un soporte de espacio y tiempo menos contundente esta vez, merecen dos de estos relatos que he leído repetidamente con profundo deleite y emoción: *Donde habitan los recuerdos* y *La memoria del olvido*, formados ambos por una estructura de recuerdos y anécdotas, narrados con la clara voluntad de que se conviertan definitivamente en memoria y formen un caparazón que nos salve del olvido. Aunque sea «prendido en la memoria de otros», aclara un personaje, o por decirlo con la misma voz emocionada de otro, «A estas alturas ya sabrás por qué te escribo. Pues sí, es eso que piensas, para no olvidar. Porque sin memoria la biografía se diluye». Y aunque vivimos en un mundo que no parece admitirlo, es cierto, sin memoria no somos nada.

Estamos ante una espléndida colección de cuentos de los que se hace difícil hablar sin entrar en detalles y explicaciones que tal vez desbaratarían la estructura narrativa que la autora ha construido para enderezar su memoria y su conocimiento. ¿Son realmente simples recuerdos los que se nos cuentan en esas historias? ¡Cómo saberlo! Aunque no, ya no lo son, tal vez lo fueron cuando Rosa Montiel los apresó en la profundidad de su conciencia y los rescató del olvido, pero esto era antes de que su original y sorprendente poder creativo los convirtiera en historias, en literatura.

ROSA REGÀS

INTRODUCCIÓN

Me gusta... escribir

«¡Cuánto tarda uno en aprender a escribir! Ahora, a los cincuenta años, empiezo tal vez a darme cuenta.»

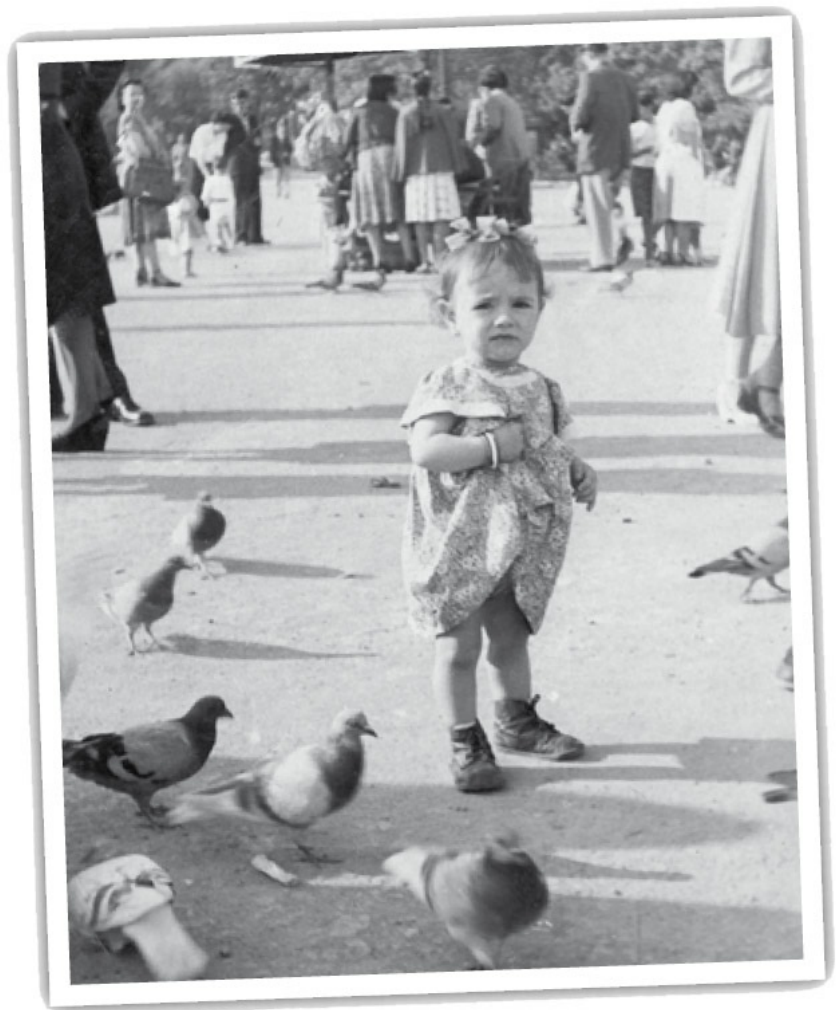
MAX AUB

ME GUSTA ESCRIBIR porque me ayuda a engullirme y mirar hacia el interior, penetrar en esa habitación oscura y, una vez en ella, reconcentrarme en pensamientos, atrapar las mariposas del recuerdo, fantasear, divagar, llenarme de la vida de otros, dar mi vida a otros... Digamos que escribo de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro. Voy de la superficie terrestre al magma abisal y de lo profundo al exterior y otra vez de la superficie al fondo en el que a veces permanezco enlodada y ciega de oscuridad. Escribir es encuentro, goce, tortura, soledad...

¿Por qué escribo? De adolescente, como todos, para mí, para conocerme mejor, para dejar de jugar a las muñecas y jugar a la vida, para perderme, para encontrarme, para saber quién era, por puro placer de reflejarme en el espejo de la cuartilla en blanco, para ensartar emociones y nombrarlas, para huir de mí misma, para olvidar la vida estrecha y mezquina...

¿Y ahora? Por los otros, para tomar su voz y darles la mía, para vencer el miedo, para desatarme y expandirme, para olvidar, para recordar, para que los míos tengan un legado, para esculpir palabras que yacen en el olvido, para traficar con letras, para saltarme los límites, para hablar conmigo misma, por si alguien algún día me lee, para aprender, para saber la verdad, mi verdad, la tuya, la de la gente honesta, para darme, para recibir algo a cambio, para rendir homenaje a mi gente, para drogarme de escritura, para no morir tanto cada día y solo de a poquito, para alegrar el camino antes de toparme con la Parca, porque me va que ni pintiparado...

I. LAS EDADES DE LA INOCENCIA



1. Efraín

—A VER, EFRAÍN, désirle a la señora cuantos años tenés vos.

El niño, retaco de ojos rasgados, permanece mohíno y en silencio.

—Andá, no seás sonso —le achucha la madre entre cariñosa y retadora.

A regañadientes, el pequeño levanta la mano izquierda y hace oscilar la muñeca de un lado a otro, sin mirar a la dependienta a la cara.

—¡Ajá! ¡Cinco años! ¡Qué mayor que eres!

—Discúlpelo, María, es muy vergonzoso. Como hace poco que está acá lo extraña todo, no se ha hecho al lugar...

Evangelina, ya en la calle con el niño de la mano le recrimina cariñosamente:

—Mirá que sós boludo...

En un diminuto cuchitril de treinta metros cuadrados: una cuna, una bebé durmiendo y un hombre en cueros echado en un camastro.

—Pero, Roberto, ¿cómo no le diste aún el biberón a la beba?

Responde con gruñidos, se vuelve hacia la pared dándole la espalda con la intención de seguir durmiendo.

Es lunes. Muy temprano se ha levantado Evangelina. El sueño la venció la noche anterior sentada en la mesa. Trastabillando, al cerrar la tele Roberto, se fue a la cama. En la pila hay platos sucios, un cacillo, una cacerola y una sartén. Allí mismo, provista de una toalla, se lava la cara. Pone el tapón en el desagüe y deja correr más agua. Vendrá bien a los restos de comida para ablandar la suciedad.

Antes de salir, cubre a los niños. Empieza a hacer calor. La primavera se apresura y anticipa días veraniegos.

A las seis de la mañana la ciudad se despereza. No hay trasiego todavía en sus calles. Unos van al tajo y otros vuelven de las entrañas de la noche. Evangelina lleva el paso ligero. Sabe que no hay trabajo indigno, sea el que sea, con tal de echar adelante. Cree tener suerte. Limpiar oficinas, escaleras, la panadería, algunas casas, les permite comer y

pagar el alquiler. Qué importa que allá fuera maestra. Qué importa que añore a los tres hijos que quedaron con los abuelos. Los logrará traer algún día, como recientemente hizo con Efraín. La nena no, ha nacido aquí, fruto de su nueva relación con Roberto. Porque estando en su país, embarazada del menor, un buen día, su esposo dijo que iba a comprar tabaco y nunca más supo de él. La tierra se lo tragó. Claro que él solía *tomar* hasta ponerse morado y pasaba días sin regresar a casa.

Durante un tiempo la paz que reinaba a Evangelina le pareció un sueño. A veces se pellizcaba para despertar. El dolor que sentía en el brazo, en las mejillas, la reconfortaba y la devolvía a la realidad. «Es cierto, mejor así. ¡A qué sufrir tanto y vivir siempre como un perro apaleao!..»

No tuvo suerte. Su anterior compañero la pegaba. También a los niños. A ellos con el cinto. No importaba el motivo. Por cualquier cosa. Tenía mal beber. Se refugiaban los cuatro en el dormitorio de las gemelas, arrebujados, abrazándose, esperando siempre. Hasta que se iba o caía rendido por el sueño. La tregua venía precedida de sus ronquidos. Entonces apagaban la luz.

* * *

—¡No me has oído o es que no te quieres levantar? Venga gandul, ¡arriba!, que son las nueve menos cuarto y te has de lavar.

—Quiero que venga mi mamá —lloriqueó Efraín.

—Pues sí, menuda rosa de pitiminí estás tú hecho. Por mí como si te quieres quedar todo el santo día en la cama.

Roberto se acuesta de nuevo y en pocos minutos coge el sueño.

El niño no osa moverse, no quiere hacer ruido, teme que le regañe si nota su presencia. Le asustan sus modos bruscos, sus cejas pobladas y negras como dos alas de cuervos juntas, su voz bronca.

Pasa el tiempo rodando como las norias. Efraín aún no sabe de relojes. Pero sí sabe si es pronto o tarde según la luz solar: «Siempre llego tarde a la escuela y los niños se ríen de mí». Por las noches le cuesta dormirse. La oscuridad le mata. En la noche y en la soledad nacen los monstruos con zarpas. Los bultos que deja ver la penumbra le parecen hombres malos agazapados que de un momento a otro se le echarán encima. Ladrones que pueden pasarlos a cuchillo en un santiamén. O llevárselo a él, tapándole la boca con

un trapo para que no le oigan, que en la tele dijeron de un niño pequeño secuestrado. No le gusta Roberto. «No es bueno, mamá llora a veces por su culpa.»

El pequeño se prepara el desayuno. Sube a una silla para alcanzar los cereales. Agarra un cazo para la leche. «Mami no quiere que toque el fuego, pero yo sé prender los cerillos. También sé cambiar los pañales a mi hermanita y darle el bibi. Roberto es un baboso antediluviano, un dragón de tres cabezas de los que echan fuego. Los pelos de las cejas y el bigote son de púas de erizo. Si no fuera tan canijo le diría: “Chanco te chanco, chancaquita del diablo, hueles a meados”. Me escarabajeya ahorita verlo así como en la tele. Cuando tenga nueve años como mi hermano Néstor, seré grande y entonces le diré: “Ché, voosss andás bravo en el corral...”. Algún día creceré y dejaré de ser pollito. Y de gallo a gallo ya verás quién picotea más.»

—¡Eh!, tú, ¿dónde estás?

—Acá, Roberto.

—Quédate con tu hermana, voy a comprar tabaco.

«Si se fuera para siempre como mi papá de verdad sería yo el hombrecito de la casa. De mayor quiero casarme con una nena tan linda y buena como mami. Pero lo que más me gustaría es tener mucha plata para que mamá no trabaje tanto.»

* * *

Roberto echa humo como una locomotora de vapor. El cenicero de cristal transparente es un enjambre de colillas retorcidas. Entre sus dedos medio y anular sostiene el cigarrillo, mientras con su mano derecha empuña el mando a distancia y hace záping. Parte de sus dedos y uñas tienen color azafranado.

La bebé balbucea en el cochecito «pa-pa-pa-pa-pa».

—No, desí vos ma-ma-ma-ma-ma —le responde flojito Efraín.

Los niños están lo más lejos posible de Roberto, es un decir, porque no hay lejanía en espacio tan chico. En la estancia todo está a la vista, excepto un plato de ducha y un retrete en un pequeño patio trasero de adobe. Efraín, ante el carricoche de la bebé, hace avanzar las ruedas de delante hacia atrás.

—Toma las monedas, Efraín, y acércate al súper. Compra leche y una bolsa de macarrones. Apresúrate, tu madre está al llegar.

Con las monedas en las manos se sentó en el bordillo a mirarlas. Resplandecían con el brillo codicioso de los sueños. Calculó aproximadamente de cuántas disponía, qué cosas

le gustaría comprarse. «Paloduz, conguitos, helados, canicas, estampitas, patatillas... ¡Y una bicicleta!»

Frustrado, debatiéndose entre el deseo y la realidad que se le impone, está tentado de tirar las monedas una a una en la alcantarilla. Las alcantarillas tienen boca y tragan agua. Las alcantarillas comen escombros y hojas caídas de los árboles. Su boca es una rejilla de hierro; su estómago, un pozo encantado. Si él pudiera levantar el enrejado llegaría hasta el mar, cogería un barco y volvería a su casa de allá. Sin embargo, Efraín no quiere disgustar a su madre. Se quedará y cumplirá el encargo por mucho que le guste soñar y las chuches y ser mayor. Recuerda las palabras de mamá: «Venimos para mejorar y que podás ser un hombre de provecho y no un haragán».

De vuelta, se para en un rincón de la calle donde se apilan los trastos desechados. Allí encontró días atrás un tren de hojalata y una pelota de goma. Se afana rebuscando como quien espera encontrar un tesoro. Agarra una caja de madera pintada con flores. En el centro, orlada de rosas, hay una niña rubia de mofletes sonrosados y boquita desteñida. Juega con un aro. «Me lo quedo para los cromos.»

Al llegar a su casa, la madre está dando la papilla a la nena.

—¿Y eso? —dice enarcando una ceja.

—Es para ella cuando ingrese en la escuela.

—¡Macanudo!

—Ta-ta-ta-ta —dice la pequeña mirando la caja que le muestra su hermano.

—¿Se ha ido Roberto? —pregunta Efraín.

—Vos sabés...

—Pero ¿volverá?

—Tarde, creo...

Efraín observa a su madre, tiene cara de haber llorado, los ojos están húmedos; en una de sus mejillas, encendida como una rosa, ha prendido la marca de unos dedos de fuego.

—¿Lloras, mami?

—Me entró una broza... —Su voz suena bajito, sin convicción, desliéndose en las últimas palabras—. Ahorita me vas ayudar a poner la mesa mientras yo preparo la cena.

—Vale, mamuchi.

2. Un trébol de cuatro hojas

«Yo no confiaría en alguien que no tuviera miedo.[...] Pero en cuanto al miedo, sabes, yo que tú no lo trataría de ignorar. Esa es una pésima costumbre, avergonzarse de algo que existe. Yo lo contemplaría cara a cara, es lo mejor que se puede hacer. Tratarlo con familiaridad, como quien dice.»

ARIEL DORFMAN

«Durante dos años, Johnny, un muchacho tranquilo de trece años, fue un juguete para alguno de sus compañeros de clase. Los adolescentes le acosaban pidiéndole dinero, le forzaban a tragar hierba y beber leche con detergente, le pegaban en el baño y le ataban una cuerda alrededor del cuello, llevándolo por ahí como un perro. Cuando los torturadores de Johnny fueron interrogados, contestaron que perseguían a su víctima por diversión.»

DAN OLWEUS

«[...] y yo tenía miedo, pero no un miedo físico, sino otro más grandioso y más lejano, un pavor que no comprendía, el mismo que sentía cuando la tarde empezaba a venir, a caer. La tarde caía entonces del cielo, del aire, y salía también de la tierra y fluía de nosotros. Desde nosotros atardecía y nosotros con la tarde también atardecíamos.»

CARLOS DROGUETT

—NI UNA PALABRA DE ESTO. Si largas, ya sabes qué les pasa a los chivatos.

Carlos se llevó los dedos índice y medio al cuello y simuló un tajo certero en la yugular. Su compañero, Fermín, añadió:

—¿Has oído bien? Ni una palabra. No nos gustan los soplones ni los cobardes.

Diego le sostenía todavía junto al retrete con la nuca doblada por el peso de su rodilla y la cabeza dentro de la taza.

Carlos, silbando, tiró de la cadena.

—Bebe, mamón —dijo Fermín.

¿Qué había ocurrido momentos antes? Quién sabe. Acaso se aburrían. O quizá querían divertirse un rato y pasarlo bien. Más de una vez ocurría porque sí, sin más.

Por eso Carlos musitó entre dientes cuando lo dejaron allí tirado como un muñeco de trapo:

—Te hacemos un favor.

Johnny apretó los labios con fuerza. Barruntó que a partir de entonces viviría solo con aquello, que ya nadie le vería. Se miró los pies y no tocaban el suelo. Palpó su cuerpo maltrecho. Se sentía apenas una ameba invisible.

«Te hacemos un favor, un favor, un favor...» Creía tener una locomotora dentro del cerebro y que un vagón iba a descarrilar de un momento a otro. Sus extremidades temblaban cual hojas. Un áspero sabor en la boca, la lengua hinchada, la garganta reseca. Regusto amargo a detergente. Carraspeó y escupió. Le sobrevinieron arcadas.

Le habían llevado de forma humillante a cuatro patas, amarrado con una cuerda alrededor del cuello. Las rodillas le ardían, pero menos que las manos, que tenía enrojecidas y con vesículas, alguna de ellas reventada del roce de las piedras y las matas.

—Venga, ahora ladra —dijo Carlos.

—¿Estás sordo? —oyó que decía Diego.

—¡Que ladres, cabrón! —gritó Fermín dándole un puntapié en la rabadilla.

Johnny cayó hacia delante. Las mejillas le ardían. No podía entender qué le estaban diciendo.

—Anda, Bobby, sé bueno, demuéstranos que eres un perro obediente...

Era la voz de Carlos impostada. Le pareció que trataba de imitar a la suya. También pensó que estaba soñando, todo era tan extraño y tan real al mismo tiempo que creía que le estaba ocurriendo a otro, sí, debía de ser eso, le pasaba a otro, no podía ser él, él no estaba allí, estaría en su casa tranquilamente repasando la lección, a él no podía ocurrirle todo eso, qué les había hecho, si siempre cedía a sus peticiones para evitar disgustos, si nunca largó nada en la escuela, si ni siquiera su madre sabía lo que estaba ocurriendo...

Mas no era un sueño, estaba allí como un animal cuadrúpedo. Y a cuatro patas se sentía no solo ridículo, sino impotente, despreciable. En esa forma se deja de ser persona y se pasa a ser un animalillo indefenso y asustado. Ya no se piensa, solo se cumplen órdenes con tal de que todo termine pronto. Pero ni el tiempo transcurría de su parte, parecía estar detenido o sublevado. Era mejor olvidar. Por eso, como pudo, llegó hasta el surtidor y se limpió la sangre que le manaba por la nariz.

De la comisura de la boca, surgía una saliva espesa y verdosa que le amargaba. No había tenido más remedio que comer hierba. Eligió, cuando la reconocía, el trébol,

concentrado como estaba en encontrar uno de cuatro hojas y cambiar así la suerte de una vez por todas.

«Yo no ladraré. Sellaré mi boca con esa aguja ensartada de cordoncillo con que mamá cose la piel del pollo cuando lo rellena en Navidad.»

Ni una palabra, ni una sola palabra, salió de sus labios. Él no era ningún soplón.

Pero su cabeza era un tiovivo. Las imágenes centelleaban y le dolían en los ojos. Se creía ya en las mismísimas calderas de Pedro Botero. Siempre aparecía el trío. Carlos, Fermín y Diego. Su pesadilla, su sombra de figuras agrandadas. Tres gallos de pelea. Se acostaba con ellos por la noche. Los cuatro. No se los podía quitar de la cabeza. Se dormía pensando en el trío de matones. A media noche, lo despertaba el terror de sus sueños. Y él, cada vez más chico, encogido, con un balón de acero en el estómago. Mientras ellos se agigantaban y ocupaban todo el espacio de su habitación, de la clase, del patio. En sueños, en la realidad, de noche y de día, a todas horas. Y la cama que amanecía como un campo de Agramante. Tres gigantes que bramaban cual bovinos, apestando a tabaco y sudor. El álamo de la escuela, al lado de ellos, no era más grande que un juguete. O así lo creía Johnny, que a su lado se sentía un enano.

Por las noches, Johnny hablaba en sueños. «Dejadme, por favor. Yo no he hecho nada. Parad ya, no me deis más patadas.» «Vale, tío, te dejaremos. Ya sabes, son dos euros por barba y pasarnos el examen.»

Mas no le dejaron en paz ni en sueños. Volvían una y otra vez a hacerse presentes. En el recreo, a la salida de la escuela, en clase, en los lavabos, cualquier excusa bastaba para armar gresca. Llamadas por el móvil, mensajes que ponían los pelos de punta, acorralamientos, empellones, escupitajos. Los demás chavales miraban y callaban. Observaban sin rechistar o en el peor de los casos podía darles por jalearse a los agresores.

Con frecuencia Johnny pensaba en su padre. A su edad se añora lo que nunca se ha tenido, se fantasea, cómo sería en realidad, qué clase de vida hubiera sido la suya con un padre a su lado. Sin embargo, también se enfurecía al pensar en él. Sí, él tenía la culpa, se fue sin esperar verlo crecer, sin llamarle ni visitarle más. A veces creía odiarle. Si estuviera delante de él se lo echaría en cara, discutirían y le diría cómo le había hecho sentir todo este tiempo. Poca cosa. Un don nadie, visible solo para el escarnio.

Su mente no logra fijar una imagen del hombre que fue su padre. Ningún recuerdo. Volvió justo para dejar a su madre de nuevo preñada y se esfumó tal y como había aparecido cuando tenía tres años. Así, tan de repente. Él y su hermano llevaban los

apellidos maternos. Sobre sus espaldas recae la responsabilidad de su hermano menor: lograr que se levante para ir a la escuela, que se asee, que desayune. Bajar las escaleras a toda pastilla tirando de la mano de su hermano, que se demora, y tomar carrera hacia el colegio. Musitar para sí, temer qué le deparará el día, sentir un gorrión asustado en su garganta pugnando por salir.

Y ya en el patio, las mofas de siempre:

—Bueno, ¿pero es verdad que tu madre es soltera?

—Sabes, tú eres un hijo de perra.

Y el rubor, los titubeos, la rabia contenida que vuelven una vez más. La lengua, como una esponja hinchándose hasta tocar el paladar, quedando enredada repitiendo la misma sílaba. Y el trío volviendo a la carga una y otra vez, sin cejar siquiera en clase ni en presencia del profesor.

—Tartaja de mierda.

—No eres más que un tarao.

Entonces Johnny, con gran inquietud, empezaba a abrir y cerrar el pupitre simulando estar concentrado en alguna tarea que ni él mismo lograba saber cuál era. O tal vez sí. Repetir una y otra vez la misma acción parecía tranquilizarle.

—Deje de hacer tontadas, Johnny. ¿No tiene otra cosa mejor qué hacer? —le amonestó el profesor.

Por la tarde, él y su hermano solos en casa, se asustaban con cualquier ruido inesperado. Un mueble que crujía, unos pasos subiendo la escalera... Cierta día Johnny se alarmó con el ruido de dos hojas mustias de dalia al caer sobre la mesa del comedor. Y ese olor de agua sucia y estancada le resultaba nauseabundo. Se veía a sí mismo con la cabeza metida en el váter y a los tres jactándose al humillarlo. Se sentía al límite de sus fuerzas, en permanente estado de tensión y presa fácil de sobresaltos.

Tanta preocupación le consumía. Su atención en la escuela no era buena; si el profesor le preguntaba algo, tardaba tanto en responder que toda la clase se echaba a reír a carcajadas. Se acostaba rendido sin haber hecho los deberes. Muchas veces no lograba conciliar el sueño. A menudo decía a su madre que le dolía el estómago o la cabeza y se quedaba en la cama. Sin embargo, nunca le dijo que lo que de veras sentía era miedo.

Dos años vivió aquel calvario como un antiguo mártir cristiano: con mucha resignación, esperando el milagro de encontrar un trébol de cuatro hojas y rezando a Dios para que su madre no se enterara, porque sabía que era brava, una leona

defendiendo a sus cachorros, capaz de enfrentarse con quien fuera, y que luego los abusones arremeterían contra él y no pararían nunca de burlarse.

Una vez más no dijo nada.

Por la mañana su madre le despertó. Sentado en la cama, con voz rota, dijo que se encontraba mal, que le dolía la garganta.

—¿No tendrás anginas otra vez?

Vaciló. Estuvo a punto de levantarse e ir a buscar las tijeras y cortar el cordón que sellaba su boca. Por debajo de las sábanas se pellizcó el muslo con fuerza y se dijo: «No lloraré ante mi madre», aunque su pena se habría aligerado con lágrimas, sentía que era bastante mayor ya y el único hombre de la casa. Tal vez solo unas semanas antes hubiera buscado su abrazo protector, quién sabe si le habría dicho lo que ocurría. Ahora, no. Se aclaró la garganta y contestó con un hilo de voz:

—Sí, anginas...

Antes de marchar la madre con el pequeño, le hizo desayunar y tomar un comprimido efervescente. Su mamá no encendió la luz para evitarle molestias. El día comenzaba a introducirse con levedad por las rendijas de las persianas.

Cuando oyó que cerraban la puerta y bajaban las escaleras, las compuertas de los ojos de Johnny se abrieron de par en par. En medio de sollozos y espasmos se levantó y empezó a dar vueltas por su reducida habitación como una fiera enjaulada. Su madre no regresaría hasta la tarde. El almuerzo se lo traería la vecina del rellano, una viejita de pelo cano y ojos vivarachos.

Se preguntaba cómo encontrar alivio, cómo seguir disimulando, cómo sobrevivir en silencio. Hasta cuándo y cuánto sería capaz de resistir. Si al menos se le ocurriese algo, si tuviera una inspiración que le iluminara. Sentía la cabeza pesada y vacía de ideas. Era incapaz de pensar. Y, peor aún, qué decidir, y si tomaba alguna decisión, si se vería con fuerza suficiente para llevarla a cabo. Dudaba.

Respiró hondo, ensanchó los pulmones. Tenía que actuar. Las malas hierbas prosperan en tierra abonada. Él estaba hecho de buena pasta, tan solo le hacían sentir diferente y pagar por ello. ¿Qué podía perder si hablaba? ¿De qué le había protegido el silencio hasta ahora? Si no hacía nada todo seguiría igual y él pagaría con su salud o quizá con su vida. Debería actuar, decidir, cambiar. Y entonces fue cuando se oyó a sí mismo con voz recia y enronquecida decir «nunca más», mientras agarraba el auricular del teléfono con

una mano y con la otra marcaba un número anotado en papel viejo y arrugado, el papel donde se escriben las esperanzas nuevas.

Después de esa llamada, percibió que su habitación se ensanchaba, las paredes se tornaban acogedoras como abrazos, los muebles parecían nuevos y relucientes, sus pósteres descoloridos cobraban vida y sus ídolos musicales eran colegas al que él llamaba de tú. Por la ventana entraba el sol y su música preferida empezaba a sonar. Se preguntó si estaría teniendo una visión. Ninguna pesadez en sus hombros, la cintura suelta, los pies ligeros. Todo era una invitación a bailar y lo hizo primero con movimientos amplios y suaves, y a medida que danzaba se sentía más y mejor Y así estuvo bastante tiempo como si hubiera ocurrido algún prodigio.

Fue al baño y se lavó la cara. Ante el espejo sonrió a su imagen con los labios ya descosidos, abiertos y francos. Guiñó un ojo y se fue al dormitorio. Se arrebujó entre las frazadas y dejó que el sueño lo fuera invadiendo poco a poco. Estaba seguro que su pesadilla tocaba a su fin.

Tomar una decisión es más fácil que encontrar un trébol de cuatro hojas.

Entre sueños, o quizá todavía despierto, oyó la voz ¿de su padre? Sí, no del padre real que huyó, sino del padre del deseo que todos llevamos dentro:

—Yo que tú no lo trataría de ignorar, no puedes avergonzarte de algo que existe. Míralo cara a cara, es lo mejor que puedes hacer, tratarlo con familiaridad, de tú a tú, así se vence el miedo, todos los miedos.

3. Sí, yo Remedios González Vega, soy culpable

«Los adultos solo vemos de manera muy imperfecta la realidad de la infancia. Unas veces lo hacemos a través de los lentes rosados de la idealización; otras, a través de la ventana mugrienta de la recriminación; otras, bajo el foco potente del resentimiento o a través de la neblina de la nostalgia hacia nuestro propio pasado y, finalmente, algunas veces lo hacemos a través de la mirilla del propio interés. Con todo, muy a menudo la pantalla está oscura y no vemos nada. Hay aspectos de la infancia ante los que estamos, por lo general, ciegos.»

DAVID FINKELHOR

VERÁ, TIENE QUE SABER que soy cristiana y que ella me estaba mirando con aquellos ojos suyos claros nublados por la agonía de la muerte. Jadeando pidió que la incorporase en la cama. Le coloqué unos cojines tras la espalda y la cabeza. Su pecho sonaba al hablar como a huesecillos resquebrajándose. Me estremecí. Hizo una señal débil para que me acercara más al lecho. Quería hablar. Pero emitía un farfuleo apenas comprensible. La ayudé a elevarse un poco más. Asió mi mano con sus dedos largos y descarnados y entonces sí pude entender lo que me pedía: «Júrame por la salvación de tu alma que le darás cobijo en tu casa. Que la cuidarás como si fueras su madre. Qué no permitirás que nadie le haga daño».

¿Es que acaso se puede negar algo a una moribunda en su lecho de muerte? Impresionada, la abracé y sin saber bien cómo ni por qué le dije que sí, que sería para mí la hija que nunca había tenido. No sabía entonces cuán lejos estaba de conseguirlo y no precisamente por la niña, no, sino por mí misma, que solo hice que poner trabas.

¿Pregunta usted cómo era la niña? Buena, muy buena. Sumisa, silenciosa. Hacía todos los trabajos que le asignaba. Siempre con la medalla en el cuello que le regaló su madre de la Virgen de los Desamparados, que no se la quitaba ni para bañarse, sin protestar nunca. Ya sabe, en una hacienda siempre hay mucho quehacer. Mi hermano pasaba en el monte varios meses con el ganado y con mi reumatismo no podía valerme. Ella realizaba

trabajos duros sin rechistar. ¿Si me hacía algún reproche, dice? Pues no, ya le digo que era buena, también cohibida, nunca se quejaba. ¿Que si la niña sufría? No sabría decirle, a veces creía que no; otras, en cambio, pensaba que su buena conducta era una provocación y una burla. He de reconocer, sin embargo, que, mayormente, era tal cual un perrillo fiel que reconoce a su amo y le obedece a ciegas.

¿Qué no puede entonces comprenderlo? A ver cómo me explico: yo estaba transida de dolor en los huesos, había perdido mi juventud, solterona como mi hermano, no tenía los alivios de él, que se desahogaba bebiendo los fines de semana en el pueblo o cuando iba a esos lugares de la ciudad. En mi corazón, sin saber bien cómo, puso sus huevos una víbora. Pero si he de sincerarme, le tengo que decir que yo recelaba de la niña, que de poco en poco le cogí rabia, que la rabia se tornó odio y que el odio y mi descontrol me llevaban a hacer lo que hacía...

Le diré más: la niña me exasperaba. Sin rechistar, a sus once años, cocinaba, compraba lo necesario, limpiaba... Lo que me molestaba de veras es que tenía toda una vida por delante llena de oportunidades que yo nunca podría alcanzar. Ella era bonita, abnegada, buena. Yo pasaba días enteros postrada en la cama por el dolor. Y ella me decía: «Mamá —fíjese, mamá a mí— te voy a traer un tazón de caldo». Creo que me quería de verdad, que me estaba agradecida por recogerla en esta casa, porque de su padre no sabemos ni por dónde andará, ni siquiera vino cuando lo de su mujer. A veces han llegado rumores de que es un borrachín que vagabundea y entra y sale de un asilo.

No sé. Tal vez la amargura me corroyó por dentro. Creía que tras su solicitud y dedicación se escondía algo más. Quizá un desafío, una confrontación sutil. A su manera, creo que me estaba cuestionando sin protestar. Y entonces a mí me sobrevenían ataques de ira. Empecé a ponerle mala cara, luego a insultarla. Vinieron después los crueles castigos de hacerla dormir en la terraza sin reparar en el tiempo que hacía. ¿Me pregunta por qué? Se orinaba en la cama, decía que no podía evitarlo, que siempre le había pasado. ¡Pamplinas! Yo me sentía responsable de su educación, juré que la cuidaría como si fuera su madre, tenía que ser mejor que ella incluso, que siempre se mostró débil. Entonces agarró una neumonía y estuvo muy malita. Cuando en la escuela se enteraron que dormía algunas noches a la intemperie, dieron parte. Ella no fue capaz de decir nada de todo lo demás, me quería y me tenía respeto, no hubiera soportado que la apartaran de mí ni ingresar en un hogar de esos.

¿Sabe?, mi hermano y yo estuvimos de niños en uno. Allí vivimos ateridos de miedo la férrea disciplina del centro. El temor sin tregua hace una costra por dentro y te reseca el alma.

No, entonces no pudieron probar nada, solo eran habladurías de cuatro viejas. La niña siguió conmigo.

¿Sabe?, ya sé que en estos tiempos que corren no se estila, pero creo que ella me respetaba porque le pegaba. ¿Qué no lo entiende? Le diré, ahora los adultos son como niños, no saben educar, lo dejan todo en manos de maestros, son blandos. Yo no he sido nunca blanda. He llevado una vida muy dura. La azoté, sí. ¿Cuántas veces? No sé, creo que muchas a lo largo de estos dos o tres últimos años. Sí, siempre había algún motivo que justificara el castigo. Ya le he dicho que donde otros podían ver abnegación yo veía desafío. No, no eran cosas muy graves, pero sí muy molestas para mis principios.

¿Remordimientos? Verá, mi confesor me sermoneaba; yo cumplía cristianamente con la penitencia y las limosnas que depositaba en la bandeja durante las misas y sepelios, o en la capilla, con los gruesos cirios que ponía a Nuestra Señora de los Desamparados, y sobre todo con la llama de zozobra que me abrasaba por dentro.

¿Si estoy enferma, dice? No, no estoy enferma de la cabeza, al menos eso dijo el médico forense que me vio. Es resentimiento. Rabia que se me enrosca como una culebra hasta dejarme sin resuello. Sí, claro, estaba mal lo que yo hacía, pero eso es fácil decirlo ahora. Porque ni mis ojos ni mi conciencia querían ver lo que mi mano hacía. El odio me corroía como una alimaña que hace estragos en el ganado. Empecé a creer que ella me engañaba, que disimulaba mientras yo sufría. ¿Qué por qué creo eso? Mis articulaciones deformadas, mi vejez prematura. Personas de mi aspecto, retorcidas, deformes, salen en los cuentos y se las llama brujas... Quién sabe lo que pasa por la cabeza de una niña. Y me imaginaba lo peor, porque llegué a creer que ella era tan mala como yo a su edad. ¡Qué dislate!

Sí, ha oído bien: mala como yo entonces, como yo ahora. ¿Si le puedo concretar más? Nunca se lo dije a nadie: yo fui capaz de despeñar el potrillo preferido de mi hermano solo para ver los ojos acuosos de ambos. Tenía celos, quería más al animal que a mí.

Un día ocurrió algo especial. Desde la cama, oí que la niña se levantó temprano. Cantaba canciones de moda a media voz. Si usted la hubiese escuchado le habría parecido un ángel del cielo. Sus pasos iban y venían de un lugar a otro, hacendosos como siempre. Me trajo el desayuno al dormitorio, depositó la bandeja en la mesilla, a

continuación abrió los postigos de la ventana. Recuerdo que llevaba un vestido de batista blanco con encajes. Era el primer domingo del mes de mayo. En la bandeja, además de las viandas, había flores primaverales, francesillas, anémonas, mimosas. No soportaba las flores, en especial las mimosas, me producían dentera. De un manotazo tiré el jarrón que se hizo añicos en el suelo. Ella lo recogió en silencio.

—¡Las flores son para los muertos! Todavía no ha llegado mi hora.

Entonces se metió la mano en el bolsillo y extrajo una cajita envuelta en papel de seda.

—Mamá, tengo algo más que espero que te guste.

Era una medalla plateada con la imagen de la Virgen de los Desamparados, parecida a la suya, pero no de metal noble. Salté de la cama hecha una hidra. En un arrebato, la agarré por los cabellos y la arrastré por el dormitorio. Con furia la quería sacar de allí, no tenerla en mi presencia, que dejara de atormentarme con sus zalemas; necesitaba estar en paz, sola como antes, como siempre había estado. Ella se iba golpeando contra los muebles de la habitación. La llevé hasta la sala. Quedó allí encogida de costado, con las rodillas junto al mentón, la cabeza doblada y la pechera del vestidito blanco manchada de sangre de su nariz. Parecía un cervatillo apresado en una trampa. Se quedó allí en el suelo hecha un ovillo.

Ese día ni comió ni cenó. Yo me las apañé con sobras. Cuando abrí la puerta de su cuarto a la mañana siguiente, al salir, bajó la vista como si buscara algo en el suelo y se fue directa al baño. Me extrañó. Fue la primera vez que no me dio los buenos días.

¿Cree que soy una bicha? Dígalo, no se ande con rodeos, estoy acostumbrada a lo peor. En el pueblo me han llamado de todo, descastada, bruja, y aquellos a los que importo algo, resabiada. Qué sabrán ellos. Escúcheme, yo rezaba cada día a mi virgencita de los Desamparados y le pedía que me diera fuerza para educarla rectamente. A mí me enseñaron así. Lo hacía por su bien. Ella me incitaba. Tan modosa, sin un atisbo de rebeldía. Ni siquiera se protegía de los golpes. Se quedaba quieta, pasmada, como esperando que un arcángel sostuviera mi mano y yo dejara de pegarle. Sepa usted que a mí me educaron en esa misma disciplina y no sabía hacer otra cosa.

¿Mi familia? Qué le podría yo decir. Yo llamaba mamá a mi abuela. Crecí en la mentira de que mi madre era mi hermana mayor, pues me tuvo con quince años. Pero todo el mundo sabía que mi padre era un cacique del pueblo y que la Rosalía era mi madre. Ella, para evitar habladurías, se fue a servir a la capital. Conoció a un hombre

mayor del que heredamos la casa y las tierras. Después de casados, mi padrastro la tomó conmigo. Quería enderezarme con su vara. Me miraba de soslayo, se levantaba, y antes de que se desabrochara el cinturón ya iba yo tras él. Solía hacerlo cerca de la era, debajo de un tilo al que yo me agarraba cerrando los ojos o canturreando. Y como si estuviera segando con su hoz, con la misma meticulosidad, me azotaba las nalgas. De rebote, y como en un descuido, la correa cimbreaba también en mis tobillos. Si en la escuela me preguntaban por las marcas, yo decía que no me habían pegado, que no había nacido nadie capaz de azotarme, y que quien lo hiciera tendría que vérselas conmigo.

El destino, ya ve. Ahora los dos están en el hospital. A mi hermano le encontraron en el bolsillo, entre sus ropas, la medalla de la Virgen de los Desamparados que siempre llevaba colgada del cuello la niña. El está malherido, pero sanará, es fuerte como un toro. Ya no le bastaban las mujerucas, necesitaba un capullito tierno de azucena.

Por lo que a mí respecta, sé que estoy condenada. No he sido capaz de protegerla y no he podido evitar esto último, lo más terrible que le puede pasar a un ser humano. De mis heridas, quizá se reponga. De eso otro, que no puedo ni nombrar siquiera, no creo. A mí también me ocurrió. Metódicamente, desde los siete años a los catorce mi padrastro se metía por las noches en mi cama. Hasta que le esperé con el cuchillo en la mano y le hice frente: «Si das un paso más, te mato». ¿Puede entender ahora el odio que he ido acumulando en todos esos años?

Lo que sí que lamento es que no la escuché cuantas veces trató de hablarme de lo que ocurría con mi hermano. Le hacía callar con un grito o salía yo de la habitación dando un portazo. La llamaba mentirosa, desvergonzada, incluso puta. Pensé que nos quería poner en contra y ganar así mis simpatías. Yo no podía ni imaginarme algo tan monstruoso de mi hermano, aunque bien sabía yo que no era un santo y que buenos desfogues se corría en sus juergas.

Yo no quería saber, ver, escuchar porque así he sobrevivido, sin volver la vista atrás. ¿Qué hubiera sido de mí sola y sin ellos? Por eso le digo ahora, sí, soy culpable por omisión, por denegar ayuda, por no cuidarla y protegerla como debía. Culpable por lo que hice y por lo que no evité. Ni siquiera cumplí la promesa hecha a su madre en el lecho de muerte. No tengo perdón de Dios y espero que la ley se cumpla. Merezco ser condenada. ¿Absolución? Ni lo pienso. Solo el de allí arriba puede dármele. ¿Y sabe una cosa? No me importa si me condena. Hace tiempo que vivo en el infierno. A todo se acostumbra una.

Por ahora, tengo que ir haciéndome a la idea, ¿entiende usted? Cuando la niña sane, no sé si me la devolverán. Dicen los de Protección que están estudiando el caso, que a su debido tiempo se me informará. Monsergas de burócratas. Quizá ni me la dejen ver nunca jamás. O si lo hacen, sea en presencia de alguien. ¿Y qué puedo hacer yo sino aceptarlo?

Sí, yo la quería, pero también la envidiaba. Su vida estaba por hacer, tenía un bonito porvenir por delante, era muy hermosa, vendrían los pretendientes como moscones a cortejarla, un día se enamoraría, pelaría la pava por las calles más oscuras y recónditas, y yo me reconcomería en la espera, sin futuro, con los días vacíos y gastados, marchita y estéril como una flor sin insectos.

¿Mi hermano, dice? ¡Ni lo nombre! ¡Que pudra sus huesos en la cárcel! Por estas, que para mí está muerto. El mal es una mancha inmensa de petróleo. Los tallos más frágiles o débiles, los capullos más frescos, son los más codiciados. Pero los demás hacen como yo: mutis. Es duro saber, tener ojos para ver, oídos para escuchar, corazón para sentir.

No, no tengo ningún inconveniente en colaborar si mi testimonio puede ser útil. Que el mal no se extienda y paguen los culpables, incluida yo. Y la niña, por Dios bendito lo pido, que sane de cuerpo y alma, supere lo ocurrido, y cuando ustedes lo permitan, una vez cumplida mi condena, pueda yo reparar con amor todo el daño que le infligí.

4. La zanja

UN DÍA, AL SALIR DE CASA, ya barruntaba yo que ocurriría algo especial. Me puse a rezar «Dios mío, haz que lo encuentre en mi camino, dame una señal de tu omnipotencia», pero en vez del devoto padrenuestro salía otra cosa. «Padre nuestro, que viene el maestro, cazando ratones con los pantalones.»

Si me hubiera oído el cura que los sábados por la mañana nos narraba capítulos del Evangelio y de la vida de mártires y santos, a los cuales decía que debíamos imitar, seguro que me suelta una colleja y me manda de penitencia toda una novena. O la mismísima abuela, que solo escucharlo se le habría caído la dentadura dentro del plato de sopa, y ella sí que me habría arreado más fuerte que el cura dejándome la cara roja como un pimiento. Y eso sí que no. Debía poner toda la atención en lo que hacía. Así que empecé de nuevo: «Señor, mándame un pobre, pero antes acuérdate de poner unos céntimos en mi mano para dárselos. Ah, y no te enfades por lo de antes, me gusta hacer versos».

Y como durante mi paseo no se materializaba el milagro, seguí implorando entre lastimosa y exigente: «Anda, tú que todo lo puedes, no te cuesta nada, hazlo de una vez».

Mamá dice que hay todo un mundo por descubrir en cuanto pisas el portal de tu casa. Un mundo ancho, alto y extenso, pero a la vez chiquitito en el que caben todas las cosas buenas y malas que ocurren. «Escúchame bien, todo el universo coge en un grano de arena, mas no nos detenemos a mirarlo porque buscamos lejos lo que tenemos a nuestro alcance. Por eso andamos como perdidos, sin lograr averiguar que estamos rastreando». Y aunque no comprendía bien lo que quería decir, sus palabras quedaban un rato repiqueteando como cascabeles en mis oídos.

Di la vuelta completa a la manzana. Las manos en los bolsillos del chaquetón azul con botones de metal, las katiuskas color teja, la cabeza gacha mirando al suelo, parecía un híbrido del gato con botas y Merceditas, la hija pequeña de la familia Ulises del *TBO* dispuesta a correr una aventura en solitario. O ese era mi sueño. Recorrer mundo.

Cuando yo sola no osaba ir más allá de la manzana de mi casa. Pero las cuadrículas del Ensanche dan para mucho y lleva su tiempo recorrerlas fisgando en los escaparates y zaguanes. Caben muchos mundos en ellos.

Cuando iniciaba ya la tercera vuelta, anhelante, impaciente, al voltear la calle Entenza hacia abajo, miré las palmeras del patio de la cárcel Modelo y me rechinaron los dientes de tan apretadas como tenía las mandíbulas. «Dios, tengo que hacer cosas buenas, así no podré llevar nunca la banda de buena conducta. ¡Dame una señal ya!» Sea por la insistencia del ruego, el tono imperativo o la casualidad, al doblar la esquina y pasar por la parada de taxis amarillos y negros, allí en el suelo estaba el flamante billete lila de veinticinco pesetas con una cara oronda luciendo una perilla rizada y entrecana, mostachos con las puntas hacia arriba, y en su reverso el patio de los leones de la Alhambra. ¡Toda una fortuna! «Gracias, Señor, por tu gesto.» «De nada», me respondió, campechano.

De inmediato, me imaginé en la juguetería cargando con la muñeca articulada, su armarito correspondiente lleno de vestidos, el microscopio para hacer visible las cosas que los ojos no ven y descubrir al fin qué encerraba el misterioso grano de arena capaz de contener un universo.

Aquel día el pobre no se cruzó en mi camino. Y la verdad que mirando tras el cristal de la juguetería, con la nariz y las mejillas aplastadas y el vaho de mi respiración sin dejarme ver bien todos los juguetes, me olvidé por completo, tan enfrascada estaba en pensar cómo emplear mi dinero.

Otros niños se pararon junto a mí ante el escaparate. Hablaban entre ellos.

—¿Sabéis qué sucede?

—No, pero han pasado varios coches de bomberos y ambulancias a toda pastilla.

—Mi padre ha dicho que ha habido un corrimiento de tierras.

—¿Dónde?

—En esa avenida tan ancha que están construyendo.

—¿La de las barracas?

—Sí, por eso han quitado las que más se veían.

—¿Y dónde se las han llevado? —pregunté.

Al instante supe que había metido la pata. «Oh, Dios, ya que has hecho lo de las pelas, consigue ahora que la tierra me trague o me vuelva tan chiquitita que nadie me vea.» Qué va. Ni me engulló la tierra ni me convertí en una pelusilla.

Los chavales se volvieron hacia mí y sentí que me miraban raro, como preguntándose de dónde ha salido esa boba que no sabe lo que es el progreso. Si echan abajo las casuchas, pensé más tarde, será para poner altos edificios que valdrán mucho dinero, unos se llenarán los bolsillos, otros se empobrecerán y por la ancha avenida circularán muchos autos.

Un conjunto de cuatro pares de ojos desdeñosos me observaban. Los gestos hoscos, los brazos de uno en jarras, me hicieron sentir todo mi cuerpo trémulo, desmadejado, como si estuviera hecho de trapo relleno de aserrín. Entonces tuve la extraña impresión de que todos ellos empezaban a crecer desmesuradamente hasta parecer gigantes mientras yo me iba achicando hasta quedar reducida al tamaño de una pulga. Por suerte decidieron marchar.

—Vamos, vamos a ver qué pasa.

Yo me fui tras ellos sin querer hacerme demasiado visible, como el detective que sigue un rastro y debe andarse con tino para no ser descubierto.

Salimos de la calle Provenza y torcimos por Entenza. Allí levanté la cabeza hacia la garita de la prisión. Un guardia civil, con fusil al hombro, cubría la vigilancia. A cada tantos metros, una nueva caseta y un nuevo guardia civil. Había varias torrecillas diseminadas en los altos muros. Algún preso, asomándose con esfuerzo, sacaba un pañuelo blanco por los gruesos barrotes de las celdas. No me atrevía a mirar. Tenía las mejillas ardiendo de miedo y vergüenza. «Si miro, el guardia es capaz de dispararme. Yo caería muerta como un pato alcanzado por la escopeta de un cazador, quedaría panza arriba en el suelo con las patas tías y el cuello ladeado. Dios, qué escalofríos, sálvame, por favor.» «Vale», me contestó con la naturalidad del que está acostumbrado a hacer favores cada día.

Al llegar a la que sería un día ancha avenida, un enjambre de personas se afanaban. Unas, con algún que otro codazo, se situaban en mejor ángulo de visión. Había un señor calvo como una bola de billar con maletín. Una vieja con capelina de lana negra dijo que tenía cara de ser el médico. «Déjenlo pasar.» Y diciendo esto adelantó a unos cuantos y se situó ella en primera fila. Pensé en nuestro doctor de cabecera, tan bueno y parsimonioso él y también calvo. Bomberos con palas y cuerdas trajinaban sin cesar. Los ambulancieros abrían las puertas traseras y preparaban las camillas. Los municipales delimitaron un amplio cerco con vallas de hierro y cintas de color calabaza, y, enérgicos, gritaban:

—¡Atrás, atrás, váyanse más atrás!

Obedecimos mansamente, aunque algunos se resistían y se hacían los remolones. Al marchar hacia atrás tropecé con un pie. Una señora con bigudíes dio un alarido de muerte.

—¡Aaayyyy! ¡Esta chiquilla pisa como las cabras!

Un guardia siguió insistiendo.

—¡¡Dispérsense!! ¡¡Carajo, que se dispersen digo!!

Advertí que no solo había guardias, sino también policías con sus uniformes grises montados en caballos grandotes.

Una mujer enjuta y de mediana edad se abrió paso gritando y llorando más que la Magdalena.

—¡Mi hijo, mi hijo, que me lo han matado! ¡Luz de mis ojos, corazón mío, con tan solo quince años!

Detrás oía murmurar voces de gente entre sí.

—Dicen que la tierra se ha abierto, ha girado y ha engullido a tres obreros.

—Ellos mismos han cavado su propia fosa abriendo esta zanja.

—¿No oléis raro?

—Será por las tierras removidas y vueltas a remover para intentar sacarlos.

—Huele a cloaca.

No sé cuánto tiempo transcurrió esperando ver algo desconocido hasta entonces. Observaba el ir y venir de la gente que ayudaba al rescate. En cada movimiento o gesto de los profesionales se intuía toda la exactitud de su saber. Recordé la de veces que me había parado a mirar la cadencia con que levantaban el pico o recogían tierra con la pala mientras trabajaban. Allí mismo, sentados contra el muro de la prisión, cuando llegaba la una del mediodía, sacaban sus fiambreras, las latas de sardinas, la barra de pan, la navaja, la bota de vino, para comer el potaje o el guiso de patatas. Y me entraba desazón verlos así, en el suelo, algunos más apartados del resto de compañeros y vueltos de espaldas, como excluidos por algo, mostrando a los que pasaban lo poco o bien que comían. Porque algunos solo engañaban el estómago con unos pocos filetes de caballa con mucho pan.

Lo primero que vi salir en una de las paletadas de tierra fue un trozo de camisa a cuadros rojos. Siguieron varias paletadas más que se depositaron en grandes capazos de esparto. La gente, expectante ahora, guardaba silencio. Lo segundo que apareció fue una

bota de agua color ladrillo muy gastada. Al ir a echarla en la espuerta, dio unas volteretas en el aire y volvió a caer dentro de la zanja. Uno de los obreros que estaban allí se acercó a recogerla. Lo hizo como el que toma a un recién nacido en sus brazos por primera vez. Se me ocurrió pensar que la bota quería ir en busca del pie desnudo que la calzó. Quién sabe cuán hondo estaba.

Alargué la mano y cogí un puñado de tierra que vertí sobre un pañolito de flores que sostenía en la mano izquierda. Algunas partículas de arena brillaban tanto que parecían al caer polvo dorado. Guardé el tesoro en mi bolsillo derecho, junto al billete. Mientras, susurraba: «Señor, ten piedad». Enseguida Él me respondió: «¿Y para qué crees que estoy aquí?». Hablar con Dios resulta la mar de reconfortante.

En ese instante, uno de los trabajadores, con un sombrero gris entre sus manos callosas y un altavoz que le había dejado un guardia, iniciaba una colecta entre las personas.

—Compañeros, han pasado muchas horas. No sabemos si saldrán con vida de ahí dentro. Si lo hacen, estarán malheridos. Quien pueda aportar algo...

Y fue acercando el raído sombrero a las manos que se extendían. Caían monedas de diez céntimos, de dos reales, alguna peseta rubia, pocos billetes de papel, acaso algún duro verdoso con un guapo rey con corona y algunas pesetas pardas con la faz del Quijote. Pensé que mi billete lila avivaría los colores mortecinos del conjunto y allí lo dejé.

En el momento de mayor ensimismamiento, cuando presentía que pronto sacarían a alguno de los hombres, alguien me agarró por detrás de una oreja y casi me la arranca de cuajo para apartarme de allí.

—Galopín, tienes a toda la familia buscándote. Menuda zurra te espera.

Era mi abuela, que tenía muy malas pulgas y solía irritarse conmigo. No tuve más remedio que seguirla a regañadientes.

Mis padres no estaban para broncas. Afectados por la noticia hablaban entre sí. Mi madre con un deje tembloroso en la voz comentaba lo que iba de boca en boca: que no tenían contrato de trabajo, que había casi un niño entre ellos, que venían del sur, que otro no hacía ni una semana que se había casado...

Cómo saber lo que hay de verdad o fantasía en lo que la gente dice. Ahora mismo, aunque llevo días estirando de la maraña del recuerdo, mi memoria no me permite precisar con certeza si llegaron a rescatar a alguien con vida o si los tres murieron por

asfixia, aunque daría por bueno lo último, ya que es la evocación que con más fuerza se impone. Pero solo de pensarlo se me eriza el vello y se me instala la pena en las tripas. La realidad resulta a veces tan atroz que el dolor borra los detalles como una goma de borrar. Entonces lo esencial del recuerdo se difumina o se olvida para siempre. Vemos lo sucedido en tonos desvaídos, a través de una neblina que difumina formas, colores y detalles. Hasta el punto que siento que lo ocurrido fuera está dentro de mí, y lo ocurrido dentro está fuera, allí donde se dice que sucede la realidad.

Cierto que aquella tarde renuncié a la muñeca, sus vestidos y el armario, y no los eché jamás de menos. El microscopio nunca lo tuve, pero disfruté jugando con el de un amigo.

Pocos días después me hice con una sencilla lupa. Con ella sigo mirando las cosas pequeñas que caen en mis manos igual que en este instante miro con la lente de aumento aquella tierra vieja vertida en un pañolito de esquinas desgastadas. Dentro y fuera de uno hay todavía mundos por descubrir. Las cosas mínimas caben en los bolsillos, en cualquier parte, no ocupan más espacio que unas pocas monedas. Ese universo chico o inmenso sigue sin hollar. Todas las cosas buenas son como esquiras de oro que solo ven los que miran y perciben más allá de lo que registran los ojos.

Día a día me esfuerzo por ver más hondo. Quizás así encuentre en lo pequeño que me rodea algo grande.

5. La niña robada

ERAN AÑOS DUROS. Años de hambre, miseria, enfermedad y silencio. Un silencio compacto, duro, de apretar los dientes hasta desgastarlos.

La casita estaba situada en una loma desde la que veía, allá abajo, en el valle, las casas del pueblo como si fueran de juguete.

Antes vivíamos en una ciudad bella, grande, de gente callada y trabajadora, donde el mar besaba de espuma sus pies. Nos trasladamos por pura necesidad. Papá tenía que reponerse y respirar aire puro.

Papá casi siempre estaba de acuerdo en casi todo con mamá, menos en una cosa: la hora que robaron a Elena.

Mamá decía que a Elena se la llevaron al clarear el día. Papá respondía que no, que serían sobre las seis o las siete de la tarde.

—Si lo sabré yo que andaba en el corral recogiendo la puesta de las gallinas y que Elenita se fue donde los conejos para darles hierba recién cortada —dijo mamá y prosiguió—. Y fue allí mismo, en el recodo donde estaban las jaulas de los conejos, a unos cuarenta y cinco metros de casa, que le taparon la boca con un pañuelo blanco y la entraron en el coche que salió de estampida levantando una polvareda de tierra roja tras él. Salí escopeteada gritando: ¡Verdugos!, no tenéis derecho a robarme a mi propia hija! Los ojos se me llenaron de arena y tanto me escocían que sentía arder dos ascuas en ellos.

Al oír a madre, papá suspiraba o tosía en uno de esos accesos frecuentes en él por lo del pulmón. A continuación torcía sus delgados labios, fruncía el ceño y acaso susurraba:

—Parece que la estoy viendo mismamente ahora tal como era...

Hablaba en un tono tan leve y tembloroso que a veces no entendía todas sus palabras.

¡Cómo extrañamos la ausencia de Elena! Mamá llevaba la cuenta del tiempo que pasaba marcando con una cruz primero los días, después las semanas, más tarde los meses, y se cumplió el primer año del secuestro.

Creo que fue algo más tarde cuando el corazón de papá y de mamá parecieron encogerse y empezaron a latir como pajarillos asustados presos en un puño. Luego pasaron por encima de los años, días, semanas, meses y más años, en un torbellino confuso. Nos consolaba saber que casi siempre que pensábamos en ella, nuestro corazón latía fuerte y acompasado como si fuera uno solo.

Por esa época creo que llegamos a tener poderes especiales: Veíamos a Elena mamá, papá, yo, la perra Bola y hasta el perrito de peluche. Y el ciego Lucas que mendigaba por las casas sentía su olor cuando nos visitaba:

—Aquí, aquí ha estado Elena y sigue estando. Huelo a rosas frescas y a pan recién horneado. Que no tropiece yo con esos malhechores porque les suelto con mi vara una buena manta de palos.

Mamá solía decir entonces:

—Será que su espíritu se quedó donde quería estar y nos sigue acompañando.

Tal como era papá, yo estaba segura de que él la veía de un modo muy suyo. Se quedaba como pasmado, con los ojos muy abiertos y el cuello echado hacia atrás como si mirase a las alturas, pero creo que no veía cosa alguna. En su cabeza solo había sitio para Elena. Ella llenaba sus días y los nuestros.

Para mí que no pudieron llevársela del todo. Algo de ella, íntimo, bueno y hermoso se quedó en casa para no olvidarla nunca y tener así el consuelo de su compañía y algo de fuerza para seguir adelante. Porque no tener hermana es peor que quedarte sin el brazo derecho. Y solo puedes entender ese dolor si a ti te ocurre una de las dos cosas, perder a tu hermana o que te corten el brazo.

Yo solía entrar en su cuarto de puntillas para no despertarla. Pero ahora que ya no está, también lo hago así para cuidar sus pertenencias y que todo esté tal cual ella lo dejó, porque Elena era muy mirada con sus cosas, y mamá tenía prohibido cambiar los objetos de sitio. La muñeca de trapo y el perrito blanco de peluche en el estante, igual que ella los dejó. Sobre la mesita, su foto en un marco, y ante su foto, un jarrito siempre con flores frescas.

Elena era muy buena y menos habladora que yo. Dicen que teníamos los mismos ojos y que el color del pelo era el mismo. Yo tomaba muchas veces su foto en mis manos y me colocaba con ella ante el espejo para ver cuánto nos parecíamos. Mi hermana era guapísima. Si observaba la foto, yo solo tenía un lejano parecido. Me hubiera gustado parecerme más a ella, tanto por fuera como por dentro. Era linda y generosa. No le

importaba nada, nada prestarme sus lápices de colores, aunque yo les rompiera la punta una y otra vez por apretar tanto. Ella jamás me regañaba.

Fue la curiosidad, más fuerte que el temor que sentía, la que me llevó a descubrir algo más el día del rapto de Elena. Pero ese algo no lo podía comprender bien del todo ni explicarlo, como si la escena presenciada correspondiera a una película de cine mudo y le hubieran cortado algún trozo clave, cosa bastante frecuente por entonces. O quizá como si yo lo estuviera viendo todo desde una cueva oscura y la luz del exterior fuera muy blanca y resplandeciente y me deslumbrara y yo no parara de guiñar los ojos.

Ocurrió así: aproximándome al coche lentamente, como lo haría un gato remolón, vi con mis propios ojos unas sotanas negras y a dos monjas pequeñas, una de ellas regordeta que sostenían por debajo de los brazos a mi hermana. Las piernas las arrastraba sin voluntad, como si fuera un muñeco de serrín con poco relleno. Le darían algún bebedizo, pienso, para atontarla. Me fijé en que las monjas eran de la misma orden que las de mi escuela.

Entiendo ahora todos esos cuentos que corren de boca en boca. Algunos para espantar a los niños, claro, meterles el miedo en el cuerpo y conseguir que no se acerquen a esos extraños y salgan huyendo cuando la puerta de algún coche se abra para ellos.

Por eso nos organizamos, para poder resistir y luchar más y mejor. Con algunos amigos creamos algo así como un club de espías. Los niños no disimulamos tan bien como los mayores, pero sí que pasamos más desapercibidos. Queremos desenmascarar a los ladrones de niños, saber por qué lo hacen, qué logran. Ellos, los vencedores de la guerra, sí que están organizados en serio y como una mafia. A papá no le dejan ni respirar. Cada dos por tres tiene que presentarse en comisaría y firmar.

No podía ser de otra forma. Mamá y papá también luchaban. Habían trabajado duro para ahorrar dinero. Era para ir en busca de Elena. Ellos pensaban que alguien muy rico y con mucho poder la había comprado y la tenían reconocida como hija propia. Porque los papeles de Elena auténticos desaparecieron de los registros. Por eso viajaron, viajan y viajarán hasta el fin del mundo para recuperarla. Oí contar de niños recién nacidos que en los propios hospitales los robaban. Unas veces decían a los padres que habían muerto y que ya estaban enterrados. Pero luego, al abrirse el nicho, solo había una triste caja vacía de zapatos.

Temo que los papás regresen de este último viaje tristes y abatidos y con los ojos sin ver. A papá, después de cada viaje de esos, se le abulta más la chepa y tose como un

condenado. Mamá vuelve con los ojos caídos y lagrimosos y tropieza con los muebles. Parece desorientada en su propia casa.

Me he vuelto a mirar en el espejo con la foto de mi hermana junto a la mía y parece que me parezco un poquito más. Eso me contenta.

Día tras día veo a mamá cada vez más consumida y a papá más alelado.

A veces en mis juegos imaginarios participa Elena y sin darme cuenta el entusiasmo hace que vaya subiendo el tono de voz. Una vez fui a decir: *¡Virgen Santa!* Y dije: *¡Elena!, ¿cuándo has llegado?* Y es que tuve la impresión de verla de verdad delante de mí.

Es cierto que crecí mirando su foto y tomándola como ejemplo. Quería ser como ella a toda costa. Aunque eso era poner el listón muy alto.

Conforme el tiempo pasaba y la colección de calendarios guardados con días, semanas, meses y años aumentaba, los papás hablaban cada vez más bajito, tal y como si estuvieran en un velatorio. Su vida fue un velar constante con la esperanza de recuperar algún día a su hija mayor.

Quizá si me hubieran robado a mí, que soy más pequeña y revoltosa, les hubiera dado tal murga que me habrían devuelto. Claro que si me devuelven a un asilo de esos de auxilio social me hubiera puesto muy triste. Ahí también desaparecían niños y los que se quedaban dentro los educaban a fuerza de sopapos y corruscos. Los castigos eran duros. Por menos de nada te dejaban sin comer. Con el hambre que hemos tenido que pasar. Allí les enseñaban a saludar con el brazo en alto como los romanos. Cantaban mucho y rezaban más. Y así todo el santo día. No querían enseñarles a pensar ni que aprendieran cosas de provecho. Querían mártires, niños resignados, sumisos, temerosos. Quieren formar legiones de robots adoctrinados. Eso no es enseñar, es una doma.

Lo peor es que ni con las amigas de la escuela podías confiarte. Mi hermana Elena y después mamá y papá, me advirtieron que tenía que tener mucho cuidado y no hablar de nada, es decir, no hablar de aquello que pueda dañar a la familia y puedan tomarse represalias. Vamos, según entendí, que la gente no era de fiar, que todos podían ser confidentes, y que por menos de nada te metían un paquete, como, por ejemplo, que mis padres acabasen en chirona. Porque algunos, con tal de congraciarse con los ganadores u obtener algo a cambio (mayor cantidad de pan, legumbres o aceite y puede que algún carguillo de confianza) eran capaces de dar el chivatazo.

En marzo de 1951 cumplí doce años. No había mucho que celebrar porque no estaba el horno para bollos. Había huelga por la subida de tranvías de 50 céntimos a 70. A la calle se echaron mujeres y hombres caminando los kilómetros que hicieran falta hasta llegar a sus trabajos. Mamá cobraba los sábados. El sueldo, incluida prima de productividad, era de 47 pesetas. Mamá y papá iban a sus trabajos caminando aunque tuviesen que madrugar más. Recuerdo los cupones del Racionamiento y el sello que les ponían encima. Faltaba de todo. Para quien tenía posibles existía el mercado negro con sus mujeres y hombres armario. Me quedé pasmada cuando una señora gruesa, de faldones largos, se los arremangó para mostrar el género dispuesto en distintos refajos que vestía: medias, sujetadores, calzoncillos de felpa. El hombre armario solo tenía que abrir su abrigo como si fuera un exhibicionista y dejar a la vista, en niveles y bolsillos completamente ordenados, tabaco, cajetillas de cigarros, cigarrillos sueltos, pipas, tabletas de chocolate, queso, caramelos, huevos frescos... qué sé yo. Diría que fueron los antecesores ambulantes del supermercado.

El mismo año de la huelga, antes o después, no recuerdo con certeza, una niña dentada y con unos ojos quietos y tan fijos que parecían de cristal, va y me dice: «¡Ro-ja, que eres una ro-ja de mier-da como tus pa-dres!», así con su boca toda llena de dientes de un sucio color y echando al hablar espumarajos de saliva como una babosa.

Eso fue en el patio durante el recreo. Sor Inés se rio enseñando su diente de oro, y la flaca sor Milagros se reía como un delfín, abriendo toda la boca y cerrando sus ojillos azules.

No tuve que pensar mucho para comprender que tenía razón aquella niña en lo de roja, pero no en lo de mierda. En mi familia todos vivían del trabajo de sus propias manos. A mi tío Francisco lo fusilaron de un día para otro los sublevados por estar afiliado a la UGT. Otro tío, hermano de mi madre, se fue a Francia. Papá estuvo un puñado de años en prisión. Papá era más bueno que el pan. Mas eso no bastaba cuando había vencedores tan malos.

Fueron esos ogros los que a mamá la raparon y le dejaron la cabeza como una bola de billar. Luego le dieron a tomar aceite de ricino delante de medio pueblo. Y a mi hermana Elena se la llevaron... ¿para siempre?

No sé. Quiero pensar que la vida da muchas vueltas y en una de ellas se destapará la verdad. El silencio no puede matar los recuerdos y que todo sea ya ceniza y olvido. Nosotros, en aquellas largas noches invernales, después de cerrar bien los postigos y

atrancar la puerta, por lo que pudiera pasar, nos sentábamos con la oreja pegada a la radio para enterarnos de la otra realidad, la vida que transcurría paralela y se nos negaba.

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo. Ahora, ya anciana, no quiero parecerme a nadie. Quiero ser como soy. La foto de mi hermana, pese al cristal protector, ha tomado el color de las cosas gastadas. Debe de ser cosa del polvo que se infiltra por todo. Las flores blancas y frescas en el jarro nunca han faltado. Continúan velando su fotografía y su recuerdo.

Papá nos dejó joven, murió de tuberculosis, la enfermedad de los pobres. El sanatorio parecía la misma antesala de la muerte. Por algo estaba muy cerca del cementerio. Decían las malas lenguas que los fallecidos se iban por una rampa, directos al camposanto.

A mamá se le hizo muy cuesta arriba seguir la búsqueda de Elena sin papá. Todo era «no, no y no» y malos modos por parte de burócratas con manguitos. Falleció tranquila, durante el sueño, en 1989, y con los labios entreabiertos como si estuviera a punto de despertar y decir algo importante, no sé, darme alguna instrucción, algún consejo, algo que debiera yo hacer de ahora en adelante en su nombre y no sé todavía exactamente qué es, y eso que le doy vueltas y vueltas en la cabeza. Si algún día lo recuerdo volveré a escribir. Tengo que ser fiel a su legado.

Hubo, y quizá siga habiendo, ladrones de niños, gente mala, en la que anidó la idea de adoctrinarles, asignar otros padres adictos a sus creencias y regenerar la raza. Con ello habría de sobrevenir un nuevo amanecer. Otros también lo hicieron y diezmaron a miles y miles de inocentes, hombres, mujeres y niños. Los llevaban en vagones de ganado sin respiraderos a los campos de exterminio. Quedan aún testigos, sobrevivientes de aquel horror, cada año menos, eso sí.

No sé, siento como si algo no hubiera funcionado bien todos estos últimos años. Me desconcierta el temple de las víctimas, tanto silencio, tanto olvido, tanta negación de la memoria y la historia. Quizá mis ojos no alcancen a ver la reparación ni la justicia. Todo mi pasado es ya más ancho y extenso que el liviano futuro que me queda por vivir. ¿Cuántos años dispondré por delante? Debo apresurarme. Me queda mucho por hacer todavía. Quizá no alcance mi propósito nunca. O tal vez sí. Ahora depende de todos.

EFE – Madrid, 29-06-09

Los responsables de la maternidad de la calle O'Donnell de Madrid alegaron una inexistente epidemia de otitis para justificar la desaparición de al menos ocho niños nacidos en esta clínica en 1964 y supuestamente

arrebatados por el franquismo a sus padres, a los que dijeron que habían muerto.

[...] Francisco González Tena, que ha estudiado las desapariciones de recién nacidos en esa maternidad desde 1940 hasta su cierre [...]

[...] El sociólogo relata [...] que le fue retirada a su madre dos días después alegando que «era la norma habitual» [...]. Ante la insistencia para verla se les comunicó que había muerto sin añadir causas ni circunstancias.

Niños robados por el franquismo

La supuesta inferioridad de raza podía corregirse a una edad temprana. Por ello, a las madres rojas se les quitaban los infantes para evitar «su contaminación y degeneración». La Acción Social de la Falange y la Iglesia española jugaron un papel importante en esta depuración de la raza. Tales robos eran hechos, muchas veces, en beneficio de parejas adeptas al régimen franquista que deseaban tener hijos.

[...] el expolio de niños llegó a ser política de Estado.

6. Juegos de estío

CON LA LLEGADA DEL VERANO se desparraman en bandadas los chiquillos. Las calles, blancas de luz, crepitan vocingleras. Carreras, gritos, cantos, retozos, compiten entre sí amalgamados. La escuela ha liberado a los muchachos con su amnistía estival. Los niños corretean por la tórrida parrilla de asfalto, en rápidas idas y venidas, sofocados y sudorosos, imitando la algarabía de los vencejos al atardecer. Suelos, sin trabas, olas que van y vienen, unas veces a pares, otras a tríos, las más en tropel. Unos prefieren el tono bajo de las confidencias para compartir sus historias: permanecen en soportales sentados a la sombra. Otros, el alboroto del movimiento, la escenificación de aventuras y las potentes voces: ocupan el centro de la calzada, indiferentes a los escasos transeúntes que no pueden evitar al verles la sonrisa nostálgica. En aquellos, participan más las niñas; en estos, los varones. Ocasionalmente, algún niño del centro, hartado de ajetreo, acude a la periferia. Y viceversa. Hay permeabilidad en los juegos. Y en ese entrecruzamiento humano se intercambian comentarios y gestos como las hormigas trasvasan información frotando sus antenas.

—¡Jo! ¡Qué aburrido! ¡Siempre me toca parar a mí!

—Si te marchas ya no te ajunto —sargenteaba un bravucón—. Te acordarás.

Y salía el niño de turno, cariacontecido, la cabeza gacha y la mirada enturbiada. Mientras el que capitaneaba el juego, lleno de desdén, le ridiculizaba con muecas y chanzas.

—¡Mira la niña! Dengue-blandengue-cara-de-merengue. ¡Vete a freír monas!

El séquito del líder se hacía eco de las mofas y parodiaba al expulsado disidente. Hasta que alguien, desde algún rincón, con actitud conciliadora, atraía su atención.

—¿Juegas?

—¿A qué jugáis?

—A *penyores*.¹

—Vale, sí.

Los enfados y alianzas entre la chiquillería son como tormenta de verano. Súbitamente se gira el viento y el cielo se emborriona de manchurroneos de tinta, que, rauda, se desplaza o se acaracola hasta formar extensos y compactos lamparones grises. Al tiempo cae una lluvia gruesa y vertical. Y en un santiamén el cielo se esclarece. Así son los ayuntamientos y hostilidades de los niños, en la que los adultos, sabiamente, nunca median.

* * *

Hubo un tiempo en que las calles de los barrios populares eran tomadas como plazas al asalto por los muchachos. La vida solía transcurrir al aire libre, especialmente en verano. Quizá porque las casas no eran confortables y los bulevares y callejas no emanaban temor. Tan solo en los anchos y elegantes paseos y avenidas, la vida cotidiana, pudorosa, temía mostrarse. Tras los escaparates, se exhibían allí, inalcanzables objetos: maniqués relamidos, en estudiada pose; tejidos suntuosos vistiendo una columna dórica; enseres sin función tan caros como inútiles; artículos de un cursi refinado; lámparas de lágrimas de cristal; juguetes envidiables destinados a unos pocos niños.

Época atrás, la calle fue de los niños. En ella se hacían fuertes. Aprendían cosas que no enseñaban en la escuela. Porque la vida oficial y la vida real —la de cada día, la de puertas adentro, la auténtica— divergían. De hecho, como en las películas dobladas, la versión española cambiaba el guión y los hechos según la ortodoxia del momento.

Los niños, inmersos en su paraíso callejero, acotaban espacios, delimitaban fronteras, demarcaban territorios de influencia. Cada juego contaba con un lugar idóneo, incompatible con otra clase de juegos. Unas veces se les oía discutir acalorados. Otras, un tenso silencio delataba una emboscada. Y las más, el ulular de los gritos de guerra anunciaba una cruenta batalla entre indios y *cowboys*.

De todas las actividades que realizaban juntos los chavales, la que más eco encontraba era ver el tren que atravesaba la ciudad dos bocacalles más abajo. Cuando alguien proponía «ir a decir adiós al tren», más de uno brincaba loco de alegría por la ocurrencia.

Esto ocurría después del hartazgo de juegos bulliciosos, ya agotados, jadeantes, sucios, con las piernas estampadas de churretes serpenteantes, ansiosos por disfrutar la última aventura que podía depararles la tarde. La propuesta solía coincidir con el momento en que el día se tornaba cansino y el sol emprendía su éxodo melancólico.

Atrás quedaban los juegos de las estatuas, *els quatre cantons*,² adivinar películas, churro-mediamanga-mangotero, Antón Perulero y tantos otros olvidados hoy.

Virginia era la jefa. La que hacía y deshacía a su antojo. Larguirucha, pecosa y vivaracha, poseía una voz recia que se imponía a las demás. Ejercía un liderazgo competente y siempre entusiasmaba a todos con sus iniciativas: jugar a modelos, a ser actriz o actor de fama, a tenderas, pero también a los piratas, espadachines y gánsteres y policías. Cuando llegaba el turno del reparto de roles «yo quiero ser el chico» o «quiero ir con los buenos», zanjaba las disputas en un plisplás. Como cabecilla escogía para sí los mejores papeles y rechazaba para el del héroe a muchos de sus múltiples admiradores.

Algunos niños cuchicheaban que Virginia mandaba porque su padre trabajaba en un banco y porque cuando arreciaba más el calor desaparecía del barrio para veranear en la costa. Y también porque en el baño de su casa tenía en la pared próxima al excusado un recuadro de madera lacada en blanco que sostenía un rollo de papel pardo, tieso y satinado, que despistaba a un puñado de niños sobre su uso, acostumbrados como estaban a la escasez y las restricciones.

Lo cierto es que las innegables dotes de Virginia tenían origen por un lado en la seguridad que confería a sus palabras y en el porte mundano de su familia: su padre era alto, esbelto, atildado, iba siempre trajeado, oliendo a colonia de limón y tenía una sonrisa fácil y franca. En los alrededores no habitaban padres así. Tan solo Miguel, el estraperlista, podía competir en lo del traje. Porque en lo demás su silueta era abarrilada, usaba gafas de culo de botella, sombrero de fieltro, fumaba gruesos cigarros apestosos y nunca sonreía, tal era la concentración que requería su negocio.

Pero sobre todo, y en eso existía unanimidad, en que tenía un tío policía armada, un *gris*. Así que cuando le venía en gana echaba mano de él: «Se lo diré a mi tío». De algún modo, pues, su autoridad se sustentaba en el miedo y el temor a las represalias, no obstante sus dotes naturales de mando, desparpajo y simpatía.

Virginia poseía un don. Flexible y ágil, se doblaba como los juncos al viento. Imitaba intrépidas cabriolas de película, tanto de bucaneros como circenses. No perdía ocasión de ir al cine. Incluso tenía la posibilidad de asistir a los estrenos. Contaba de carrerilla, con nítida precisión, los argumentos de *El Temible Burlón* o de *Trapeccio*, dejando a todos boquiabiertos y babeantes como estúpidos peces. Virginia era además osada y locuaz. Una extraña mezcla de cotorra parlanchina, Diana cazadora y gamo, dones que le

fueron concedidos cual protagonista de cuento de hadas. Parloteaba —con acento catalán— incansablemente. Se «enrolla como las persianas», se decía. Con sumiso vasallaje se la respetaba como a una reina. Parte de su prestigio lo había alcanzado saltando de cornisas a terrazas, pasando de un balcón a otro o deslizándose ajinetada por la barandilla de la *portería sin portera*, lugar donde se concitaban la clase de juegos más arriesgados o aquellos de obligada confesión sacerdotal.

De hecho, su prestigio era tal que hasta los chicos preferían jugar con Virginia. Cómo explicar sino que algunos fueran capaces de disfrazarse de mujeres para jugar a las modelos solo conque ella lo propusiera. Y, la verdad, verlos rezongarse haciendo cucamonas, moviendo afectadamente brazos y caderas, hechos unos fachas, las canillas y corvas al descubierto mostrando el vello incipiente, la cara tiznada y el caminar grotesco, daban ganas de orinarse de risa.

Al proponer Virginia un nuevo juego: «Vamos a ver el tren», de inmediato consiguió que unas cuantas niñas y dos o tres niños se arremolinaran a su alrededor. Enfilaron la calle desplegados en abanico, enlazados con los brazos tras las espaldas, cantando a pleno pulmón «a tapar la calle - que no pase nadie» en un coro desafinado, pleno de gorgoritos y zumbón.

Aquel verano estuvo marcado por los ritos. Los juegos, al final de la tarde, concluían siempre con la bulla de ver pasar el tren. Todos estaban engolosinados. Era emocionante ver los pasajeros que contestaban a los adioses de la chiquillería con sus pañuelos batidos al viento. Los niños se impulsaban sobre el pretil de ladrillos rojos curvando el cuerpo y apoyando los brazos sobre la rasposa mezcla de cemento y arenilla coruscante. No querían perderse detalle. Cuando el tren dejaba de pitar y desaparecía a lo lejos, los niños relajaban las posturas, aflojaban sus cuerpos, apoyaban la espalda en el murete o se sentaban en el suelo con las piernas cruzadas a lo moro. Entonces daban rienda suelta a su imaginación y conversaban plácidamente, el ánimo ya sereno, el corazón acompasado y los ojos soñadores. Solían hablar de lugares, países, ciudades, distancias, velocidad, lenguas, formas de vida, costumbres: todo su inocente saber de geografía comparada. Citaban países europeos, la frontera francesa y todo lo que sabían de caminos arados por briosos corceles de fuego.

Los listillos proponían problemas a los demás: «Cuánto tardará un tren que sale de la estación de Francia a las 10.30 h en llegar a Port-Bou a razón de 80 km/hora». Y el agorero de turno terciaba: «Suponiendo que no descarrile». Y cosas como esas. Si

alguien mencionaba la lejana América, las miradas languidecían entornando los párpados.

—Los trenes no van a América, cateto. Solo se puede ir en barco o en avión.

Nadie había estado en América, pero siempre había algún familiar en México — exilados de cuando lo de la guerra— o en Argentina haciendo las Américas. En Francia sí, habían estado unos pocos, incluso residía el tío de uno y el padre de una niña había estado en un campo de concentración antes de dar a su regreso con los huesos en la cárcel.

Ir a ver el tren era como ir al cine gratis. Viajar era para la mayoría de niños de la pandilla un sueño inalcanzable. El tren estimulaba la imaginación. La mente viajaba sin ruedas a recónditos y exóticos países, pasaba sin tránsito ni peaje del mercado persa al frío polar. Nada parecía tan espectacular y mágico a los ojos de los niños como el tren, a no ser el cinematógrafo, la otra máquina de sueños. A los dos se iba con el mismo entusiasmo reverencial. Al cine llegaban los chicos más mayores en cuadrilla; los pequeños, con sus padres, el jueves tarde —que no había escuela— o sábado noche, en sesión continua, dos películas, nodo, varietés, acompañados de bocadillo de tortilla, botella de gaseosa o agua con litines.

Lo del tren era otra cosa. Verlo correr entre hilachos de blanco humo antes de meterse en las entrañas de la tierra excitaba a la chiquillería. A los más les sobrecogía su silbato agudo que siempre les pillaba desprevenidos. En la espalda, un escalofrío, breve, violento, les sacudía de temor y placer. Emociones intrincadas, mixtas, que reproducían también la sirena de los coches de bomberos, las atracciones más disparatadas de la feria y las negras carrozas de difuntos.

A algunos niños les gustaba desafiar el peligro. No se conformaban con soñar. Sentados en el borde del muro balanceaban las piernas en el vacío. O se erguían sobre él con los brazos extendidos, caminando con un pie delante de otro como funámbulos circenses. La gente adulta les increpaba entonces, llamaba a sus madres o decían ir a la búsqueda de algún municipal. Los niños más cautelosos sentían miedo y admiración: un chico así de valiente merecía ser el jefe de la panda, si no fuera porque los más lanzados no siempre eran los mejores compañeros.

Los vecinos, al verlos tan audaces, se enjugaban el sudor del rostro. El calor era bochornoso; el aire se estancaba para no hacer zozobrar a ningún muchacho al vacío; el silencio, transido de ahogado clamor.

Pasado el momento de mayor tensión, que coincidía con poner los pies en tierra, algún observador sentenciaba:

—Atados tenían que estar.

—Ya se sabe, cuando el diablo no tiene nada que hacer con el rabo mata moscas —decía un transeúnte.

Entre los zagales, los más jactanciosos se encaraban:

—¿Qué pasa? ¿Tengo micos en la cara?

—Si fueran hijos míos ya les zurraría yo la badana. Esas no son maneras de comportarse —añadía la portera de la finca próxima, blandiendo la escoba en el aire.

—No hay más que verlos: llevan el demonio en el cuerpo. Están azogados —terciaba la mujer del zapatero remendón.

A la carrera llegaba, presa de nervios, a punto de sufrir un síncope, la madre de alguno de aquellos muchachos, con el delantal en pico, remetida una de sus esquinas en la cintura.

—Ven aquí, bergante, que me tienes con el alma en vilo, te voy a dar un guantazo para que escarmientes.

La mano se estrelló en el aire al esquivarla el chico. Indignada, la madre le arrojó la chancleta. Este se escabulló de nuevo. La zapatilla siquiera le rozó los lomos. Para sorpresa de adultos y solaz de rapazuelos, trazó una elipse cayendo a la vía en el mismo instante en que pasaba un tren con ganado cuyo destino concluía en el matadero donde sería degollado, decapitado, desangrado y abierto en canal por los matarifes. Descalza de un pie, renqueando y echando chispas, emprendía el regreso la madre mascullando.

—¡El muy malandrín! No se saldrá con la suya. Se quedará sin pisar el portal de la calle.

A algunos de estos chiquillos se les temía más que a un tifón. Peleones y pelones —por la plaga de piojos llevaban el pelo cortado al cero—, pendencieros, gallitos, se retaban unos a otros a competir y demostrar sus destrezas. Los timoratos, bajando el tono de voz, exclamaban pasmados:

—Se atreven a todo. Son como el Capitán Trueno, el Jabato y Roberto Alcázar juntos.

Porque no atreverse representaba el escarnio, la afrenta, el descrédito de la cuadrilla y de todos sus simpatizantes y acólitos callejeros.

—Cobarde-gallina-capitán-de-la-sardina —coreaban a los miedicas.

—¡Bah! No me importa ese juego. Paso.

—Pamplinas. No te lo crees ni tú. Lo que tienes es canguelis.

—¡Embustero!, metomentodo, no es verdad.

—¡Qué no es verdad, dice! Fijaos. Se está cagando en los pantalones.

—Las disputas podían terminar bien o mal. Bien, si los implicados de los dos bandos calculaban la correlación de fuerzas enfrentadas y la pérdida de popularidad que podía representar, en cuyo caso optaban por reinterpretar los hechos de nuevo.

—Bueno, lo que yo quería decir era...

Aquí venían los desmentidos, las matizaciones, el examen de lo ocurrido bajo un nuevo punto de vista. Y asunto zanjado.

Mal, cuando los grupos eran desiguales. Porque no solamente ganaban los fuertes, sino los más numerosos.

Pendencieros y amilanados, ambos, se instruían en el universo familiar. Luego, en la calle, se doctoraban con más o menos éxito según iban pasando las pruebas. Sin embargo, la intrépida Virginia, no era de esa ralea. Respetaba a los adultos. Se mostraba zalamera. Solía ser acatada por grandes y pequeños, niñas y niños. Se enfrentaba a los más temibles si se terciaba. Y era la única del barrio capaz de pelear cuerpo a cuerpo con los chicos. De hecho se batía contra ellos como un rufián con su sable. Además, lo mejor de todo era que les vencía. Tenía don. Todo cuanto hiciera un niño podía hacerlo ella igual de bien. No le faltaban arrestos, acostumbrada como estaba a mandar incluso sobre su hermano mayor, adolescente de hábitos solitarios, tez cetrina y alto como un poste de telégrafos, según el sello familiar.

Zanquilarga, de finos tobillos, tan pronto saltaba sobre su presa como pirueteaba en el aire con sus volteretas de titiritero. Más de una vez se la vio subida a la grupa de chavales temerarios dándoles mandobles. Las escaramuzas eran implacables.

—Te he tocado. Muere, bellaco —decía a horcajadas sobre el contrincante.

—Ríndete o morderás el polvo.

—¡Jamás me rendiré a una mujer!

—¡Majadero! ¡Nunca ha vencido nadie a la Dama del Sable! Ahora verás. ¡Toma traidor!

—No, no estoy muerto aún; solo me has herido con tu espada.

—¡Tramposo!

El pundonor de un niño es duro de abatir, y más si está en manos de una niña. En las refriegas se hacía lo imposible por postergar una muerte cierta.

Las mujeres que venían de la compra con sus cestas de mimbre y malla se escandalizaban:

—¡Lo que hay que ver! Recogida tendrías que estar y no malgastar el tiempo, para ser una mujer de provecho y no una marimacho.

Virginia podía mostrarse linsojera y altiva, llana y pretenciosa, sincera y zaína, porque todos los poros de su piel respiraban libertad. Sus actos eran libres, sus emociones, sus pensamientos. Nada la constreñía ni achicaba. Tenía ante sí horizontes sin límites. Por eso, como nadie, se mostraba indiferente a críticas y regañinas que no parecían hacerle mella y salía airoso con un gesto o una frase oportuna:

—Señora —decía inclinándose como D'Artagnan ante el rey—, estamos en guerra. Siento haberla ofendido.

* * *

Si todos los niños sentían admiración o envidia hacia Virginia, algunas señoras de bien, viejas devotas de rosario y comunión diaria, movían reprobatoriamente la cabeza ante sus correrías o lo que consideraban faltas de recato femenino. Nada importaba que el humo de la locomotora pusiera alas en los frágiles pies de la niña, semejando un espíritu flotante, grácil, apenas esbozados unos pasos que nadie vislumbraba ya dónde se sostenían, extasiados como estaban en la contemplación de la escena cual si se tratara de una aparición. Entregados a la observación de las piruetas, desoían el eco de las voces gazmoñas: «Las niñas ni marisabidillas ni salidas».

De todas las estaciones es el verano la más corta para quienes disfrutan de la libertad, el aire libre, huyen de normas y detestan la esclavitud de los relojes. Transcurrió veloz, por tanto, para los chavales. Hacia finales de septiembre, las nubes jalonaron nostálgicas la vuelta a la escuela. Los niños salían pertrechados de katiuskas y chubasqueros de plexiglás. No dejaban charco en su camino sin hollar. Jamás los desviaban. Les gustaba chapotear en ellos y salpicar por doquier.

El otoño se hizo presente con un murmullo quedo de hojas caídas, muertas, arrancadas, no sin lamentos, por las primeras ráfagas de viento enfurecido. Los niños formaban ahora grupos menguados. Los juegos, sensibles al curso de las estaciones, cambiaron. Se jugaba a la peonza, al yo-yo, a la comba. Quien tenía patines de ruedas los usaba y los prestaba. Veías a niños ir con un solo patín calle arriba y calle abajo. Otros montaban en patinetes contruidos en casa con tablas aprovechadas y cojinetes de acero.

El invierno se superpuso al otoño. Se instaló a sus anchas entre un frío áspero y unas sucias nubes. Las calles perdieron el eco de las pisadas. Los árboles, secos como estacas, tendían sus brazos desnudos al viento y a la escarcha. Las ventiscas arrasaron. Nevó. Y no hay nieve impoluta en una gran ciudad, siempre se profana con huellas afantasmadas. Amontonada en rincones, yacía cada vez más grisácea y ennegrecida. Los juegos también se transformaron. Cambiaron los escenarios y los contenidos. Se jugaba en zaguanes, lugares resguardados, en alguna casa. Cualquier rincón que los acogiera, valía. Los niños intercambiaban cromos.

—¿A que no lo tienes?

—Te lo cambio por tres repes de los tuyos.

Algunos preferían, observar cómo claveteaba suelas en su minúsculo taller el zapatero o colocaba en la negra horma de hierro un par de zapatos. Los oficios subyugaban lo suyo. Algún día, tendrían que elegir. Ensayaban el futuro en un presente imperfecto:

—¿Tú qué quieres ser de mayor?

—Mecánico, como mi padre.

—Yo seré bombero o electricista, no sé.

—¿Y tú, Virginia?

—Yo podré ser todo lo que desee: trapecista, química, abogada, médica, saltimbamqui...

Las calles, en continuo trajín, veían desfilar gentes que realizaban su trabajo a cielo descubierto: el farolero, el afilador, el calderero, el ropavejero, el vendedor de periódicos, el barrendero, la castañera... Unos se anunciaban a voces. Otros, con algún silbo. O soplando un cornetín como los basureros. Y próximas las Navidades, unos y otros confiaban en el aguinaldo para sobrellevar la penuria.

Para calentarse las manos, nada como los juegos cantados batiendo y chocando palmas, mejor que el brasero y la mesa camilla. Claro que los sabañones dolían lo suyo.

—Antón Pirulero-ro-ro / mató a su mujer-jer-jer, / la puso en un saco-co-co, / la llevó a moler-ler-ler. / El molinero dijo-jo-jo: / Esto no es harina-na-na. / Esto es la mujer-jer-jer /de Antonio Molina-na-na. (Letras contextualizadas según la actualidad del momento.)

La primavera trajo consigo, junto a los vientos de marzo, las primeras cometas que empitonaron el cielo de colores vistosos. Los juegos de escondite y rayuela dejaban un regusto al paloduz con el que se simultaneaban. Al llegar Semana Santa, un tedio

corrosivo dejó apáticos a los chicos. La radio enmudeció de coplas y tonadilleras dando paso a música sacra y clásica. Música que disgustaba a los pequeños al asociarla a la muerte. El peor insulto en esas fechas era que te llamaran «judío». Hasta los perros, reverentes, ni osaban ladrar. Entretenimientos de mantilla, peineta y misal; procesiones; visitar monumentos; paseos. El Domingo de Resurrección, arrebató ensordecedor de matracas y algarabía entre los niños. Cese del aburrimiento infantil. Alborozo callejero. Juegos de pelota, comba, gallinita ciega.

Poco antes del solsticio de estío, volvieron los chiquillos a desparramarse en bandadas, imitando los vencejos al atardecer. Comenzaba el trasiego de recoger trastos para la hoguera de San Juan. En momentos sosegados se contaban chascarrillos de la serie «se sube el telón, se baja el telón» o del pícaro Jaimito, y alguna anécdota comentada bajando el tono de voz, como la de la señora Emilia, la lechera, que, ordeñando una vaca, se le metió una abeja en el oído que la volvió loca con su continuo zurrir, al tiempo que se le comió los sesos, acabando, para su desgracia, en Sant Boi.

Al cerrar las aulas sus puertas por amnistía estival, los chavales extrañaron que no participara Virginia en las alharacas acostumbradas. Dos niñas y un muchacho fueron los comisionados de la indagación. La fueron a buscar a su casa. Les recibió el poste de telégrafos del hermano mayor, parco en palabras, que con un solo gesto de cabeza les hizo enfilar el pasillo.

Sentada en el comedor, junto al ventanal que daba a la avenida por donde pasaban los trenes, el porte lánguido, la mirada apagada, sin lustre en las mejillas, encontraron a Virginia bordando.

—¿No quieres bajar a jugar con nosotros a la calle? —preguntó una niña tomando la iniciativa.

—Es que... no tengo ganas... —respondió.

Lo dijo con un hilillo de voz, como si le faltara el aliento.

Una de las niñas dio un codazo a la otra. Pretendía llamar su atención sobre algo que estaba frente a ellas y de espaldas a Virginia. La otra, algo menor y no tan avispada, solo vio la colada puesta a secar. La mayor miraba fijamente algo. Colocados en hilera, en el alambre más oculto al exterior y más próximo a la galería, unos blanquísimos paños de algodón rizado, uno muy junto al otro, pendían sujetos por una pinza.

En la calle, algo nostálgicos por el paso del tiempo y las cosas que se lleva, se detuvieron los tres niños a contemplar una vez más el paso del tren que se anunciaba a lo

lejos. Era un ciempiés largo, diez y seis vagones que contaron uno a uno. La negra locomotora, rechiflando, expedía de sus pulmones de fuego un humo denso y blanco, que los dejó hipnotizados: la estela, juguetona, dibujaba sobre los vagones la silueta de Virginia, dando ágiles y graciosos brincos y volteretas.

Virginia, entretanto, con sus tobillos de varas de azucenas tronchados, el espíritu doblegado por el peso de nefastas conveniencias sociales, perdió los dones poseídos. Sus sueños embarrancaron. Una desierta playa los acogió en un maternal abrazo. Permanecieron allí dormidos, sepultados en un nicho de arena y conchas. Pasaron muchos años, muchos. Hasta que su deseo la despertó. Pero eso forma parte de otra narración que ella misma pudo escribir en primera persona.

7. El año de la riada

TODOS ESTÁBAMOS ENAMORADOS de Maite y solíamos rondar por la calle donde vivía. Al aproximarnos a su casa, elevábamos la voz varios tonos hasta lograr que saliera al balcón rebosante de geranios y capuchinas. Unas veces sí y muchas no, se asomaba a la baranda de hierro forjado. Entonces podíamos ver desde abajo las piernas y los muslos de nuestra amiga. Las veces que no salía, teníamos la sensación que nos observaba tras la persiana. Por eso nos quedábamos merodeando por allí por si bajaba a hacer algún recado. Si lo hacía, fingíamos que pasábamos casualmente y la acompañábamos un rato dándole palique.

Maite tenía la piel dorada y el cuerpo espigado. Saltar, correr, trepar, todo le estaba permitido. Sus piernas eran elásticas, torneadas, bellas. Las llevaba siempre descubiertas bajo sus pantaloncitos cortos o piratas. No se arredraba ante el balón ni para chutar y marcar goles ni para encestar en la canasta. Y al correr era ágil y capaz de llegar a la meta antes que nosotros.

Ella solía jugar y hablar con todos sin fijarse en especial en ninguno. Por eso, nos mediamos en hazañas para captar su atención. El mismo Toni trepó como un mono a la copa de un árbol y brincó desde una rama que estuvo a punto de quebrarse. Inés y Marta, presas de espanto, lo miraban desde abajo y emitían grititos agudos, mientras que Maite, ajena a los movimientos de Toni, miraba hacia otro lado.

La hazaña no le hizo a Maite ni fu ni fa, y Toni se llevó un chasco al poner los pies en el suelo. Solo impresionó a la gorda Inés y al callo de Marta, que empezaron a cloquear con risitas nerviosas.

De todos nosotros era Eduardo el que se tomaba más a pecho los desdenes de Maite. Antes de unirse al grupo, lo había visto pelear con otros chavales. De genio pronto, su puño izquierdo había dejado más de un ojo a la virulé. A mí me caía de maravilla porque venía del sur y ceceaba como mis padres y sentía que nos comprendíamos sin necesidad

de hablar, bastaba tan solo con mirarnos a la cara y descubrir el brillo húmedo de sus ojos.

Edu llegó el año de la riada. Lo recuerdo bien porque desde la radio se abrió una colecta popular y tuvimos que hacer cola en la calle Caspe para depositar nuestro donativo. La cola era tan larga que doblaba la esquina y casi se juntaba con su inicio como una serpiente. Los guardias hacían indicaciones amables y ni siquiera tenían puesta la cara de multa. Un día, en clase, el profesor le hizo narrar lo que había presenciado. Nos contó, en medio de un gran silencio, que había visto a su paso por Valencia el río desbordado, puentes destruidos, casas y calles anegadas de agua y barro, animales, enseres y muebles a la deriva, y que gracias a la buena suerte y a la pericia del conductor del autocar, se salvaron de milagro. Este suceso le hizo muy popular en la escuela. Chicos de cursos inferiores y superiores venían a saludarle y a preguntarle cosas. Algunos le palmeaban amistosamente la espalda; otros le hacían pequeños regalos. Durante un tiempo se convirtió en un héroe para nosotros.

Frente al portal de Maite, no perdiendo de vista su balcón florido, empezamos a dar nuestras primeras caladas y a soñar con ella. Nos iniciamos con los Peninsulares, más tarde nos pasamos a los Chesterfield. Estos los comprábamos sueltos en la boca de metro próxima. Si teníamos dinero, entrábamos en la taberna Benito y nos tomábamos un quinto, y allí, apoyados en la barra de mármol, nos creíamos hombres porque bebíamos y nos afeitábamos, a pesar de que yo mismo era barbilampiño todavía y la primera cerveza me hizo volver a casa grogui.

Un atardecer, Maite salió a pasear a su perro. Nosotros estábamos sentados en un banco de la plaza cuando vimos que el perro se soltó de la correa. De inmediato, Edu se levantó, sacó una piedra del bolsillo y se la tiró al can. Este la recogió en su boca y se dirigió hacia él moviendo el rabo. En cuclillas, nuestro amigo se disponía a acariciar ya al animal, cuando su ama dio una orden seca y destemplada:

—*Vine ara mateix, Bobby!*

El perro, un caniche mediano y peludo de color blanco, vaciló. Miraba a Eduardo y se giraba hacia su ama sin decidir a quién obedecer. Maite se detuvo a media distancia y pudo ver cómo Bobby soltó la piedra ante Eduardo dejándose acariciar por él. Nosotros observábamos la escena en silencio. Paco silbó. Toni movía inquieto su pierna derecha. Yo apreté con fuerza la mandíbula hasta sentir daño.

Con los labios medio cerrados, pero con suficiente claridad, Maite dijo:

—Charnego de mierda.

Fueron tres palabras decisivas. Como si hasta ese momento Edu no hubiera sabido ni quién era ni de dónde venía ni qué papel le tocaría jugar de ahora en adelante. En ese mismo instante me dio la impresión que acababa de comprenderlo.

Creo que ese día yo dejé atrás algo importante, no sé bien qué era, tal vez algo así como un vacío interior, un agujero pequeño por el que perdía fuelle y se me iba la energía, dejándome apático.

En los ojos de Edu se posó un fino velo de niebla que me impedía ver el brillo húmedo que nos acercó hasta entonces. Sus silencios se tornaron más profundos y opacos. Economizó gestos como si le costase un enorme esfuerzo realizarlos. Se le veía más reconcentrado, casi siempre en silencio.

Maite empezó a vestir faldas ceñidas o de vuelo, sus escotes se acentuaron, llevaba zapatos con leve tacón y casi dejó de tratarse con la pandilla. Se limitaba a saludar esquiva y parecía ir siempre con prisa a todas partes.

Al aproximarse la Fiesta Mayor del barrio, hacíamos planes sobre qué chicas sacar a bailar. La rellena Inés se movía de maravilla en los rápidos. Ninguno pensaba en Marta para los lentos. Confiábamos que la actitud de Maite se suavizara y así poder comprobar en vivo y en directo cómo le habían crecido los pechos ese verano.

Nos cuidamos mucho de hacer ese comentario sobre nuestras aspiraciones en presencia de Edu. Él seguía dolido y más reservado que de costumbre.

Antes de la inauguración de los festejos, al ponerse el sol, Maite se asomó entre los geranios y las capuchinas y miró hacia abajo. En la calle, junto al bordillo de la acera, había un joven cuatro o cinco años mayor que nosotros sobre una moto de manillar reluciente. Mientras se pasaba el peine por el cabello se miraba complacido en el espejo retrovisor. Tenía buena planta, de las que solo se hacen en horas y horas de gimnasio. Quizás iba a la universidad o tal vez trabajase en un bufete de abogados. Pero la pinta, en exceso cuidada, tenía algo de falsa.

Al salir Maite por el portal, vimos que llevaba un vestido estampado con ramilletes de rojas cerezas, y sus tallos y sus hojas eran de un verde primaveral sobre un fondo blanco emborronado. Estaba bellísima con la cara empolvada y los ojos perfilados de khol. Después de saludarse con un beso en las mejillas, el lechuguino, le dio al pedal de arranque sin dejar de mirarse en el espejo. Ella se sentó en el sillín con las rodillas muy

juntas a un lado y abrazándose al vanidoso. Cuando se iban, Maite sonrió y nos saludó con la mano. Se la veía triunfal y con las piernas mejor torneadas que nunca.

Nosotros, mientras los de la orquesta afinaban sus instrumentos, nos dedicamos a buscar una réplica de Maite. No resultó fácil la elección. Había unas cuantas jóvenes que si no la superaban en belleza podían empatarla. «La de ojos verdes me la pido»; «Esa la he elegido yo»; «Yo las prefiero con buena delantera y no lisas como una tabla de planchar»; «Mirad qué buena está aquella»...

Durante un tiempo que se nos hizo eterno, los músicos tocaron sus melodías sin que casi nadie bailase. El ambiente no se había caldeado aún. Pocos se animaban a salir a la pista. Las chicas se hacían las estrechas y nos daban una calabaza tras otra. Por suerte para todos, alrededor de la medianoche, ya habíamos logrado encontrar pareja y bailábamos los lentos apretados a nuestras chicas.

Conocimos a nuevas chavalas con las que bailar a ritmo lento las tardes del domingo. Las fiestas, sin la presencia de adultos, se hacían en casa de alguno o en una torre abandonada de Sarriá. El pinchadiscos era Santi, tan inmenso que su forma recordaba el barril gigante de una bodega. Daba gusto hablar con él. Lo sabía todo de música moderna. Es curioso, nunca se comió un rosco. Él solo miraba de soslayo las piernas de las chicas cuando sus faldas, con el agitado movimiento de los rápidos, las dejaban al descubierto. Algunas parejas desaparecían por los rincones más oscuros y apoyadas en la pared o en un destartado sofá se besaban y acariciaban como si ese día se fuese a acabar el mundo.

A finales de verano, Eduardo entró a trabajar como aprendiz de mecánico en un taller de reparaciones de coches. No regresó a la escuela y poco a poco se volvió más selectivo con los amigos. Tenía entonces quince años.

La bomba más sonada la dio Maite. El presumido resultó trabajar de auxiliar administrativo en una oficina de Correos. Quién lo iba a decir con los humos que se gastaba.

Lo peor fue lo del accidente. Ambos iban en moto y derraparon en una curva. Él no se hizo apenas nada. Hematomas y despellejamientos. Pero a ella le cayó la moto encima y le trituyó las piernas. Una se la amputaron. Mientras estuvo en el hospital él la iba a visitar tomando el autobús. Rompieron por teléfono al darle el alta. Solo fue una vez a su casa para devolverle las fotos.

Poco después fuimos todos a verla menos Eduardo.

El año de la gran riada inundó nuestras vidas de cosas nuevas, pero también se llevó a su paso otras tantas que jamás volvieron a ser como antes.

8. La rara

TUVE LA CERTEZA DE SER MAYOR un día de verano. Lo recuerdo bien, porque tres días después cumplía los catorce. Ocurrió exactamente el día 23 de junio, víspera de San Juan. Y fue como si se agolpara la vida en un instante. Decidimos inaugurar las vacaciones de modo diferente. A las nueve de la mañana ya estábamos Sergio, Marcos y yo en la plaza del pueblo. Las chicas llegaron más tarde. La primera fue Pilar.

—Hola, chicos, no se os han pegado las sábanas, no.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

—¡Un año!

Pilar siempre sonreía. Primero con los ojos, después con la punta de la nariz, que se le alzaba, y de inmediato, siguiendo la misma secuencia, con los hoyuelos de las mejillas. Todo su cuerpo, cimbreado y espigado, parecía reír al avanzar hacia nosotros. Levantaba al caminar una brisa fresca de lima y toronjil que ensanchaba la respiración. Nos fue besando uno a uno. A mí me besó, creo, distinto, más cerca de la boca. Y el beso fue como el roce del suave plumón de un polluelo, un desmayo o acaso una promesa. Tal vez un anticipo de algo que podía ocurrir y cosquilleaba la imaginación.

—Mirad quién viene por ahí.

Un cabello cobrizo se dejaba despeinar por el aire. La silueta avanzaba y al caminar producía la sensación de no tocar el suelo con los pies. Los brazos pendían abatidos a lo largo del cuerpo. Era Iris.

—¿Os habéis fijado? No lleva mochila ni bolsa. Yo le dije que íbamos de excursión hasta la laguna —se extrañó Pilar.

—No importa. De camino podemos comprar frutas y refrescos y seguro que todos llevamos bocadillos de más —respondí.

Iris no mostró alegría al vernos. Tampoco desagradó. No nos besó. Solo tendió su mano a los chicos y yo sentí que un calambre me recorría todo el brazo. La encontré muy cambiada. Miraba lejos, muy lejos, y también dentro de nosotros escarbando en algún

lugar incómodo de nuestro ser, y lo hacía como el que remueve ascuas en el brasero para avivar la lumbre, así alborotaba ella todo lo asentado. El color de sus ojos era lila como su nombre. Los cuatro nos dejamos embriagar por su exquisito olor a glicinas y angélica y nuestras fosas nasales se ensancharon para retener su aroma.

Al salir del pueblo atajamos por el huerto del tío Raimundo, cargado de nisperos y cerezos insinuantes como pezones adolescentes, esos pezones que imaginaba que tenía Pilar debajo de su blusa. Cogimos puñados de cerezas carmesí, que fuimos saboreando mientras caminábamos. Sergio y Marcos imitaron a Pilar, que se colgó ramilletes de cerezas en las orejas. Pero ellos, guasones, movían las caderas grotescamente, apoyaban una mano debajo de la cintura, y la otra volteaba en el aire imitando el contoneo de las chicas.

Yo me quedé rezagado junto a Iris, sintiéndome extraño a su lado, sin saber qué decir mientras ella caminaba ensimismada, la boca entreabierta para que el viento de esa mañana cantara dentro de ella. Y creí que resonaba como un lamento áspero y acongojado. Hasta que de los panales de un montículo nos llegó un zumbido de abejas afanadas y enloquecidas y pusimos pies en polvorosa. La carrera nos hizo sentir el calor próximo al mediodía. Marcos y Sergio usaron sus camisetas como turbantes. Yo la até a mi cintura. Pilar desabrochó su blusa y asomaron tímidos la mitad de unos senos turgentes y mórbidos que encendían el deseo.

Entramos en un bosquecillo umbrío. En las lomas más altas y despobladas crecía retama y tomillo. Mareas de olores entremezclados llegaban hasta nosotros. Vi el aleteo nasal de Sergio ensancharse de gozo al husmear la brisa. Pilar bromeó con él.

—Mirad a Sergio, se abanica con las fosas de la nariz.

—¡Ah!, no sabéis lo mejor de Sergio, también es capaz de mover las orejas.

—¡Que lo haga, que lo haga! —incitó Pilar.

Todos reímos hasta desternillarnos; todos menos Iris, que en ese momento ni se detuvo y siguió el camino por su cuenta, agachándose de vez en cuando a recoger de las orillas húmedas fresas silvestres que ponía en su pañuelo. Distraídamente se las llevaba a la boca y las masticaba despacio. Al llegar junto a ella nos invitó extendiendo la mano. Cuando las terminamos el pañuelo estaba manchado. Entonces Iris lo lamió como una oveja lame a un corderillo recién parido y, seguidamente, con el mismo instinto animal, fue engullendo el tejido quebrándolo entre los dientes.

—Tía, ¿de qué vas? Tú sí que eres rara —dijo Marcos.

—Anda que si el pañuelo tenía mocos —añadió Sergio.

—Solo era sangre —respondió enigmática Iris.

Nos entró ansia por tomar un baño al ir bordeando el riachuelo. Pero en ese lugar no había pozas y el agua solo nos llegaba a media pierna. Pilar se descalzó, se refrescó los pies, chapoteó frenéticamente y nos salpicó a todos. Hilillos de agua fresca resbalaban por mi pecho. Los demás se defendieron arrojando más agua sobre ella. Fue una dulce batalla. Marcos y Sergio la rodeaban muy próximos. El primero aprovechó el bullicio para sobarla levemente, con urgencia y parquedad de muchacho inexperto. Ella reía a la par que hacía amagos infructuosos de querer defenderse del toqueteo accidental. Su risa era festiva y fresca como los cascabeles. Reía hasta retorcerse toda entera y saltársele las lágrimas. Y yo, testigo mudo, me reconcomía de rabia y celos por dentro.

Me cuesta visualizar el claro donde nos sentamos a comer. Pero no los cegadores haces de luz. Ni el mantelito de vichy a cuadros rojos y blancos que primorosamente desplegó Pilar. Recostados y apoyados en los árboles, habíamos saciado el apetito y los sentidos se despertaban con el chirriar de élitros de insectos machos. Marcos repartía la bota y hasta Iris bebió de ella. Una jugosa sandía se abrió como un clavel inmenso. Los cinco nos postramos alrededor como ante un cáliz, queriendo arrebatarlos los mejores bocados y paladear su fresca dulzura. Después vino el sopor, la laxitud, el adormecimiento bajo la sombra. Finalmente llegó el sueño.

Iris velaba con esa inquietud penetrante de sus ojos violeta. Yo, en el duermevela, alcancé a ver cómo Marcos se levantaba y se iba a recostar sigilosamente junto a Pilar. Ambos me daban la espalda. Él le acariciaba la nuca, los hombros, el torso, primero sobre la blusa, después debajo de esta. Deslizó sus manos hacia delante y allí se demoró con la parsimonia de un iniciado. Pilar ronroneó, arqueó el cuerpo y Marcos aprovechó para pegarse como una lapa poniendo su velluda pierna sobre la cadera de ella. Si Pilar despertó, fingió estar dormida.

Después de sestar decidimos continuar la marcha. Sentía aún mis mejillas arder y los dientes tan apretados que me dolían los maxilares. Avanzamos rodeando las playas salinas de la laguna. A lo lejos cabelleras de juncos se peinaban. Cerca de los manaderos de agua dulce, sorteamos carrizos, aneas y otras plantas cuyo nombre ignoraba.

A trechos Sergio silbaba, creo que para rebajar tensión. Pero yo me iba crispando al oírlo porque la musiquilla correspondía a un duelo de película del Oeste donde muere el bueno.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo Marcos y Pilar se iban quedando rezagados. Tentado estuve de girar la cabeza y mirarles con desafío. También de estallar con Marcos, el muy aprovechado. Seguí caminando con las quijadas más prietas todavía.

Al llegar a la parte honda de la laguna ya no éramos aquellos que unas horas antes salimos de excursión. Todos teníamos prisa por zambullirnos y calmar nuestra ansia.

Desde un improvisado trampolín de piedra, primero se lanzó Pilar como una sirena en las azules aguas. La siguió el triunfante Marcos, Iris y Sergio. En la orilla, mientras me descalzaba, observé que Iris era una estupenda nadadora. Batía el agua rítmicamente con los brazos. Su cabeza desmelenada parecía la fantástica figura de un mascarón de proa, y todo su cuerpo hasta la popa, la quilla de una estilizada barca.

Quise nadar hasta ella y me zambullí a continuación. Pero cuanto más me esforzaba en alcanzarla más se alejaba Iris de mí. Lejos, hacia la izquierda, el lago se estrechaba entre juncos y cañas. En mis piernas se enredaban algas limosas que tiraban de mí. Vi las aguas tornarse de un verde ennegrecido. Empezó a faltarme el resuello. Tenía que salir de allí como fuera. Cuanto más me esforzaba, más me costaba avanzar y piernas y brazos me parecían de plomo macizo. Imposible moverme. Las aguas ya eran negras y espesas como el alquitrán y me engullían hacia sus simas. Quise reconocerme a través del tacto. Irreconocible. Mi cuerpo se transmutaba por momentos, latido a latido. Unas escamas plateadas sustituyeron el vello de siempre. A ambos lados de mi cabeza unas pequeñas aletas transparentes se agitaban. Algo como celdillas o branquias empezó a moverse. Intenté deslizar la mano para identificar mi cuerpo, si es que quedaba algo, y no la encontré. Un atisbo de cosa parecida a una aleta y membrana cartilaginosa ocupaba su lugar. Dios, qué extraño cambio. En mi desesperación grité y grité, mas no oí voz humana alguna. Y, entonces, cuando creía estar ya a las puertas del infierno abisal, una tupida y fina malla me asió con abrazo maternal. Iris, con su barca, remaba hacia la orilla derecha. Me pregunté, con el poco entendimiento que me quedaba, si Iris era mensajera de los dioses y si los peces tenían alma, qué clase de vida me aguardaba a un lado u otro del infierno de acá o de allá.

En la orilla, alorado y exhausto, me devolvió a la vida el boca a boca amoroso de Iris. Ya no dudé. El infierno de acá era la mismísima gloria.

9. Cuando mis ojos no saben dónde mirar

NO TENÍA MÁS DE DIEZ U ONCE AÑOS. Mi padre y yo estábamos sentados en el asiento de tablillas de un vagón de tercera. Solíamos usar siempre transporte público. A mí me gustaba viajar también en trolebús y tranvía. En el trole siempre quería ir en el piso superior y mirar a la calle desde la ventanilla. Recuerdo el color beige del traje de pana de los revisores y su cartera de piel con billetes de colorines que parecían formar diminutas banderas. Pero ese día no pasó el revisor del tren, y mi billete se quedó sin el clic esperado.

Un tricornio acharolado y un traje verde asomaron por la puerta del vagón. En una de las muñecas del guardia relucía una pulsera de acero y un trozo de cadena gruesa se asía a la muñeca derecha de un hombre cuya faz alargada y magro cuerpo parecía sacado de un cuadro de El Greco. El hombre, ojeroso, demacrado, calzaba alpargatas de cintas negras, como los campesinos. Tras él iba la verde pareja del primero.

En el vagón, repleto hasta entonces de voces bulliciosas, se hizo un denso silencio. Una zozobra de corazones como de pajarillos presos en un puño latían apresurados. También mi corazón parecía descarrilar de tanto traqueteo. Sentía que una mano gorda me lo estrujaba con fuerza. Suspiré repetidamente porque notaba que me faltaba el aliento.

Mi padre me dio entonces un suave toque con el codo. Lo miré y vi su perfil de afilados contornos y su cara blanca como el papel de fumar. De algún lugar extrajo las palabras justas:

—Tranquila. No va a pasar nada.

El ciempiés de hierro se puso en marcha. Me sorbía la emoción con su regusto de acíbar, como lágrimas que lloran hacia dentro. Se me ocurrió una tontería. Como ganas de preguntar a mi padre «cuánto pesa el miedo», pero guardé silencio. Mi padre, que algo debió de percibir, me tomó la mano y me tranquilicé.

Embelesada, escudriñaba al hombre escoltado. No podía dejar de mirar los pies sin calcetines y aquellas alpargatas de cáñamo. Su cara me evocaba algo familiar y conocido. Quizás era el gesto, su media sonrisa, su frente despejada, sus cabellos en desorden. Tosía sin cesar. Con dificultad se extrajo del pantalón un pañuelo que se llevó a la boca, tiñéndose de sangre.

«¡Ya está! ¡Sé quién es! —pensé—. ¡Jesucristo! ¡Y esos, los dos que crucificaron con él!»

Se me agolpó la pena en el pecho; sentía lástima, temor, desasosiego, frío, calor; me revolvía inquieta en el asiento; lo miraba a hurtadillas. Todo a la vez, así como un batiburrillo de sensaciones.

—Pobrecillo, está tísico —dijo una mujer.

—Lo deben llevar al Sanatorio —comentaron detrás.

Mi padre hizo por sacar los cigarrillos, mas debió cambiar de opinión y en su lugar extrajo su cajita de pastillas Juanola, y le ofreció a los guardias, que denegaron cortésmente.

Sin desalentarse, con un gesto de cabeza, preguntó si podía invitar al prisionero. Ambos guardias intercambiaron miradas y asintieron. Al hombre se le ensanchó la sonrisa. Sus ojos relucían con chiribitas acuosas. Lentamente, una lágrima le resbaló ocultándose pudorosa en sus labios entreabiertos.

—Gracias, cuando me da esta tos... —balbuceó.

La voz de atrás intervino de nuevo.

—Para lo que va a vivir.

Al preso se le desenchajó el semblante. Sin duda oyó el comentario. A mí me dolió el rictus torcido de sus labios, las arrugas de la frente, la mirada soñadora perdiéndose tras la ventanilla... Ese día aprendí que las palabras humillan y taladran esperanzas.

Bajé del tren sin soltar la mano de mi padre. Mis ojos no sabían ya dónde mirar de tanto ver.³

10. Las manos sembradas

RECUERDO QUE AQUEL DÍA no tuve fiebre. Era el primero de muchos y mi abuela me dejó merendar un bocadillo de lonchas de turrón de yema quemada que vendían en El Trébol.

—Esta maldita enfermedad nos trae de cabeza —dijo la abuela sin rezongar ante mi antojo—. ¡Válgame Dios qué caprichos tiene esta chiquilla!

Y enseguida se puso a cortar el turrón en finas lonchas.

Como me sentía con fuerzas, me animé a cenar con todos en el comedor. Mi padre, sentado en la butaca, leía el periódico. Sin reparar en mí, empezó a leer en voz alta los titulares remarcando las sílabas para resaltar así su importancia:

—«Un padre corta las manos con un hacha a su hijo de cinco años»...

—¡Será criminal! —dijo mamá.

Quise escabullirme tan sigilosamente como había entrado, pero cuando estaba entornando la puerta, me detuve al oír la voz de papá subiendo el tono.

—Escucha esto, Ana —dijo, dirigiéndose a mamá—: «Enfurecido porque el niño había hecho trizas con las tijeras el décimo de lotería premiado ayer...».

—¿Cómo puede alguien hacer algo así...? ¡Desalmado! —contestó mamá con el rostro lívido.

Fue como recibir una descarga de alta tensión. Quedé clavada en el quicio de la puerta, sin osar dar un paso ni hacia delante ni hacia atrás. Inmóvil, con el vello erizado, trémula, sorbí mis lágrimas y durante el tiempo que mi padre continuó leyendo, yo permanecí callada, mientras mi cabeza giraba como un tiovivo.

Ya en la mesa, solo ver las patatas y las acelgas informes en el plato, se me revolvieron las tripas.

—Anda, pon las manos sobre la mesa y coge el tenedor.

Yo tenía en ese instante las manos sobre los muslos sin atreverme a mirarlas, imaginando cómo sería no tener manos. «No tengo manos, no tengo manos», martilleaba mi cerebro.

Cuando cogí el tenedor, mi mano derecha era solo un muñón sangriento bajo la luz de la lámpara en forma de seta.

—No tengo hambre...

La mano izquierda seguía bajo el mantel a cuadros blanquiazules.

—Come aunque sea solo un poco —dijo mamá.

La voz mandona de mi hermana mayor se entrometió como siempre cuando se avecinaba bronca. Los siete años de edad que me llevaba le daban derecho a meter baza.

—¡Pon la otra mano sobre la mesa!

Agaché la testuz hasta tocar con la barbilla el pecho y vi, sorprendida, mi mano izquierda caminar por las baldosas apoyándose en sus cinco dedos, el medio y el índice adelantados, y los tres restantes, encogidos. Mi mano era tal cual una araña gigante.

La abuela, mamá y mi hermana se quitaban una a otra las palabras de la boca, debido al atropellamiento con que querían intervenir.

—Si es lo que digo yo, no se les puede malcriar y darles todos los caprichos...

—¡Sanseacabó! ¿Es que no podéis callar de una vez? ¡No me dejáis escuchar las noticias!

El guirigay exasperó a papá y me mandó a la cama sin cenar. Mientras yo lloraba desconsoladamente sentada en la cama.

Antes de acostarse, entró mamá para darme el beso de todas las noches.

—¿No duermes todavía?

—No puedo...

—¿Quieres un vaso de leche calentita con galletas? —dijo acariciándome la cabeza y apartándome el flequillo de la frente.

En ese momento, vi reflejado en el espejo del ropero dos estrellas chiquitas en la niña de mis ojos, al tiempo que se colgaba de mis labios una sonrisa entre tontuela y picarona de payaso. Hasta tenía la nariz enrojecida por el berrinche y los mofletes colorados. La cara del espejo me guiñó un ojo, y tuve la impresión de que era otra niña la que estaba allí mirándome, como si fuera mi hermana gemela.

Las galletas, echadas en la leche a pedacitos me las daba mamá a cucharadas antes de irse a trabajar muy temprano. Así, entre sueños, impregnada del olor tibio de mi madre, en esa frontera difusa entre el sueño y la vigilia, tomaba el desayuno que me negaba a comer después con la abuela. Ese primer alimento del día me parecía el más exquisito de los bocados. Entreabría los ojos de tarde en tarde para no despertar del todo. El dulzor se

instalaba en la punta de la lengua y en el velo del paladar, y el tragar era un roce de plumas muy suave. Creía que anidaban en mi estómago golondrinas y allí daban de comer a sus polluelos. Sus alas cosquilleaban en mi interior. Si por las mañanas la abuela insistía en hacerme desayunar otra vez, me sobrevenían arcadas y se escapaban las crías por mi boca. Y allí estaba el gato dispuesto a no desaprovechar nada que fuera comestible y con plumas. El gato era regalado, pasaba la mayor parte del día aseándose o durmiendo. Una de sus especialidades consistía en introducirse por la noche dentro de mi cama y ovillarse sobre mis pies. Antes de salir hacia la escuela, si oía el tintinear de la cucharilla en el vaso, corría maullando melindroso allí donde estuviera yo desayunando y entonces no cesaba de restregarse entre nuestras piernas.

—¡Zape! —intentaba apartarlo la abuela.

El micifuz tenía una gran pericia y solía tomar la leche con Cola Cao a lametazos en la cucharilla y no desperdiciaba ni una gota.

Todo eso solía ocurrir siempre por las mañanas.

Aquella noche en que papá me ordenó ir a la cama sin cenar, pasaron cosas pero que muy raras. Todavía ignoro si lo ocurrido fue real o fruto de mi excesiva imaginación, o tal vez los primeros síntomas de una extraña enfermedad que estaba comenzando a incubarse.

Al principio, atónita, vi a la doble del espejo salir de él de medio lado, adelantando primero un hombro y luego el otro, sin esfuerzo alguno y sin hacerse ningún corte. Tal cual como si surgiera de un lago pero sin gota de agua. Se situó muy próxima a mí y el vaho de su respiración puso dos cubitos de hielo en mis mejillas. Con un siseo dijo algo así:

—Ahora empieza lo bueno.

Ella iba delante de mí con paso leve y sin hacer ruido. No tropezaba con las piedras. Cuando le venían ganas, se elevaba del suelo como una nubecilla que se cansa de estar a ras de tierra y levantaba un remolino de arena que se me metía en los ojos. Yo no cesaba de parpadear. Me costaba seguirla, iba tras ella jadeando. Cruzamos valles, prados y campos de labor, y ella tan ligera y campante.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Del *otro lado*, donde...

Y me pareció entender que la última palabra, ensordecida, era *manos* o quizá *pasmo*, no podría precisar bien. En todo caso, sí que estoy segura de que era una palabra con dos

sílabas y que las vocales *a* y *o* no se movían de sitio.

Pero tal y como mi doble había aparecido se esfumó. Me encontré sola sin saber dónde estaba, descorazonada por si me perdía y no podía regresar. Al fondo del camino se divisaba una bóveda de ladrillos envejecidos y rotos. La curiosidad guio mis pasos. El suelo era de tierra oscura y esponjosa como la turba. Sembrado en ella había lo que en un primer momento me parecieron plantas mecidas por la brisa. Después observé con más detalle que todas tenían hojas; semejaban helechos. Al poco cambiaron de forma. Ya estaba segura, no eran helechos. De la tierra crecían cientos de manos con sus cinco dedos blancos que se movían igual que tentáculos de medusas. Brotaban sin parar, como los champiñones. No eran más grandes que las manos de un niño. Allí, en la penumbra, buscaban alcanzar algo que no lograban y los dedos fosforecían en la oscuridad. Sentí algo viscoso que se pegaba a mis piernas. Todas las manos unidas trepaban a la vez y desordenadamente por mi cuerpo. Mis brazos, cual dos ramas floridas, estaban llenos de dedos. Empezaron a retorcerme las muñecas. Agitada, forcejeaba para que se desprendieran. Esas *cosas* se adherían a la piel bien prietas, cual ventosas, y tenían la fuerza de monstruos abisales. Di un alarido al verme sin manos y con las muñecas chorreando sangre. Pensé que me las habían arrancado para sembrarlas en aquel cementerio de tierra recién mullida.

El viento arrastró una voz junto a mi oído.

—Son para el niño sin manos.

Y el eco repetía manos-manos-manos...

De pronto me encontré columpiándome en el parque. En una de las idas y venidas del columpio, salí despedida y me hallé asida a un globo de vidrio de color verde. La lámpara era idéntica, no solo en la forma, sino también en la tonalidad, a la que yo miraba siempre con los ojos bien abiertos antes de dormirme. Creía que si la miraba fijamente su luz acabaría por revelarme algún misterio. Yo la llamaba Saturno, porque tenía un anillo que la rodeaba. Agarrada a su tubo de metal y sentada en el anillo, me veía en la cama durmiendo. Así que estaba en dos sitios a la vez. Era la gemela del espejo y yo misma. Dos en una.

Súbitamente, la habitación empezó a inundarse. El nivel del agua se elevaba por momentos. Aquello era un diluvio. Sin embargo, yo me sentía a salvo allí arriba, siendo testigo de lo que ocurría abajo. Las aguas subían más y más, y la cama flotó como una barca. Junto a ella nadaban pedazos de corchos desprendidos de un salvavidas. Inscritos

en los trozos de corcho y en su superficie había números formando diversas combinaciones. A veces los cuadraditos de corcho con sus números a cuestras chocaban entre sí. Otras, se abrazan alegres como dos amigos que hace tiempo que no se ven. Muchos se arremolinaban y daban vueltas unos tras otros. Yo podía leer algunas cifras. Como 32.516 y 58.950. Los cachitos de corcho tendían a formar pareja ocasional y se acariciaban como novios; otros se triangulaban: 1-2-3 y se colocaba el 1 en el vértice inferior como un vigía; girando sobre sí, apareció un par compacto: el 56 y el 58, el 56 encima y el 58 debajo porque tenía vértigo. Nadando a toda pastilla y rodeando mi camarco, una corvina enorme con dientes de sierra saltaba sobre el agua para engullirme. Me alarmé. Vestía irisados colores en sus escamas. Para mi sorpresa, en un pispás se tragó los corchos y el buche se le infló como un globo.

Desde arriba contemplé otras cosas más nadando en el agua: una caja de madera bamboleándose con un pavo desplumado dentro, una liga de señora y un sujetador con sus dos conos arrogantes.

La puerta se abrió de par en par y una ola inmensa se llevó la cama a navegar en la noche. «Estaré soñando», me dije. Y a continuación, pensé: «No, esto es real, está ocurriendo ahora, y el agua acabará llevándoselo todo».

Si yo había salido a la deriva, ¿qué hacía allí arriba colgada de la lámpara como un macaco? Luego era ubicua.

Mi cuerpo oscilaba en suave vaivén. Sentí una transformación insólita. Desaparecían los límites, se borraba la forma de mi cuerpo, dando paso a otra *cosa* que, suspendida en el aire, flotaba ingrávida. Mi figura se alteraba de continuo. Variaba de estar desparramada como una gelatina a hallarme como un gusano verde despachurrado.

Con tanto cambio temía caer en el lago y ser devorada por el pez. Percibía que a veces me alargaba como un fideo hasta rozar el agua, y que, de pronto, como si llevara un resorte, me encontraba de nuevo arriba, minúscula y acurrucada en Saturno. Y otra vez, sin sosiego, comenzaban las alternancias de formas, imprecisas, monstruosas, múltiples, continuamente cambiantes.

El palpar del tiempo demoraba su latir. El corazón de las horas perdió su tictac. Sea lo que fuere lo que estaba ocurriendo, no parecía terminar nunca. No podía reconocer mi cuerpo. La inundación no cesaba. El agua me mojó los pies, rebasó mis rodillas, rápidamente me cubrió la cintura, y llegaba a mi boca impidiéndome ya respirar...

Desperté empapada de sudor, confusa, castañeteando los dientes. Me toqué por todo el cuerpo; no le faltaba ni le sobraba nada. Me miré incrédula las manos separando mucho los diez dedos intactos.

Oí la voz de la abuela:

—Hoy te quedarás en la cama. He llamado al doctor Tomás. Anda, tómate ahora este vaso leche y esta pastilla.

No sabían qué me pasaba.

Mamá me llevaba a médicos de pago, la abuela cedía a mis antojos cocinando, mi hermana no se peleaba conmigo. Al anochecer cuchicheaban entre ellos o se llevaban el dedo a la boca en señal de que podía oírles. Resultó que no hubo dos doctores que dijeran lo mismo, que pude comer torrijas y ajo *colorao*, que mi hermana no solo se volvió buena sino que me traía regalos al volver de la escuela: tiras enteras de cromos, turrón de yema quemada, me dejaba sus lápices de colores sin tener que pedirselos, iba sin rechistar a buscar el gato si me apetecía jugar con él...

Pero a todo esto yo no mejoraba. Mi familia se desvivía por mi salud a la par que yo iba cambiando día tras día con mi enfermedad. Percibía con asombro su exceso de celo, sus contemplaciones, la ausencia de regañinas. La abuela incluía mi pronta curación en sus oraciones y nunca se olvidaba por las noches de encender la mariposa. No sé, me transmitían con su conducta que algo grave estaba sucediendo o iba pronto a suceder.

Ha pasado el tiempo.

Continúo sin comprender dos asuntos fundamentales. El primero, qué hacer con mis manos. Son una pesada carga para mí, una rémora. Las miro y me parecen ajenas, como una prótesis artificial, eso es, dos tacos de madera postizos injertados por un siniestro cirujano. No sé dónde y cómo ponerlas cuando paseo, cuando voy al cine, cuando estoy con la familia viendo la telenovela... Las miro y remiro obsesivamente. Las entrelazo en la espalda, las dejo caer pesadamente a lo largo del cuerpo, cruzo los brazos, hago crujir las falanges de los dedos, las agito en el aire... A menudo me clavo las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar.

El segundo asunto es aún más desconcertante y perturbador. Estoy empezando a tener miedo de salir a la calle, permanezco mucho tiempo recluida en casa, aunque mi madre siempre me dice que tengo que salir más, hacer amigos, echarme novio, que no es bueno que una joven de mi edad esté tan sola.

A días me armo de valor y salgo al portal, llego hasta la esquina, y una vez allí vacilo presa de pánico y me vuelvo enseguida a casa. Creo que todos me miran las manos y murmuran sobre ellas.

Al llegar, subo las escaleras sin aliento, corriendo voy hasta mi cuarto, hecho la llave y una aldaba, me quedo sentada en la cama, los ojos bien abiertos, la respiración entrecortada, las orejas en alerta, el corazón golpeteándome el pecho... No tengo ya la menor duda, una jauría de manos enfebrecida me persigue, suben por la escalera. En este instante aporrean la puerta. Alguna se ha encaramado sobre las otras y no cesa de sonar el timbre. Estoy sola en casa.

11. Marnie

«Vivimos en el olvido diario de las cosas.»

ELOY URROZ

«Estaba allí y se sentía lejos.»

JUAN MARSÉ

¿HAS VISTO *MARNIE LA LADRONA*? ¿No? Luego te cuento. Así por encima, es por los viejos que estoy aquí. ¿Y tú? ¿No dices nada? Anda, no te vayas con remilgos. No estamos en este lugar precisamente por buena conducta. Porque somos menores, que si no estaríamos en chirona. Aquí el horizonte son muros, puertas de seguridad que si te descuidas te aplastan las narices. Yo quiero otra cosa. Me ahogo, me falta el aire. Pero tengo un plan. ¿Quieres que te lo cuente? Verás, es que no pienso pasar aquí tantos meses. No te lo tomes a chungu, que no es broma. Que no, tía, de qué vas, que no estoy zumbá. Deja ya de sonreír. No me mires así, por favor. Si la cara es el espejo del alma, la que pones ahora es de incrédula.

Llevo varios días diciéndome que te tengo que hablar. Te he observado y me he hecho una idea de ti. Que no, no es propiamente que te haya estado espiando para luego soplárselo a esos que nos vigilan, no. Eso no va conmigo. Ni de pequeña fui con el chivatazo a nadie. Cuidado, que se acerca la vigilanta que siempre va más estirada que el palo de una escoba. Que pase de largo. Luego seguimos hablando. ¿Sabes?, dicen que es tortillera, que ha sobado a algunas chicas. La llaman Martirio. ¿Piensas que es por eso lo de las gafas oscuras? Yo más bien creo que debe ser por lo que nos martiriza a nosotras. Cuentan que lleva un ojo de cristal con el que parece que ve más que con el sano. Corre la historia que se lo hizo una interna con un pincho, harta de sentirse espiada por la cerradura. Pero quién sabe si era tuerta de nacimiento o por otra causa. Es curioso que aquí, a los que vigilan y castigan, les llamen monitores y educadores. Menuda calaña.

Algunos hasta se lo toman en serio. Quieren que salgamos de aquí siendo otras, como si fuera posible cambiar nuestro pasado y nacer de nuevo. Nadie cambia si no quiere.

¿Tú has ido al psicólogo alguna vez? Cuando yo tenía doce años me llevaron unas cuantas veces porque andaba descontrolada. Mi madre me dejaba encerrada en casa y yo me escapaba por la ventana. Ella hacía turnos en el hotel y mi padre se pasaba todo el santo día trabajando. Y cuando salía, no venía directo a casa, no, se paraba en las tabernas a tomar unos vinos. Pero no era malo, se metía en la cama y se ponía enseguida a roncar. A ella nunca le pegó. Ella sí, era peleona y le insultaba. Se quejaba del sueldo y le decía que era un calzonazos, que no tenía agallas para pedir aumento. Y yo, cuando me quedaba sola, con una inquietud que me reconcomía, me arrancaba los cabellos uno a uno. Mira, llevo peluca para que no se note. ¿Te da asco mi calva? ¿No te habías dado cuenta de que era una peluca? Lo peor, con todo, no fue lo del cabello. También me arranqué las cejas. ¿Ves ahora lo bien perfiladas que están? Llevo un maquillaje tatuado. Dirás, que le falta a esta, a ver si también lleva una pata de palo. Pero casi, porque en una de mis escapadas me rompí la pierna y anduve con muletas un tiempo.

Así que un día, el psicólogo va y me hace dibujar. Hice una gran carota que parecía de carnaval y que ocupaba todo el folio, con un boquete tan inmenso que se veía parte de la lengua y la campanilla al fondo, y con unos dientes tan grandes y afilados como una sierra. Con mucha corrección, el tío va y me pregunta si la cara era de algún conocido mío. Le dije que era de mi madre y se le torció el gesto. Me preguntó también más cosas, algunas muy raras, como si yo fuera un animal a cuál querría parecerme. Un león o un rinoceronte, dije de inmediato pero con desgana, que no fuera a creer que era un pez que mordía el anzuelo fácilmente. Si me lo preguntara ahora diría que un tigre. Tenía ganas de salir de allí y dejar de hacer gansadas.

No arrugues el morro ni subas esa ceja incrédula. ¿Tú puedes ser otra? Pues a veces a mí me gustaría desdoblarme y ser otra persona, llevar la vida de otro. Hay quien se conforma con ser la sombra de alguien o una especie de doble de cine. Yo no. Necesito acción, no puedo pararme. Viviría con gusto la vida de otros con tal de que sea distinta de la mía. Llevo quince años en este cuerpo y no creas que me gusta. Fíjate, la directora, el otro día me pidió que describiera cómo era. Me quedé muda. No sabía qué decir. Ella intentaba echarme un cable, vamos que me dio facilidades, por ejemplo, me preguntó cómo me veía —«horrible», pensé—, qué cualidades tenía —«qué será eso»—, en fin,

monsergas de ese tipo. Con decirte que solo me venían cosas malas a la cabeza. Y no va a hablar una mal de sí misma a los demás.

Mi madre, ¡puaj!, no se merece ni que gaste saliva hablando de ella. La muy cabrona denunció que había robado la moto, que amenacé a su dueño con una navaja, le herí y luego la malvendí a un compinche. Y eso que no sabe la de coches que he conducido y sin tener ni pijotera idea, solo por divertirme un rato.

¿Puedes creer que mi madre llevaba dos años sabiendo la clase de vida que yo tenía, trapicheando y mangando? Sí, era como *Marnie la ladrona*, ¿has visto la peli? Es súper. Mi madre hacia la vista gorda, no se quería enterar, no le convenía todavía. Esperó hasta encontrar el mejor momento. Lo tenía todo calculado para sacárseme de encima y que no le fuera con el cuento a mi padre. Porque yo lo sabía todo, bueno casi todo, de ella. Fui la que los descubrí en la cafetería, tan acaramelados, y luego un día de novillos me los encontré en el dormitorio, y el tío ese, su amante de ahora, se la estaba trajinando. Y no veas cómo gemía y se contorsionaba la muy zorra. Así, de pronto, todo le vino rodado para encerrarme aquí, decirle a mi padre que yo soy así por no haberme atizado más, que había salido torcida como un arbolillo sin tutor... y de paso aprovechar, cuando ya tenía engatusado y bien liado al descerebrado de turno, para decir que lo suyo entre mi padre y ella se había terminado. La jugada era perfecta. Mató dos pájaros de un tiro.

Si te parece, nos sentamos ahí, en ese banco, con el sol de cara y de espaldas a la pared, que así controlamos que no haya nadie detrás escuchando.

Como te iba diciendo, mi padre, cornudo y apaleado; quedó con pinta de alunado, sin reaccionar. De golpe le cayeron veinte años encima. Caminaba con la cabeza gacha, tocándose el pecho con el mentón.

Quizá no te lo crearás, pero te eché el ojo por un extraño pálpito. Algo en mi interior me dijo que no eras como las demás, que comprenderías y podríamos echarnos una mano la una a la otra. No, no pienses mal, yo no soy como la Martirio. Tampoco me parezco a mi madre. Entiendo que estés asombrada. Te preguntarás que por qué te pego el rollo. Te lo he dicho, por una corazonada.

Déjame que adivine lo tuyo... ¿Por qué te remueves en el asiento? A ti no te va el cotilleo ni los remilgos. Tienes las cosas claras. Me das confianza. No vayas a creer que lo digo para hacerte la pelota. Pienso que andas metida en algo turbio, como todos aquí. Aún no sé bien qué es. Solo es cuestión de tiempo, acabarás diciéndomelo, ya verás, entonces sabré de ti tanto como tú de mí.

¿Qué piensas ahora? Sí, yo también creo lo mismo. Las personas actuamos de modo extraño a veces. Fíjate, sin ir más lejos, mi madre también era como la madre de Marnie. ¿Qué no has visto la película, dices? Cuando la veas comprenderás por qué he hecho lo que he hecho y soy como soy. Alquilaremos la peli y la veremos juntas comiendo palomitas. El pasado nos llega a atar más fuerte que las cadenas. Tal vez a ti se te ocurra algo más que a mi viendo la peli juntas, ya me dirás.

Bueno, pues te sigo contando. ¿No hay nadie cerca? Cuando pasó lo de mi padre, me sentí muy mal, con mucha rabia, hubiera matado a mi madre de estar allí en ese momento, pero ya había dejado a mi padre plantado dos semanas antes. Porque a mí no me pasó por la cabeza que él pudiera terminar de esa manera. Sí, estaba alicaído. La separación fue como un mazazo. Pero yo creía que con el tiempo se iría recomponiendo. Ese día, es curioso, justamente había estado más animado que los anteriores. Pasamos la tarde sentados en el sofá viendo una película que daban en la tele de esas de cine negro. No me hagas decir cuál era, no puedo recordarlo. A Marnie también le pasaba. De su mente se borraron los recuerdos más dolorosos, y el olvido le permitió seguir adelante. Yo saldré adelante recordando, me digo, no quiero olvidar. Tengo la impresión que mi padre hasta disfrutó con la peli.

Cansada de estar en casa la larga tarde de un domingo, le dije que me iba a dar una vuelta con los amigos. Si no me hubiera ido... En mala hora me vinieron ganas de salir.

Cuando regresé, pasada la medianoche, no estaba en casa. Le busqué por todo. No le encontré. Desde que mi madre se fue, él siempre que salía dejaba alguna nota. Pues ni rastro de nota. Qué raro, me dije. La puerta del baño estaba cerrada, pero por la rendija se veía luz. Llamé. «¿Estás ahí, papá?» Nada. Silencio. Llamé de nuevo. Esperé. Al final entreabrí la puerta. La espuma de afeitar y la maquinilla estaban encima del lavabo. Quedaban restos de jabón en la brocha y en la maquinilla. Él siempre se afeitaba así, decía que tenía la barba muy dura para la máquina eléctrica. Y eso que por Navidades mamá le había regalado una que ni siquiera llegó a estrenar.

Se me ocurrió subir al trastero de la azotea, donde guardaba sus herramientas. Era el único lugar que quedaba por ver. Casi me doy con sus piernas que se balanceaban suavemente. Llevaba puestos los zapatos de los domingos relucientes como recién estrenados, incluso se había cambiado la camisa, y tenía desabrochados los dos botones superiores. La lengua, grande como la de una ternera, estaba toda negra; la cabeza, ladeada hacia un hombro como Jesús en la cruz. ¿Cuánto tiempo llevaría allí colgando

de la cuerda y oscilando sus piernas como un péndulo? Sentí pena y mucha rabia. No pude llorar. Cuando llamé por teléfono todo mi cuerpo temblaba como la gelatina.

Por todo eso y lo de mi madre, necesito salir de aquí. Mi cabeza está monda, no me queda ni un cabello y no quiero consumir mis días entre estas paredes. Por las noches oigo la voz de mi padre. Y yo le digo, dame un poco de tiempo, papá, para hacer eso.

Ahora te cuento mi plan, escucha: ...⁴

II. SUEÑOS ROTOS



12. Águeda

«La desdicha es diversa. La desgracia cunde multiforme sobre la tierra. Desplegada sobre el ancho horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados como los de este y también tan distintos y tan íntimamente unidos.»

EDGAR ALLAN POE, *Berenice*

LO QUE VOY A NARRAR es una historia insólita, rara, cuyo solo recuerdo todavía me estremece, aunque haya transcurrido un puñado de años.

Soy un hombre de mediana edad, de los que no se amilanan fácilmente al mismo tiempo que rechazo correr riesgos innecesarios. Es decir, soy un tipo corriente y como se suele decir del montón.

Antes de ir al meollo de la historia, debo constatar que apenas dos meses atrás ocurrieron una serie de desgracias que se iban apiñando como compitiendo entre sí y que me sumieron en un profundo desaliento.

Para empezar, debido a una fusión de la empresa en que trabajaba con una multinacional, perdí mi empleo, no pude hacer frente a los gastos de la hipoteca y la casa acabó siendo embargada. Mi madre, viuda desde mis siete años de edad, murió poco después aplastada por una grúa. Cuando me avisaron de la morgue para reconocerla, la sacaron de un cajón frigorífico empotrado en la pared. La mano hábil de quien repite el gesto muchas veces destapó una a una las vendas que le cubrían la cara como si de una momia se tratara. Eso sí, el celador realizó la maniobra con suma delicadeza. Su rostro deformado era irreconocible para mí. Curiosamente, un diente de oro quedó intacto en su boca. El anillo de bodas, junto al de mi padre que ella siempre llevaba, me fue entregado en una bolsa de plástico color verde quirófano, junto con otras pertenencias, entre ellas el collarín de un gato pardo que sacaba siempre a pasear. Aunque del micifuz no se encontró ni rastro, por más que pregunté al gruista y a un par de testigos del accidente.

Águeda, mi amada compañera, hermosa y singular criatura, me confirmó que estaba embarazada al regresar de las exequias de mamá. Tal vez la pobre no encontró mejor momento en sus ansias por darme la noticia, creyendo que el futuro acontecimiento me sacaría de mi postración.

La penuria económica en la que nos vimos abocados era extrema. A tal punto llegó que decidimos, en compañía de otras personas, entre ellas Pablo, un antiguo amigo de escuela, habitar un vetusto y ruinoso caserón del extrarradio. Pasamos de ser de honestos contribuyentes a ocupas que podían sufrir en cualquier momento un disuasorio desalojo a manguerazos o con botes de humo.

Aquella casa, lúgubre, fría y húmeda donde las haya, no contaba siquiera con electricidad; pese a los fallidos intentos realizados para derivarla de cables próximos, seguíamos alumbrándonos con velas. Y, en las tardes breves de invierno, la débil luz oscilante, las sombras móviles, daban un aire misterioso a las dependencias de la quinta. Sea por nuestra situación precaria o por ser Águeda una mujer sensible e impresionable, en vez de ganar peso, lo perdía mes a mes, demacrándose más y más. En su antes bello rostro lucían unas amplias ojeras azuladas y unos pómulos marcados. Sus ojos verdes se tornaron opacos y perdieron el brillo. Lo más inquietante fue la transformación que empezaron a sufrir sus orejas al clarearse como un tejido usado.

Entraba en el sexto mes de embarazo. Pensé que regalarle una mascota podría animarla. Los animales proporcionan compañía y dispensan afecto a quien los cuida y alimenta. Por mi parte, hacía días que había visto una preciosa gatita negriblanca rondando por un solar cercano. De niño crecí acompañado de mascotas. De hecho, con las dos únicas cosas que disfrutaba era jugando con ellas o leyendo recostado en la cama todo lo que caía en mis manos. Tuve una cotorra, un par de pericos, un conejo blanco y una gata atigrada de ojos verdes. Por eso, cuando el otro día al volver a casa la gata negriblanca arqueó su lomo y se restregó contra mis pantalones ronroneando, no pude evitar acariciarla y tomarla en mis brazos. La gata era enteramente negra, excepto sus patas calzadas de blanco, lo que daba la impresión de llevar calcetines.

No perdí el tiempo. Se trataba de engatusar al animal con algo de comida. En la pescadería me dieron alguna raspa y agallas y su potente olor fue suficiente para atraerla y que me siguiera hasta casa. Había que ver la agilidad con que subía los mellados peldaños que llevaban al piso superior donde estábamos instalados, entrecruzándose

entre mis piernas, tomándome la delantera, esperándome maullando mimosamente en los rellanos.

Encontré a Águeda en una desvencijada mecedora, ausente, sin balancearse siquiera. Me puse en cuclillas delante de ella sosteniendo la gata en brazos. La miré a los ojos: estaban apagados. Parecía que el espíritu de mi amada Águeda la había abandonado, dejando allí la cáscara de su cuerpo tal cual una fruta sin pulpa. No era más que una copia gastada de lo que fue antes de empezar la desgracia.

—¡Aparta de mí ese espíritu maligno! —dijo Águeda con voz temblorosa y visiblemente irritada.

La voz parecía un eco lúgubre surgido de una caja vacía. Un calambre me recorrió la espalda desde la rabadilla hasta la nuca. La gata saltó al suelo, dio un bufido, erizó todo su pelambre y se puso en posición de ataque. Tuve que tomar a Águeda en brazos para protegerla y sacarla de allí, pues la gata amenazaba con saltar sobre ella.

Recuerdo bien esa noche. Había luna llena. Los perros aullaban con tanta lástima como si despidieran a un congénere de la vida. Pablo, mi viejo amigo, comentó:

—En mi pueblo los campesinos dicen que los perros anuncian de ese modo la muerte de los seres queridos, que ellos pueden oler y oír a los espíritus, igual que los gatos los ven en la noche. En otros lugares dicen también que les acompañan en el último camino, guiando sus pasos, para que no se extravíen.

Si quedaba algo malo por suceder ocurrió esa misma noche.

Al despertar de mañana, tuve la sensación que Águeda seguía dormida profundamente. Me acuerdo que noté que su cuerpo estaba tibio al salir de la cama. Solo cuando fui a despedirme y me acerqué para besarla, me di cuenta del desastre. Toda ella parecía ahora de alabastro, hasta los pliegues de su camisón estaban fríos. Y ella rígida y helada como una reina de las nieves. Los labios sellados en una tenue línea habían perdido su carnosidad. Yo dudaba. ¿No estaría soñando acaso? Le tomé el pulso. Nada. La zarandeeé, presa de pánico:

—¡Despierta, Águeda, despierta! ¡No puedes hacerme esto!

El abatimiento me derrumbó. Tenía ganas de llorar, de maldecir mi mala estrella, de no estar allí, incluso hasta de morirme. Tal vez todo eso le estaba ocurriendo a otro. No era posible tanta desdicha eslabonada.

El médico tan solo pudo certificar su defunción. Dijo apenas mascullando las palabras, en un susurro, que el feto no había sido viable, que estaba muerto desde hacía varias

semanas, y que ella, a causa de la infección resultante, falleció.

A partir de ese momento no había noche que yo no tuviera angustiosas pesadillas. Panteras negras, pumas, jaguares poblaban mis sueños. Despertaba bañado en un sudor frío y tiritando. Y cuando abría los ojos, la habitación todavía olía penetrantemente. Aquel olor era el que hacían las jaulas de las fieras salvajes en el zoológico durante mi niñez. Otras noches, aterido, las pasaba en vela. Ante mi se paseaban en pequeños círculos imponentes felinos. A veces incluso los oía afilarse las uñas en las sillas de enea. Por la mañana, las inconfundibles huellas felinas todavía estaban marcadas en el pavimento y las sillas cada vez más raídas.

Lo peor y más inexplicable era que en aquellos animales se fundía también la presencia de Águeda. Y la cabeza de la pantera y la del jaguar tenían su misma cara. Pero lo más insólito de la metamorfosis era que las orejas de las fieras parecían humanas, transparentándose como la ropa muy gastada.

Decidí que aquello no podía continuar. Lleno de ira tomé a la minina. Extraje de mi bolsillo una afilada navaja automática. Agarré al animal por el cuello y de un tajo limpio le corté una oreja. Maulló y gimió durante toda la noche. Yo no pegué ojo.

A la mañana siguiente, horrorizado y arrepentido por mi acción injusta e incomprensible de la víspera, tomé en mis brazos al animal. Se revolvió como una fiera. Me llenó de arañones y mordiscos hasta lograr desasirse de mí. Tuve que desleír un sedante en un plato de leche para lograr limpiar y desinfectar la herida. Con el paso de los días sanó. La micifuz, no obstante, me siguió evitando o arqueando el lomo erizado ante mi presencia.

Pero mi alma había enfermado ya de pánico. Nunca más hubo una noche plácida ni un día feliz. La gata dejó de seguirme a todas partes, me esquivaba, parecía que viese en mí al mismísimo diablo. En ocasiones se me ocurría pensar que era perversa y que me estaba preparando alguna encerrona. De hecho pasó a ser la dueña y señora de la casa. Por el día, la negriblanca solía dormir. Dios sabe por qué rincones de la casa lo haría y en qué compañía siniestra. En la oscuridad podía ver sus ojos centelleantes que se multiplicaban por doquier como una amenaza. Ella anunciaba día a día la llegada de mis otras bestias feroces y nocturnas, las que un día u otro, ya sin remedio, acabarían conmigo.

¿Qué podía hacer? Pablo me dejó su camioneta de reparto. La llené con los enseres que poseía. Cerré la portezuela y le di al motor de arranque. En ese momento caí en la

cuenta que dejaba algo. Y salí a buscarlo. La tomé por la piel del pescuezo para que no pudiera arañarme y sin vacilar la arrojé al pozo de lo que en otro tiempo fue jardín del caserón. Antes de abandonar el lugar tuve la precaución de quitar la cuerda y el cubo de la polea. Puse la primera y arranqué sin volver la vista atrás.

13. Amigas

«Los desgraciados son egoístas, malvados, injustos, crueles y menos capaces de comprenderse entre sí que los tontos.»

ANTÓN CHÉJOV, *Enemigos*

FUE UN ERROR COGER EL TELÉFONO. Eran casi las tres de la madrugada cuando sonó y no se podía esperar nada bueno a esas horas. Al descolgar escuché hipidos y llanto al otro lado del hilo. «Diga, por favor.» Nadie contestaba. El gimoteo persistía inconsolable. Iba ya a colgar creyéndome víctima de una broma, cuando una voz entrecortada y algo ronca de mujer me resultó familiar.

—¿Eres tú, Esperanza? ¿Qué te pasa?

Por toda repuesta sobrevino una llantera imparable con gritos intercalados.

—Desahógate, llora hasta que no te queden lágrimas y luego respira hondo. Cuando puedas hablar, dime algo.

Al menos transcurrieron quince minutos eternos de llantina. Cuando se sosegó, entre hipos y gimoteos todavía, dijo una serie de palabras inconexas y mal articuladas por la emoción:

—Cabrón... Elena... zorra... desnuda... cama... retrato...

A las cuatro y veinticinco pude reconstruir la escena y comprender que Esperanza se encontraba en apuros. Fui al dormitorio de mi hijo mayor y le dije que salía, que Esperanza tenía problemas.

—Mamá, que hoy no es tu día de guardia y tampoco tienes que ser tú su ángel de la guarda.

—Cuida de los pequeños, vendré para acompañarlos a la escuela.

Sin embargo, calmar a mi amiga no fue fácil y tuve que optar por llamar a mi ex para que los llevara al colegio si quería estar a tiempo en el trabajo.

—¡A buena hora se te ocurre llamar! ¡Hoy, justamente hoy! ¿Crees que no tengo nada que hacer? Para empezar, reunión de objetivos. ¿Qué le digo yo al director comercial? ¿Que mi mujer es una oenegé ambulante?

Llegué al ambulatorio con diez minutos de retraso; mis compañeras ya habían empezado las extracciones de sangre y andaban trajinando con tubos, pipetas y contrastes. Había una cola de mil demonios, la auxiliar estaba de morros y me taladró con la mirada. Yo tenía la cabeza espesa, no había desayunado y me moría de sueño. Me esperaba una agitada jornada. Después de las extracciones, consultas; luego visitas domiciliarias, curas de urgencias y doblete por la tarde, pues había cambiado el turno a una compañera para que pudiera ir al circo con sus pequeños.

A media tarde, vencida por el cansancio, en mitad de un bostezo, recordé que Pepi me había invitado a cenar a su casa. «Bueno —pensé—, al menos no tendré que ocuparme de eso.» Claro que antes tenía que pasar por casa de mi cuñada, escuchar su conversación, esforzarme en comprender lo que me decía sobre su vida amputada, recoger a los niños, bañarlos, darles la cena, luchar para que se metieran en la cama, contarles un cuento...

El ding-dong conocido del timbre me hizo respirar aliviada. Al fin estaba en casa de mi amiga. Dentro estaban, además de Pepi, Olga, Luisa y Margarita, todas con un vaso en la mano de vino o de cerveza, picando aceitunas y almendras saladas.

—Mira, Carmen —dijo Pepi dirigiéndose a mí—, como a ti se te da muy bien cocinar hemos pensado improvisar algo informal y rápido entre todas.

Aún no me había dado tiempo de quitarme el abrigo. Los ojos se me iban tras la butaca que acababa de dejar libre Olga, cuando enfilé el pasillo hacia la cocina.

—A ver a ver qué hay por aquí. ¿Dónde hay un delantal?

Pepi abrió la nevera. No parecía muy surtida. Espinacas mustias. Coliflor. Un quilo de callos blanqueados envasados al vacío. Sobre el frutero, encima de la mesa abatible, dos naranjas, una manzana, una pera y un plátano.

—Ya está. Me encargo de hacer una ensalada de frutas al cava con la fruta y un bote de melocotón o piña en conserva, si tienes por ahí —propuso Luisa.

—Y yo te ayudo a pelar y trocear la fruta —comentó Pepi.

—Bueno —dije con un hilo de voz desengañada—, yo puedo hacer los callos. ¿Y el primero?

—Además de las hortalizas tengo sopa de sobre y un par de botes de crema de champiñones Campbell's.

—No, mejor lo natural, coliflor con bechamel al gratén —contestó Olga.

Margarita se escabulló de la cocina con sigilo, el labio superior manchado de espuma de cerveza. Sus ojos se toparon con los míos llenos de interrogantes.

—Es que no quiero molestar —dijo—. Esto es muy pequeño. Me voy a la sala a poner música.

Fue la primera baja en las tareas culinarias. Margarita era la menor de las allí reunidas, soltera y sagaz, rehuía las ataduras; había tenido varios novios con los que no tuvo empacho en romper cuando la relación anunciaba renunciadas y sacrificios. También era la menor de las hermanas, todas casadas con maridos convencionales e insípidos, y odiaba a sus sobrinos, con los que rivalizaba, siendo dos de ellos mayores que su tía.

Olga se puso a mondar fruta junto a Luisa. Pepi rebuscaba en la despensa algún dulce de almíbar que no aparecía.

—Aquí tenéis, chicas, piña del Monte.

Mientras, puse los callos a hervir en la olla a presión con un par de guindillas, laurel, pimentón, clavos, tomillo y orégano. Trocéé finamente la cebolla, ajos, tomates y chorizos y panceta para el sofrito. Añadí más especias aromáticas, el toque siempre es importante. Probé el punto de sal del sofrito. El anillo grueso del pitorro de la olla se elevó. Bajé el gas entonces, y sin saber cómo, me encontré de pronto sola en la cocina. Desde la sala llegaban sus voces y carcajadas. La coliflor despedía el tufillo desagradable de siempre. Tenía que hacer aún la bechamel, unirla a la coliflor y gratinarla después con queso y mantequilla.

Cuando anuncié que la cena ya estaba lista, habían empezado la segunda botella de tinto de crianza. Me serví medio vaso. Me supo a gloria el rioja del dos mil dos.

Desperté con frío, desmadejada en la silla. En mi plato quedaban restos de coliflor y bechamel. El mantel tenía gruesas manchas de vino derramado con el que nos mojamos unas a otras la frente. Por suerte, el penetrante aroma de los callos se imponía al de la coliflor. Qué alivio. Sentí que mi apetito reclamaba la ración de callos que no había llegado a probar. Fui hacia la cocina. La cazuela de barro donde tuvieron la última cocción junto al sofrito estaba en el fregadero con migas de pan y un pilón de platos, vasos y cubiertos. Abrí el grifo del agua caliente, eché detergente y sumergí los platos en agua.

A continuación llegué hasta el perchero y tomé mi abrigo. Cuando cerré la puerta y salí al exterior, la luna llena parecía sonreír. El cielo estaba cuajado de estrellas. La noche era fría e intensa. El reloj marcaba las dos y media de la madrugada.

Estaba abriendo la puerta de casa cuando empezó a sonar el teléfono. Corrí para que no se despertaran los niños.

—Te he estado llamando toda la santa noche. ¿Dónde estabas?

Era la voz áspera de la coordinadora del centro de salud.

—Ya sabes —prosiguió— que no se nos permite sustituir las bajas hasta pasados tres días. Tendrás que cubrir a Cristina y atender tu trabajo durante la jornada si quieres cumplir los objetivos y cobrar productividad.

¿Qué podía contestar yo? Era la jefa.

—De acuerdo, hasta mañana.

Mi hijo mayor me encontró en la cocina desgredada, sorbiendo el café.

—Anoche estuvo llamando una pesada de tu trabajo. ¿Hasta dónde vas a llegar? Tienes que cortar de una vez.

Carlitos se despertó en ese momento y tuve que quedarme un rato con él y calmarlo.

—No te puedes cargar con todo —proseguía mi hijo mayor— ni decir a todo que sí. Estás rodeada de egoístas y caníbales, ¿no lo ves?

—Es mi carácter.

—Casi no has dormido. Estás demacrada.

—Voy a preparar vuestros desayunos y los bocatas del cole.

—¿Tanto te cuesta pedir, imponerte? Si eres de miel te comen las moscas...

—Déjalo ya.

—Vive.

—No hay suficiente aire para todos si respiramos al mismo tiempo.

Dejé a los pequeños en la escuela. Después de darme un beso, la niña se giró hacia mí y dijo gritando:

—¡Acuérdete de comprar el regalo para el cumple de Lorena, que estoy invitada!

Enfilé el camino del trabajo. El tráfico estaba imposible, como cada día.

Cuando salía de regreso a casa, después de concluir la jornada laboral, sonó el móvil:

—¿Esperanza?

Con la lengua estropajosa, Esperanza decía que no podía más, que se había tomado un tubo entero de pastillas mezclado con alcohol y que esperaba estar muerta para cuando

yo llegase.

—No, no te duermas, por favor, te lo suplico. Prueba a introducir tus dedos índice y medio hasta tocar la campanilla. Te vendrán arcadas, aprovecha y vomita cuanto más mejor. Enseguida estoy ahí. Todo saldrá bien, te quiero, te quiero, cariño.

14. Vuelo 1667

«En el centro medular de su vida...,
nada, una ausencia.»

DORIS LESSING

SIEMPRE HABÍA CREÍDO que mis sueños eran anodinos, repetición sosa de lo acontecido por el día. Pero el que tuve la noche antes del viaje me hizo cambiar de opinión.

Yo andaba muy ajetreada, de un lugar a otro, pretendiendo realizar una compra que nunca concluía. En todas las tiendas se demoraban, la gente hablaba y hablaba sin ton ni son de cosas baladíes o absurdas, y yo esperaba y esperaba con agonía mientras el tiempo parecía detenido. Miraba mi reloj cada dos por tres y las manillas no cesaban de girar. Tenía la sensación de que algo importante, algún peligro o una catástrofe me acechaba. No sabía bien qué era. Lo curioso es que ignoraba qué tenía que comprar ni siquiera qué tenía que cocinar.

De pronto caigo en la cuenta de que no visto adecuadamente. El cristal de la puerta me devuelve una imagen desmadejada, con pelos desgredados y unas rodillas de algodón que temblequean como flanes. Lo más curioso es que solo calzo la zapatilla izquierda agujereada en el dedo gordo. Una bata estrafalaria cubre el camisón azul, de puntillas desflecadas y con algún que otro jirón. La bata es guateada a rombos, de las que usaban mi madre y mi abuela en otros tiempos. Le faltan varios botones y está asimétricamente abrochada. «¡Menuda pinta!», pienso horrorizada de mi propio aspecto. Doy un portazo y salgo de sopetón sin haber comprado nada.

En ese instante me doy una palmada en la frente al recordar que he dejado a la bebé sola en su cuna: Dios sabe cuánto tiempo hace ya. Temo que le haya pasado algo en mi ausencia. De pronto caigo en que no ha tomado aún la papilla del desayuno, la dejé dormida porque iba a regresar pronto. Camino ligera, pero por más rápido que voy no logro dar con mi casa: una encrucijada de caminos se abren ante mí. Voy de uno a otro

como una posesa. Y nada. Veo alguna farola, una plazuela esquinada que parece evocar algo conocido, mas todavía nebuloso en mi recuerdo. Creo que comienzo vagamente a orientarme ya. Decepción. Mis pasos no han seguido el verdadero camino, me encuentro en un descampado. Siento que ha transcurrido como una eternidad, tiempo adensado y compacto de la angustia. Súbitamente, sobre un mojón del camino polvoriento, me encuentro a mi hija. Lleva solo un sucio pañal y una camisola. «Tendrá frío, pobrecilla, cómo soy capaz de descuidarla tanto.» Cuando la voy a tomar, lo hago de cualquier manera, como si fuera una muñeca de trapo de esas que los niños pequeños cogen de una pierna o de los pelos y la van golpeando por todo. «Soy una mala madre, no la cuido como debo.»

Enfilo mis pasos por confines extrañísimos, desconocidos, lugares de mal fario. «Debo encontrar una farmacia y darle la papilla.» Y otra vez aparecen arrabales desconocidos de luz mortecina y parpadeante como farolas de gas. En el charco de una fuente pública hay un montón de peces plateados boqueando moribundos. «Qué buena es mi niña, tiene hambre y ni llora y me sonríe con sus ojos, con sus labios, con todo su cuerpecito.» Intento tomarla en brazos como una madre de verdad, arroparla entre mi destartalada bata, y ella acopla su cuerpo al mío y yo siento su dulce calor en mi pecho que se ensancha para acogerla.

Duérmete, niñita mía,
que viene la reina mora
preguntando en cada puerta
dónde está el niño que llora.

Le estoy susurrando la nana con la que me arrullaba mi madre. De inmediato, la reina mora, en forma de turba, sale de todas partes corriendo como ratas despavoridas. «¿Dónde vais?» «A ponernos a salvo; mira.» Y allí, a lo lejos, el mar es una ola grande como una montaña y tan extensa como el horizonte, que se apresura afestonada hacia donde estamos. «Nos va a engullir. Debo subir rápido a la colina.» Con mi hija, unas veces a cuatro patas, otras encorvada, otras agarrándome a ásperos matojos e hiriéndome entre espinos, asciendo penosamente a la cima. Giro mi cabeza, y el mar babea espuma blanca en las faldas del monte. Todo es un inmenso océano. Entonces, entre tanta desolación, la niña empieza a berrear hasta desgañitarse.

Me despierto sobresaltada, sudorosa, con dolor de oídos y la boca como estopa. No atino con el interruptor de la luz. Después de un largo tanteo logro encender la lamparilla. Confusa, miro alrededor. El despertador marca las tres de la madrugada. Mi vuelo sale a las 7.10.

Cuando el avión despegó y tomó altura, qué cara debía de tener yo, que el sobrecargo, solícito antes de colocarme el equipaje, me sonrió y me indicó si necesitaba algo, señalando la bolsa de papel situada en el asiento delantero. Mareada sí que lo estaba. No había parado de darle vueltas al sueño. ¿Qué sentido tenía? No tenía hijos, estaba de nuevo soltera, como decía mi madre: «Te malcasaste con ese cantamañanas porque te hizo creer que era otra clase de persona». «Mamá, ya estamos otra vez, deja ese tema.» «Cómo quieres que lo deje, Clara, si primero sedujo a tu abuela con sus corridos mexicanos y sus exhibiciones de torero: que si un lance de capa, que si una entrada a matar de medio lado. Y a la pobre se la iba engatusando con sus saltitos de rana de imitación torera. Era un chulo, más que chulo. Era la santísima trinidad: tres personas en una. No le bastaba tener doble personalidad, no, era un comediante nato. Sabía que para festejar a la nieta tenía que entrar primero en el corazón de la vieja.» «Cállate ya, por favor, me pones de los nervios, mamá.» «¿Sabes hija?, a mí nunca me convenció. Por mucha carrera de ingeniero, por mucho parecerse a Woody Allen, tenía menos pelos que él, era más bajito y nunca le rompieron las gafas como se merecía. Además, solo tocaba el piano.» «Tú vas siempre a la tuya, madre. Di que no te gustaba, ni a ti ni a papá, porque lo encontrabais poca cosa.» «Sí, es verdad, escuchimizado, para ser exactos, cualquier ventolera podía llevárselo al más leve soplo.» «Mamá, no te permito que hables así. Fui su novia y su mujer.» «Ya, ya. Pero fíjate en su familia, qué estirados, porque salían en las enciclopedias, y a ti, con todo tu poderío y hermosura, te daban de lado. ¿Vino su madre a verte aquella vez que estuviste enferma? ¿Y la cara de *pomes agres* que puso tu suegra durante la ceremonia de la boda, ocultos sus ojos enrojecidos tras unas grandes gafas de sol que casi cubrían su cara dura? ¡La dama ilustre indignada! ¡Qué humos se gastaba! Y, mira, Clara, si no llega a dar el braguetazo, ahora... Y tú ya con treinta y ocho años, ejecutiva, sí, jefa comercial, qué bien, pero...»

Con tal maraña en la cabeza, tuve que echar mano a la bolsa y vomitar lo más educada y silenciosamente que pude. Respiré hondo. Aflojé los músculos. Me esperaban tres días

de convención de mi empresa de seguros. No estaba yo para místicas empresariales ni jergas de cumplimiento de objetivos, liderazgo, motivación de agentes y llevar a mis vendedores con mano de hierro cubierta con guante de gacelilla. Con todo, seguía disfrutando de mi trabajo. Tenía labia. Entusiasmo. Transmitía energía y las ventas iban en aumento. Viajaba con cierta frecuencia. Lo peor, sin embargo, eran los moscones siempre revoloteando alrededor.

Qué diría mi familia si hubieran sabido *todo* del doble de Woody Allen, como que no logró terminar la carrera, que si consiguió trabajo de jefe de compras fue porque a mí se me daba bien la escritura y le redacté la carta. Que de aquel trabajo venía entusiasmado hablando de una chica desgarbada y muy lista que le recordaba a su madre. Sí, sí, su madre...

Hasta que cada vez empezó a llegar más tarde a casa, a pesar del horario europeo de la empresa. Después siguieron los sábados (incluidas sus tardes), y cosa insólita, hasta poco después los domingos: «Si es por el balance que no cuadra y tengo que presentarlo ya». O: «Ya sabes, nos vendrá bien para pagar la hipoteca». Y yo, fácil de conformar, venga ver la tele como una boba para acortar las largas esperas.

Al poco tiempo me quedo embarazada. Cuando se lo comuniqué, llena de alegría, a él se le puso la cara de un verde bilioso. «No puede ser, no te das cuenta... Tenemos muchos gastos... Podemos aplazarlo para más adelante... Ahora hay buenas clínicas aquí... Yo me encargaré de todo.»

La sensibilidad olfativa y emocional de las embarazadas es caprichosa. Yo no soportaba el olor a fritangas ni a gasolina. A veces lloraba, otras me sentía irritada. Pero lo cierto era que sus ropas olían a un perfume especial, dulzón y empalagoso, que me llevaba a mal traer, no soportaba su proximidad. Él lo achacaba a la empresa de cosmética en que trabajaba. Pero por las fosas de mi nariz se había colado *la otra*. Qué desazón la mía. Qué tonta había sido al creer al tunante. Ahí empezó mi vergüenza.

Y aquí cuajó mi venganza. Estaba dispuesta a jugar a los espías y encontrarlos in fraganti. Le pedí el coche a mi amiga Lourdes. Me prestó la peluca exuberante de su hermana de cuando la quimio. Me coloqué unas gafas antiguas y oscuras tan grandes casi como las de mi exsuegra el día de la boda. Mi amiga se empeñó en acompañarme y conducir ella, porque decía que yo estaba al borde de que me diera algo. A las cinco de la tarde de un miércoles de junio, estábamos las dos frente a su oficina. Salieron ambos

en nuestro Ford rojo, del que yo había pagado la entrada, ya que él ni siquiera tenía trabajo cuando compramos el coche.

Aparcaron en una ancha avenida serpenteante. Se introdujeron en un edificio señorial construido en los años sesenta. Pude ver cómo se abrazaban y besaban en el zaguán. Lourdes disparó como un *paparazzi* su cámara de fotos. No quise saber más. Pude haber preguntado al portero en qué piso vivía la señorita Mari Cruz, que era así como se llamaba. ¿Para qué? Nunca me gustó el morbo y me sobraba imaginación para inventarme a Mari Cruz y a toda su parentela.

Lourdes, cómplice siempre, se echó a reír a carcajadas. Me leyó el pensamiento y empezó a cantar la copla:

Ay, Mari Cruz, Mari Cruz,
maravilla de mujer
del barrio de Santa Cruz,
eres un rojo clavel.
Mi vía solo eres tú
y por jurarte yo eso
me diste en la boca un beso
que aún me quema, Mari Cruz.
¡Ay, Mari Cruz, Ay, Mari Cruz!

Lo que tenía que hacer lo hice sin dilaciones. Esa noche me quedé a dormir en casa de Lourdes y al día siguiente no fui a trabajar. Ni siquiera me apeteció verlo ni hablarle ni devolver cartas ni fotos.

Transcurrida la extenuante jornada de convención, me apetecía llegar al hotel, darme un baño y meterme en la cama enseguida. Usé la tarjeta magnética para abrir la puerta y arrojé los zapatos de aguja lejos de mí. Formaban parte del uniforme de trabajo. Entresueños, medio adormilada, oí una voz melosa que se filtraba en mi habitación desde el dormitorio de al lado:

Duérmete, niñita mía,
que viene la reina mora
preguntando en cada puerta
dónde está el niño que llora.

—No, mamá, esa no, que ya tengo cuatro años, otro cuento, porfa.

—Si ya llevamos tres cuentos...

—Pues esas palabras mágicas que tú sabes, anda.

—Manita tuerta, llega a tu puerta. Si no me la das, al infierno te irás.

Entonces es cuando oí llorar a la niña débilmente, separada por la pared que unía nuestras habitaciones. Me pareció un llanto enfermizo, de una criatura convaleciente. Quizás estaban de paso en la ciudad para alguna exploración médica. La voz de la madre intervino:

—Calla, tontita, que sé otro ensalmo para dejar de llorar y que te duermas: Sana, sanita, culito de rana, si no sanas hoy, sanarás mañana.

La niña se apaciguó.

Para entonces yo tenía los ojos abiertos como platos en medio de la oscuridad y temor a dormirme y que me despertara el llanto de algún niño otra vez.

Ya desvelada por completo, pensé que vivir es como atravesar una autopista inacabable en la que tienes que pagar siempre peaje. No importa que te quedes atrapada en medio de la nieve sin mantas y sin cadenas y sin área de descanso en varios kilómetros, al final siempre abonas un importe excesivo para las atenciones que te depara el viaje.

Encendí la luz de la mesilla, extendí el brazo y con mi mano temblorosa agarré un lápiz, y en las típicas hojitas de propaganda con el membrete del hotel y apunté:

1.º Pedir hora al psicólogo.

2.º Escribir todos mis sueños en los que salen niños (quizá le sirva al psicoanalista o a mí misma).

3.º Fijarme si hay algún cachas por ahí que valga la pena.

4.º Quedar a la vuelta con Lourdes para reírnos hasta llorar de las cosas que nos pasan y de lo bueno que es estar ambas felizmente solteras y libres.

15. Berlineses

HOY HE VENIDO A VISITAR a mi madre y me ha dicho que hay albañiles en la casa de Oscar y Elsa, que todo el día se han pasado dando martillazos y que si no me importaba se iba a descansar un rato porque sentía aún en sus sienes el retumbar de los golpes. Me he preparado un café y lo he tomado junto a la ventana mirando lo que queda de lo que fue el jardín de los berlineses. Y se me ha ido el recuerdo a tiempos pasados, cuando era niña y mi mundo no era más grande que una bola de cristal.

La pareja de alemanes llegaron en primavera, exactamente un Domingo de Ramos. Lo recuerdo bien porque estrenaba un vestido nuevo, pero sobre todo porque ese día amaneció nublado, frío y ventoso y se me puso el cuerpo destemplado de tan ligera como iba de ropa. Lo primero que me extrañó de ellos es que siempre anduvieran por el jardín en manga corta, cuando mi madre me obligaba a llevar bufanda y abrigo para salir a la calle, salvo en esas fechas, para lucir bien el vestido que me había hecho la abuela, aun a costa de regresar de bendecir con un catarro.

Oscar y Elsa eran nuestros vecinos y si hablaban entre ellos no les entendía ni jota. Tenían una casita ajardinada, antigua torre de veraneo, en lo que en otros tiempos fue el extrarradio de la ciudad, en cuyos alrededores con el paso de los años se fue poblando de altos edificios. Se instalaron allí cuando eran jóvenes y dichosos. Sus carcajadas penetraban en nuestra casa como los buenos olores de comida que se filtran entre las rendijas. Yo por entonces era una niña curiosa y rezagada que me dedicaba a espiar sus risas y sus bromas tras las paredes y ventanas de mi casa. Tenía la creencia de que ellos debían de jugar como yo a cosas divertidas y por eso disfrutaban tanto.

Hay casas que destilan felicidad. Y hasta su fachada con ventanas y puertas y su techo de tejas se parecen a una cara risueña y complacida. Así de linda era su casa.

Sin embargo, ahora que miro su casa, la que guardo en la memoria, veo que tiene un semblante triste, desolado. Las casas que habitamos llegan a impregnarse del humor de sus moradores y también acaban acusando los vaivenes de su existencia.

De los berlineses me admiraba su piel tan blanca, los cabellos rubios, pero sobre todo que sabían esquiar, y por entonces eso era bien raro. Al menos yo no conocía a nadie así. Ver nevar te hace sentir cosquillas de entusiasmo por dentro. Es como si una mano con pincel se entretuviera en pintar el interior de tu cuerpo con el paisaje captado fuera.

Por eso mismo recuerdo bien el día de la Gran Nevada de Navidad. El regocijo no me impedía dejar de tiritar y el calor de un brasero de carbón, aromatizado con pieles de naranja, no bastaba para calentar nuestra casa. Yo llevaba doble jersey y me paseaba continuamente todo el rato con el abrigo puesto para entrar en calor.

La ciudad era ese día una postal. Oscar y Elsa sacaron sus esquíes y se perdieron calle Balmes abajo, mientras la urbe quedaba absolutamente paralizada y desierta.

Tuve una Navidad especial junto a mis primos, que con improvisados trineos hechos de cajas de madera o simplemente cartones, nos deslizábamos por la calzada sin tráfico.

Fue antes de comer que Elsa y Oscar llamaron a la puerta, y mamá, quitándose el delantal, les fue a abrir. Tomaron el vermut en nuestra casa, nos deseamos felices fiestas, y Elsa, solícita, me alargó un paquete envuelto en cartón ondulado que extrajo de su bolsillo. Apresurada, retiré el envoltorio y encontré bajo el cartón papel de seda de color antracita que a mí me pareció todo un lujo.

—¿Qué es? —dije mientras rasgaba nerviosa el papel.

Vi una bola de vidrio grueso de color verde agua con una casita de lajas de pizarra y contraventanas rojas rodeada de abetos. Al agitarla se cubría de copos de nieve, y daba una sensación de calor de hogar, porque seguro que los de la casita estarían sentados junto a la chimenea removiendo recuerdos o contando cuentos al amor de la lumbre. Puede incluso que un hijo mayor estuviera tocando el piano y la abuela charlase con su hija de lo difícil que se estaban poniendo las cosas o del precio de un par de medias indismallables, de esas que en vez de carreras se hacían agujeritos. Y todo eso me parecía que ocurría allí mismo, ante mis ojos, dentro de la casita de la esfera que sostenía boquiabierta en mis manos. Todo un mundo compacto y feliz.

Pequeños y mayores disfrutábamos de pequeñas cosas. Tomar un chocolate caliente en la calle Aviñó, dar un paseo por las Ramblas, leer un tebeo en mi cuarto, ir hasta la Gran Vía a ver la cabalgata de los Reyes Magos... La esfera de mi mundo era de contornos tan limitados y precisos que con mis dos manos unidas podía abarcarlo entero.

Me llego ahora hasta el dormitorio de mi madre. La oigo respirar acompasadamente. Sigue dormida. Vuelvo a la cocina y me sirvo otra taza de café. Miro otra vez la casa de

los vecinos, deshabitada, medio derruida ya, sin puerta, con un ancho boquete abierto al vacío. Me digo que las casas mueren de pie y se las derrumba a golpes.

Mi madre, al poco tiempo de irme yo de casa, me dijo que los vecinos habían perdido su flema habitual, discutían y se pasaban el día corriendo muebles de un lugar a otro como quien anda de mudanzas. Que las palabras recias y subidas de tono de Oscar iban acompañadas de otras de Elsa inaudibles. Que Elsa le contestaba pocas veces, como si anduviera siempre entretenida en alguna otra parte o estuvieran en habitaciones distintas o se dieran la espalda permanentemente. Que la había visto en el jardín hablando sola, ensimismada y con una bola de cristal en la mano parecida a la que me regalaron a mí aquella Navidad. Que a Oscar se le había combado la espalda como a un mueble viejo y parecía taciturno. Que algo grave les debía de pasar, pues Oscar tenía transmutada la sonrisa en mueca y le daban estallidos de cólera en los que temía por Elsa. Que ambos andaban como ausentes y ni la saludaban muchos días al encontrarse de tan encerrados en su propio mundo como se hallaban.

—Mamá, todas las parejas discuten.

Se lo dije de manera conciliadora, quitando hierro al asunto. Yo, en realidad, pensaba que mi madre me echaba de menos y no se hacía todavía a la idea de que yo viviera en una casa sola.

Los pasos vacilantes de mamá me sacaron de mi ensimismamiento.

—¿Sigues ahí? Encenderé la luz.

—No hace falta, mamá, está bien así.

—¿Has visto la casa? Ni sombra de lo que fue. No puedo mirarla sin pensar en ellos.

—Sí, qué pena. Me he estado acordando de cosas pasadas, sencillas o insignificantes que me bastaban para ser feliz.

—Si supieras... No te lo conté porque te habías separado hacía poco. Pero ahora que pronto no quedará nada de la casa...

Y la voz de mi madre iba debilitándose hasta hacerse casi inaudible, como si temiera que Oscar y Elsa aún pudieran escucharla. Luego prosiguió:

—A él tuvieron que llevárselo en una ambulancia. Gritaba y desvariaba desde hacía días. Yo no podía pegar ojo, tres noches pasó seguidas blandiendo los esquís al aire como si quisiera agredir a las sombras. Solo mirar sus ojos asustaba. Hablaba de un muro, de una casa... Todo confuso, sin ilación, porque tras refugiarse en su silencio durante meses, de repente, un torrente de palabras le salía a borbotones. Cómo

entenderle tan agitado como estaba. Ni los celadores ni el conductor podían reducirle. No sé cómo lograron ponerle la inyección y aquella especie de sábana recia que lo dejó inmovilizado. Cuando se fueron hice entrar a Elsa, la dejé sentada en la butaca de orejeras y me fui a la cocina a prepararle una tila. Unos meses después se fue a su tierra. Quizás haya acabado en algún asilo.

—Si no le hubiera pasado aquello al bebé...

—Lo tuvieron ya cuando eran mayores. ¡Nadie se sobrepone a la muerte de un hijo! Para colmo, se empeñaron en enterrarlo en el jardín sin una cruz siquiera...

—Mamá, hicieron un cerco de madera verde y lo dejaron bajo la mimosa. ¿Te acuerdas de los jacintos y gladiolos que plantaron alrededor?

—Él se quedó deshabitado por dentro, parecía un baúl vacío. Elsa se daba y no se daba cuenta. Veía y estaba ciega.

—¿Fue antes o después de lo del niño que levantaron la pared divisoria?

—Inmediatamente después.

—Se echaban la culpa el uno al otro. Yo no soportaba aquellos golpes ni estos de ahora.

—Claro, por la migraña...

Antes de marchar, voy a la que fue mi habitación de niña. Entro sin dar al interruptor. Llego hasta la cómoda abombada de la abuela. Abro un cajón. Tanteo con la mano dentro hasta tocar la esfera fría de cristal. Al poco percibo que hay alguien en el dormitorio. Por un momento creo que Elsa está enfrente de mí y se acerca para abrazarme. Me sobresalto. Reculo unos pasos...

—Hija, pareces un duende, siempre andando en la oscuridad.

Sostengo la esfera invernal entre las manos. Suavemente la dejo resbalar hacia el embaldosado, perdida ya con los años su base antigua de sujeción, pero tan redonda, intacta y perfecta como siempre, rodando por el piso como una peonza. Mamá sigue su dirección con los ojos. La esfera se para ante la puerta. La recojo como si fuera mi mascota, quizás un tesoro. La aproximo a mi pecho. Me parece que algo se agita en la casita. Puedo oír unas tenues notas de piano, un siseo dulce de palabras, el crepitar de un fuego... Sí, allí dentro de la bola, la vida respira todavía apacible.

Un regusto amargo de café raspaba aún en mi lengua cuando le dije adiós a mamá y salí a la calle.

Tal vez cuando vuelva no quede ya nada de la casa que estuvo en pie.

III. EL INVIERNO Y LA MEMORIA



16. Mamá y la guerra de los canarios

MAMÁ TENÍA YA SUS AÑOS y no le convenía empinarse tan alto para llegar a todas las jaulas. Una vez resbaló y, por suerte, solo se magulló un brazo. Pese al leve accidente, empecé a preocuparme, cualquier día podría sobrevenir una desgracia. Tenía setenta y tantos años y andaba siempre atareada.

Recién levantada, lo primero que hacía era dar los buenos días a sus canarios. Sorbiendo todavía el café con leche, se aproximaba a las jaulas con sigilo, y antes de que descorriera la cortina que las cubría ya estaba Blanquito junto a la reja, ladeando la cabeza y dándole la bienvenida: «tui-tui-tui». Mamá vivía un auténtico idilio con ellos. El día se le pasaba en un soplo. Limpiaba las jaulas todas las mañanas hasta dejarlas como una patena. Llenaba los comederos de agua y alpiste. Introducía bañeritas de plástico para su aseo. Pasaba revista uno por uno. Tenía veintiocho y a cada uno lo bautizó con un nombre distinto. Me preguntaba cómo mamá era capaz de distinguirlos entre tantos prácticamente iguales. Después de un tiempo y de mucho fijarme, encontré solo tres diferentes. Uno de ellos era blanquito, otro del color de la calabaza en sazón, y el tercero tenía motas grises. Solo soy capaz de recordar el nombre de dos: Blanquito y Saltarín.

Los canarios vivían como pachás. Disfrutaban de buenas vistas (un inmenso jardín de una antigua finca palaciega), comida en abundancia y menú variado: cogollos tiernos de lechuga, yemas de huevo, magdalenas desmenuzadas. Eso sin contar con las vitaminas y otras pócimas que amorosamente les daba y el cuidadoso empeño que ponía en curar sus canillas y deditos.

Lo que para mí era una algarabía confusa y chirriante de pájaros, para ella eran auténticas sinfonías. Estaba convencida de que Blanquito no era solo el que mejor cantaba, sino que era capaz de cantar cientos de veces mejor que los mismísimos ángeles del cielo bajo la batuta de Dios.

«Mira, hija, cuando llegue mi hora creo que subiré allí arriba directa, sin hacer parada ni trasbordo en ninguna estación. No sé si lo intuyes, pero estoy convencida de que será una ascensión en la que iré acompañada. Blanquito no resistiría mi ausencia. Es como un niño que no soporta separarse de su madre de tan aferrado que se siente a ella. Seguro que deleitará a todos con su cántico y Dios no creo que esté para poner inconvenientes al canario, pues es criatura suya también.»

Parecerá una chaladura lo del idilio de mamá con sus pájaros de oro, pero lo cierto es que les tenía mucho cariño. Se embelesaba con ellos y oír sus trinos le hacía caer en una adoración rayana en la contemplación mística. Les hablaba con dulces palabras de amor: «¡Ah, mi querido tunante Blanquito!, ladeas tu cabecita y agradeces mis cuidados. ¡Y cómo te gusta zambullirte en tu piscinita privada! ¡Qué sola me sentiría si no os tuviera! Os llevo dentro, muy dentro de este corazón viejo y cansado que canta a la par con el vuestro».

El gato siempre miraba a los canarios muy atento durante sus revoloteos. Era un tanto astuto y refinado. Un día, en un descuido de mamá, Blanquito se escapó. Sorprendentemente, el minino ni siquiera hizo amago de atraparlo.

Cuando se cansó de volar por la sala, se posó en el hombro de mamá, entonces ella giró su cabeza hacia él, y el pico del canario se posó en sus labios con delicadeza. Y allí permanecieron un rato dándose besos y echándole mamá un piropo tras otro.

—¡Mi bribón! Sí, ya sé que escuchas y comprendes lo que digo. Ladeas tu cabecita y miras muy atento como si no quisieras perder detalle. ¡Tunante!

Estoy convencida de que por los canarios llegó a sufrir tanto como sufren las madres por sus propios hijos. Todo eran desvelos por y para ellos. Mas cuanto yo replicaba solo servía para acrecentar su amor y dedicación a sus pájaros.

Recuerdo que al principio incluso a mí me fue imposible admitir que a mamá le estaba sucediendo algo raro. Mis hijos, mi marido y mi hermano lo justificaban como despistes propios de la edad. No sé, pero yo captaba algo más y no podía precisar qué era. Percibía en mamá comportamientos extraños. No podía medir qué magnitud tenían ni qué vendría después. Se le podría llamar nebuloso palpito o intuición.

La familia opinaba que no había cambios. Creían que eran exageraciones mías. A ratos quería creerles, sería un alivio para mí reconocer la equivocación. Sin embargo, el Pepito Grillo interior me advertía machaconamente: «Escucha, sea lo que sea, ha

empezado ya. Ponte las pilas. Actúa, sé valiente, que en poco tiempo aquí se puede armar la marimorena». Y vaya que si se armó.

Cuando se hizo presente el cambio de conducta y personalidad de mamá, tenue al comienzo, aunque chocante y visible siempre, fue fácil trampear las dificultades con buenas dosis de cariño y paciencia. La familia decía que yo solo veía lo negativo, que la mayor parte del tiempo estaba la mar de bien. Y en parte era verdad. Solo que ellos hilaban sus argumentos con tosco esparto y yo con hebras de fina seda. Todos negamos rotundamente aquello que más tememos. Al menos al comienzo, mientras lo masticamos y hacemos la digestión.

Me acuerdo que cierto día mamá dijo haber estado en el médico, no porque estuviera enferma, no, sino porque quería hacerle un regalo muy especial. Se trataba de un canario cantor y su jaula.

—Sí, hija, él siempre venía a casa cuando lo de mi Pedro —su marido y, por tanto, papá—; se ponía ya sabes tú cómo, con esos pitidos en el pecho y ese ahogo que le dejaba la cara amoratada, tosiendo a más no poder, perdiendo el aliento, siempre en la cama amorrado a ese armatoste de oxígeno las veinticuatro horas del día...

Mientras hablaba la voz se le iba enronqueciendo y su rostro de tez clara se encendió como una amapola.

—Tu pobre padre, hija, ahíto de medicamentos para los bronquios, acribilladas las venas como un colador por las inyecciones, y esa panza de burra que se le puso de tanta medicina, y tragar y tragar, carros y carretas toda su vida... Y no solo fue el humo del tabaco lo que tragó, no, que lo sabes tú bien, fueron los años de presidio, el asesinato de su hermano por los sublevados, porque el carnicero de turno dio la orden de no dejar rojo alguno con cabeza, que ahí es donde les daban a todos el tiro de gracia después de fusilarlos, en la sien, contra las tapias del cementerio, en las cunetas de las carreteras, en cualquier recodo del camino...

—Mamá, de eso hace ya mucho tiempo, no te irrites, por favor.

—No voy a irritarme más de lo que ya estoy, no. Lo llevo aquí dentro. —Puso la mano derecha con el puño cerrado sobre el corazón y se golpeó el pecho varias veces.

—Pero estamos aquí hablando y dejamos fluir sentimientos y eso alivia y aligera nuestra carga y nos une todavía más, madre.

—Debes sentirte orgullosa, hija. Las dificultades y la inquina no han conseguido doblegarnos. Llevamos la frente alta y nuestros pasos son firmes.

Dos o tres semanas después que mamá fuera al médico para llevarle el regalo, recibí una llamada del propio doctor que me dejó muy preocupada. Me preguntó si yo estaba al corriente del estado de mamá. Le dije que sí, por supuesto. Entonces él me explicó «lo» del regalo. Mamá volvió a su consulta y mientras esperaba en la sala, según me contó ella después, comprobó que su canario estaba muy desmejorado. Ante ella vio un pájaro despeluchado, mustio, el suelo de la jaula lleno de cascarillas de grano, los palos para saltar y posarse cubiertos de cacas, los comederos casi vacíos, una simple hoja de lechuga de las más externas y verdes (por lo tanto, más dura) yacía marchita entre las rejas. Por si todo eso fuera poco, no le habían puesto la bañerita, sus ojitos estaban pitarrosos y ni le quedaban fuerzas para echarse a volar al travesaño de arriba...

Al observar panorama tan sombrío, no se le ocurrió nada mejor que socorrer a la víctima: «¿Qué iba a hacer yo? ¿Dejarlo allí para que se quedara más tieso que un palo? Se me encogía el corazón solo de pensarlo. Si hubieras visto cómo piaba, tui-tui, con un hilo de voz. ¿Qué hubieses hecho tú si lo hubieras encontrado en ese estado? Pues yo me dije: esto tengo que arreglarlo ahora mismo».

Y lo que mamá hizo de inmediato fue agarrar la jaula, envolverla en su bufanda negra y llamar al ascensor. Se lo llevó consigo, segura de que había hecho una buena obra. No se despidió del médico.

Me sorprendió que mamá obrara de ese modo tan impulsivo y que no hubiera advertido a su nuevo dueño que se llevaba el canario. Ella siempre fue mesurada y respetuosa. Cortés y agradecida, sabía guardar la compostura en cualquier lugar. Recuerdo que al preguntarle qué la había llevado a actuar así con el doctor que tanto hizo por papá, me dijo que se limitó a cumplir con su deber: «Quien no ama un canario no es capaz de amar a nadie».

Días más tarde, la olla que estaba sobre la hornilla se derramó y apagó la lumbre. Cuando llegué, el fuerte tufo a gas invadía la casa. Presa de pánico, temí lo peor. Cerré el gas, abrí las ventanas. Las sienes me martilleaban. La busqué por toda la casa. Al llegar a la galería, oí la voz de mamá. Hablaba con sus pájaros. No le había ocurrido nada.

Recuerdo que a partir de ese día, el estado de mamá se hizo palmario a todos. Su cerebro devino en una mojama reseca llena de agujeros. No había vuelta atrás.

La familia organizó turnos de guardia con un retén de una o dos personas para que estuviera acompañada las veinticuatro horas del día. Poco tiempo después, pasábamos el día entero en el hospital debido a su estado. Temía el inexorable final.

¿Puede una buena muerte engrandecer la vida? Rotundamente, sí.

Su agonía fue dulce y serena. Murió en mis brazos. Regresó a su casa, la madre tierra situada allí donde estuvo el antiguo hogar de la infancia, el *Cortijo colorao*, su paraíso terrenal.

Después de velarla y cumplir con los ritos funerarios de rigor, nos enfrentamos al duelo con el corazón más ensanchado, latía más fuerte y acompasado que nunca.

Por desgracia, el destino de los canarios cambió con la dolorosa pérdida de mamá. Ella, en su testamento, de su puño y letra, legó una pareja a su nieta. Mamá consideraba que yo no les tenía apego suficiente. Era cierto que me veía incapaz de cuidarlos con su mismo esmero.

Quise mucho a mamá y sigo teniendo su recuerdo presente. Su fotografía descansa sobre la mesita. Al acostarme, antes de apagar la luz, siempre la miro y le doy las buenas noches o le cuento algo.

Tal como se había acordado, entregamos a dos vecinas de su misma finca una pareja de canarios a cada una. Al mayor de sus sobrinos donó el grueso de los pájaros, ya algo mermado por dos o tres decesos ocurridos mientras mamá entraba en fase terminal. Olvidé por completo a los canarios y no renové agua ni alpiste.

Su sobrino contaba con espacio suficiente. Disponía de jardín y huerto y de una inmensa jaula con un algarrobo frondoso en medio, en cuyas ramas podían posarse los pájaros a la sombra.

Con el paso del tiempo, cada cosa retomó su curso habitual. Ella se fue, pero su luz enciende nuestros días. Su recuerdo pervive. Amó y fue amada.

Creo haber comprendido lo que quiso transmitir: en lo pequeño puede estar lo más grande, y en lo grande, lo más pequeño.

17. La enredadera

DESDE QUE MI ARTURO se fue con aquella mujer a la que llevaba más de veintitrés años, todo empezó a cambiar. Le cogí manía a aquella enredadera, la pasionaria. Hasta entonces, las plantas habían sido mi entretenimiento. Las cuidaba con esmero; como no tenía hijos, casi todo mi tiempo se iba en ellas. Daba gusto ver mi pequeño jardín. Mis vecinas se admiraban al pasar, decían que mis flores quitaban el hipo. Algo de envidia dejaban traslucir sus comentarios cuando yo intentaba contentarlas dándoles esquejes o semillas para sembrar.

Yo cumplía años y él se empeñó en celebrarlo, modestamente, como podíamos. Al brindar con el espumoso, algo se quebró dentro de mí. Me miraba de hito en hito con un brillo frío en sus ojos, como el que trama algo. Yo no podía dejar de retorcer y mordisquear una esquina de la servilleta entre los dientes. Arrebatada, tiré de ella con fuerza y un trozo de diente cayó al suelo. Me fui corriendo al baño y eché el pestillo. Él no vino a llamar a la puerta, como tantas otras veces cuando nos enfadábamos. Desconsolada, me miraba en el espejo. Mi faz contraída y las arrugas se revelaron en toda su crudeza. Estaba hecha una furia. Todos los años transcurridos se agolpaban de pronto en la cara. Hubiera necesitado su abrazo, su voz tras la puerta. Pero si se hubiera aproximado no le habría abierto, seguro. Porque sus ojos pícaros me hablaban de algo que yo me resistía a reconocer. Aquella noche no entré en el dormitorio. No hubiera soportado su forma de mirar. Me eché en el sofá y pasé la noche en blanco.

Sin saber bien por qué desatendí el cuidado de mi jardincillo. La maleza crecía desordenada y sepultaba las plantas. No sentía pena alguna, más bien indiferencia al ver así de raquíticas las pocas matas que lograron sobrevivir, entre ellas las enredaderas. Ni siquiera me ocupaba de regarlas. Tuvieron que transcurrir las cuatro estaciones y pasar dos años y dos meses para que fuera recobrando el gusto de nuevo por las plantas. Empecé por cavar y abonar. Como me cansaba, lo tuve que hacer en varias jornadas. ¡La de días que habría necesitado si el espacio hubiera sido mayor! En mí renacía la

emoción, la complacencia, el placer por las cosas sencillas. Otra vez pude deleitarme con mis flores como una madre con sus hijos. Pasaron las estaciones y en todas había algo que hacer. Podar, abonar, plantar. Mis cabellos encanecían. Un día me corté la melena y dejé de teñirme el pelo. Lo que no gastaba en peluquería lo dedicaba a mis flores. Yo les hablaba, las acariciaba, porque dicen que eso les da vida. Las enredaderas han sido mi debilidad. Tenía buganvillas lilas, granates, blancas; jazmines olorosos; bignonias rosas, pero mi preferida siempre fue una robusta pasionaria.

Un día me encontré a Arturo al doblar una esquina. Llevaba una niña pequeña cogida de la mano. Tendría poco más de tres años. Sus cabellos eran ensortijados y trigueños. No se parecía a él, pero sí que tenía sus mismos ojos picarones y vivarachos. Me preguntó cómo estaba y si necesitaba algo. ¿Y qué le iba yo a decir? Que no, gracias, que me las apañaba. Así que, presurosa, bajé la cabeza y seguí mi camino.

—Papá, ¿quién es?

—Es tu abuelita.

—Parece una bruja...

Ese mismo día, la emprendí a hachazos con la pasionaria. Acalorada, me echaba agua con la manguera por la cara y el escote. Entraba y salía de la casa al patio, del comedor a la cocina, del dormitorio al baño. En una de estas idas y venidas, descubrí en la luna del armario nuevas arrugas verticales alrededor del labio superior, y lo peor de todo, las ojeras amoratadas como las pasionarias. Entonces vi que llevaba corona de espinas en mi faz. Por eso se llama a estas flores, a las que empecé a odiar, «flores de la Pasión». Una flor blanca y púrpura, bellísima, con sus estambres y sus tres estilos, que se convirtió en algo repugnante para mí.

No me conformé con desmochar la enredadera. Enfurecida por no poder arrancarla de raíz, fui en busca del aguafuerte y lo vertí en la tierra. Sus burbujas, su olor acre, se asociaron a aquel aciago cumpleaños, cuando un cristal de frío se interpuso entre nosotros y empezaron a torcerse nuestras vidas. Vomité en el mismo hoyo de la pasionaria. Y ya sea por la bilis o por los fuertes ácidos allí arrojados, no ha crecido nada más.

18. Mamachica

«Mi madre a esa hora también oscurecía y pienso que las personas anohecen.»

CARLOS DROGUETT

DE LOS POCOS VIAJES en los que fue en avión, el primero lo hizo con curiosidad y recelo. No veía claro que aquel aparato tan grande no acabara cayendo al mar o estrellándose en una colina de un momento a otro. Pero entre el temor y el coraje, elegía lo segundo, pues le parecía la forma más natural de vencer el miedo y afrontar las dificultades. De modo que su primer viaje a la isla transcurrió en un soplo, atenta como estaba a escudriñar por la ventanilla, mirar el paisaje desde las alturas, musitar oraciones antes del despegue, recibir mimos de las azafatas, que si ahora unos caramelitos, luego un refresco, y conversar con quien estuviera dispuesto a seguir el hilo de su palique, aparte de echar de vez en cuando un vistazo a los dos canarios que llevaba de matute y ocultos en una pequeña jaula cubierta con un pañuelo.

El último viaje fue de regreso a su definitiva morada, en la bodega de otro avión y dentro de una caja de cinc herméticamente sellada, que tan solo disponía de un pequeño ventanuco de cristal grueso, y con los postigos echados, que de tan pequeño como era, ya en el velatorio, había que voltear alrededor del ataúd para así poder ver su cara al completo desde todos los ángulos. Mas la cara auténtica de Mamachica no era esa que le había quedado de pantocrátor bizantino, sino la anterior, la de la muerte dulce que la abrazó amorosa la madrugada de un Jueves Santo.

Malos días para abandonar el mundo. La estampida vacacional no permitía encontrar pasaje ni a vivos ni a muertos. Hija, yerno, nietos, tuvieron que trasladarse en barco, y ella, a despecho, salir más tarde que la familia y con la amenaza sobreañadida de posible retraso en el vuelo. No podía ni imaginar, siempre tan cumplidora, llegar tarde a su propio funeral. Fue allí, en la panza del inmenso pájaro sin plumas, rodeada de maletas,

cajas con animales exóticos, gatos, perros, cochecitos de bebé, bultos de todo tipo, loros amaestrados, maullidos y cascabeleo de serpiente de algún encantador de feria, que se acabó de esculpir en sus labios la mueca desaprobatoria. Sola, en medio del caos, encontró aquel lugar sin enjundia alguna, pensando como pensaba que un evento de tanta importancia requería mayor prosopopeya y calor humano. No, no era esta la manera más idónea de subir a los cielos y presentarse allá arriba acompañada de tanto cachivache y bicho viviente sin que le dieran con la puerta en las narices.

Su única hija viva, Valeria, un día de primavera, sin darse cuenta, rebautizó a su madre al exclamar en una efusión de cariño: «¡Ay, mimamachica del alma, cuánto te quiero!», frase que al salir de corrido tuvo como efecto que se ajuntaran las palabras unas a otras como se enganchan los vagones de un tren.

Valeria pasó a ser madre de su madre, y desde el mismo instante sintió que la vida era un viaje con múltiples paradas y apeaderos, con transbordos inciertos y estaciones sombrías hasta llegar a completar el trayecto, ese que transcurre a la par con la vida desde el comienzo. Y se sintió liberada para hacer lo que le saliera del alma por y para la nueva niña de la casa.

Desde entonces, Mamachica fue la muñeca que Valeria vestía y desvestía todos los días. Ocupó el lugar del tercer hijo que nunca llegó a tener, y ya sin vacilaciones, cogidas de la mano, compraron los billetes por kilómetros, para redefinir ambas el itinerario a seguir y pararse en todas las estaciones que les viniese en gana. A partir de ese momento, con total libertad de elección, escogieron con la oreja de una pegada al corazón de la otra, de modo que se cercioraron de que sus latidos marcasen el mismo compás.

—Ay, Mamachica!, tu corazón me canta el nombre de los árboles que nunca supe nombrar: alcornoque, panjí, tilo, nogal...

Y Mamachica crecía los centímetros perdidos con los años y con la resolución de quien responde a un reto, señalaba a continuación: «palmera, palo santo, jinjolero, granado, olmo, almez...», mientras elevaba el pecho orgulloso durante sus paseos.

Ese era uno de sus juegos: nombrar las cosas para prenderlas con alfileres en el tronco de los árboles mucho más robustos que la frágil lámina de corcho de la memoria de Mamachica. Nombrando, nombrando, aprendieron a amar juntas las cosas reconocidas, flores, plantas, montañas, paisajes y especialmente árboles hechos, porque no los doblegan los vientos y mueren en pie.

A Mamachica le tocó vivir lo peor. La muerte de sus primeros hijos gemelos sietemesinos, Juan Pedro y Pedro José, más múltiples abortos que la desangraban y la dejaban al borde de la muerte levitando entre dos ángeles con largos faldones hasta los pies, peto y cofias almidonadas, obligada como estaba a subir las escaleras manchando cada peldaño con goterones de sangre hasta llegar a la habitación destinada para los pobres, arriba, bien arriba, en buhardillas asomadas sobre los tejados. Difícil saber si el letrero colgado en el ascensor de NO FUNCIONA era casualidad o un guiño al sistema para ahorrar energía en un tiempo de restricciones múltiples.

Valeria conocía bien la vida y milagros, tan corta como había sido, de sus hermanos gemelos, por tantas lágrimas como derramó la Mama por ellos en ese tiempo duro que no se sobrevive al frío, a la enfermedad y a la miseria. Valeria creció cobijada por la ancha sombra de sus hermanos y humedecida por las lágrimas de su madre cuando la amamantaba. Por eso se aferraba al pecho todavía después de cumplido el año, y cuando llegaba la madre de trabajar, Valeria arrastraba tambaleante una pequeña silla de enea para que la mamá se sentara y pudiera tomarla en su regazo y, una vez en él, agarrar la teta con glotonería. Así dejó bien claro que no estaba dispuesta a irse al otro barrio fácilmente.

La muerte de los gemelos y el nacimiento de Valeria un año justo después hicieron a Mamachica afanarse en ahorrar unas pesetas, para pagar en pequeñas cuotas mensuales un seguro de entierro. Quería saber dónde iban a parar los huesos de los suyos y que fueran enterrados en un cajoncito blanco y con apliques dorados si morían niños. Por eso, en los momentos en que le abatía la tristeza, lloraba en cualquier lugar al no tener nicho los bebés ante el que aligerar su pena.

Pero el desgarró mayor era no saber dónde yacían, si estarían revueltos entre malhechores o maquis en una fosa común. Aunque si le hubieran dado a elegir, ella hubiera preferido a los del monte, por valientes y leales a la República y porque bien sabía que lo del reparto de tierras no iba en broma y algo le habría tocado a ella después de destripar tanto terrón con sus manos.

Le desazonaba pensar dónde estarían sus bebés hasta tal punto que se creía capaz de cometer un dislate e ir una noche de luna a rescatarlos del anonimato. Casualmente, como en esos años la gente parecía morirse más, podía aliviar su sufrimiento al no faltar túmulos de parientes o conocidos sobre los que llorar. Entre tanta penuria, el racionamiento más cruel no era el que dejaba el estómago vacío y el cuerpo sin reservas,

sino el que desollaba las almas y las dejaba como un pellejo arrugado y reseco de tanto callar.

El agente Desiderio Pérez se presentó un buen día en casa de Rita Fernández Moreno, como así se llamaba por entonces Mamachica. Era sábado por la tarde y antes de llamar a la puerta se demoró escuchando el trino vivaz de lo que le parecían canarios flauta. Con la oreja pegada a la puerta, no solo oyó el canto de los pájaros sino que olió también a limpio. Rita trajinaba con la colada entre lebrillos y barreños, y salió a abrir secándose las manos en el delantal.

—Verá, yo trabajo para Santa...

—Pase. La muerte no se equivoca, usted es uno de sus administradores que cobran el servicio a plazos, ¿no?

—Usted perdone, señorita, debo de haberme equivocado de puerta —dijo, al verla joven y lanzada, lejos del molde de la época.

—Mire, usted, yo quiero elegir lo mejor, aunque me saque el pan de la boca, por lo que pueda pasar...

Aunque Rita, luego Mamachica, se deslomaba a trabajar, el representante Desiderio García dijo que necesitaba la firma del cabeza de familia, no obstante aportar ella a la economía familiar más que su marido entre las horas que echaba de más y los extras como coger puntos de media en su propia casa o en tiempo de comuniones y bodas, ayudar a lavar cabezas a la peluquera del tercero, total, solo tenía que subir un piso.

—¡Ah, de ninguna manera!, yo trabajo más que muchos hombres. Salga usted de mi casa ahora mismo.

—Lo siento, la empresa...

Dando trompicones se precipitó escaleras abajo, pues aunque ya se había echado al gollete varios latigazos de cazalla para matar el gusanillo que da ir de puerta en puerta a palo seco, no esperaba una salida tan a la brava.

Al final el negocio se cerró con otra empresa fúnebre, La Siempreviva Inmortal, que arrastró riadas de clientes porque las cuotas eran más baratas, se anunciaba por radio y aseguraba un trato exquisito a los fenecidos, y a sus dolientes les parecía que ya estaban en la misma gloria.

El pacto de Valeria con Mamachica les llevó a vivir instaladas en el ahora. Mañana, pasado mañana, la semana próxima, les parecía algo remoto e intangible. Sorbían los días, sus colores, su luz como una epifanía. Siempre había motivos de celebración,

buenos platos que comer, golosinas que probar. Y bailar, abrazarse, reír, gastar bromas, vivir...

Mamachica adoraba a sus pájaros de oro. Los heredó de su propia madre cuando esta dejó el pueblo para ir donde su hija y acompañarla en la aflicción por la pérdida de los dos varoncitos. Así que Valeria aprendió de su mamá y su madre de la abuela a cuidarlos, y con ella culminaron tres generaciones de mujeres dedicadas a la cría de canarios.

La felicidad es como una frágil copa: nunca acaba de colmarse y fácilmente se hace añicos. Mamachica empezó a consumirse como un pájaro que enferma en tiempo de muda. Más que a un canario recordaba a un gorrión en invierno. Porque sabido es que los dueños acaban pareciéndose a sus mascotas. Cómo si no explicarse esas mutaciones progresivas.

Aunque madre e hija vivieron cuatro años muy intensos, el destino que escogieron, parecía cada vez más acercarse a su fin. Curiosamente, no se cansaron nunca de inventar nuevos juegos para distraer a la Parca y demorar la arribada a la estación final. Juntas, infatigables siempre, sorbieron mágicos días incluso después de que Mamachica perdiera el habla y el movimiento y entrara en un túnel sin retorno. Aun así, conectada a una máquina de vida artificial, no era un robot, sino un ser humano, un bebé asustado desnaciendo ante un mundo que se le hacía ya hostil.

En ese estado, Valeria no dejó de acompañarla. Le hablaba dulcemente al oído mientras la acariciaba, le seguía contando las cosas importantes que ocurrían, la peinaba y perfumaba tras haber hidratado con crema su consumido cuerpo. Ella se dejaba hacer. No podía decir nada, el daño le robó hasta los gestos y los movimientos.

Y algo debió de ocurrir, quizás un milagro, porque pareció revivir y salir del ensueño. Sin reflejo hasta entonces de succión, cuando su hija le dio el primer yogur, con la mirada dulce e iluminada de un ternero recién parido, la boca torcida, el cuerpo definitivamente paralítico, Mamachica se lo comió. Hubo aplausos, otros juegos de niños basados en el tacto, en tocar y nombrar. «Este dedo pide pan / este dice que no hay, / este dice que amasemos, / este que no hay leña, / y este: ¡al campo por ella!» O cuando después de probar primero con natillas y petitsuis pasó a tomar papillas más tarde y se atragantaba con los grumos: «Esta cucharada por papá, esta por mamá, esta por Cristina, esta por mí y esta última ¡todita para ti!». Sin embargo, cosa curiosa, no podía tragar el agua si no se la espesaba con unos polvos que la convertían en gelatina.

Mamachica, siempre tan previsora, había testado. No tenía mucho que dejar ni herederos ávidos que se disputasen sus escasos bienes. Valeria no echó en falta hermanos para repartir cargas y cuidados a su madre. Sabía por sus primos de enconadas disputas por este motivo. Algunos de ellos, llevaban años sin hablarse por cuestiones de herencia. Su madre, en cambio, sí lo dejó claro y escrito por su propio puño y letra: «Quiero estar enterrada sobre la colina para ver el mar, junto a mi madre, mi esposo y mi hermano mayor. Mi hija, si lo ve necesario, podrá regalar los canarios que quiera a personas que sepan cuidarlos y alegrarse con sus trinos, aunque deberá quedarse al menos con una pareja para que pueda legar la tradición a mi nieta Cristina. Sobre mi pecho pondrá a mi preferido, el menos vistoso de color, que no es anaranjado ni amarillo limón, sino de un tono tan claro que parece blanco, pero que es el que mejor canta. Quiero que me acompañe para que con su trino me anuncie allá arriba y me hagan un sitio, aunque me imagino que no estará a rebosar como el metro en hora punta, pues poca gente queda ya justa y buena».

«Valeria, no creas que se me ha ido la cabeza, es solo que Blanquito es un pájaro muy especial para mí. Es aquel que sus padres le tomaron manía y arrojaron del nido. Lo vi con mis propios ojos cuando iba a cambiarles el agua. Suerte tuve de poder rescatarlo a tiempo, sanar sus heridas y alimentarlo. Pero sobre todo, fíjate tú qué tontería, es que tengo miedo de hacer el viaje sola, ya sabes, siempre me dio miedo volar...»

Valeria atesoró recuerdos que desgranaba por las tardes en silencio, para sentirse acompañada de lo que fue y ya no era, e ir asimilando así poco a poco la nueva situación. Una tarde miraba el álbum de fotos. En las manos sostenía una fotografía de Mamachica de joven. Los zapatos con plataforma parecen gastados. Lleva blusa de popelín estampada, falda con falso peto de tirantes en uve y una chaqueta bajo el brazo. En los ojos hay interrogación. Parece mirar algo sorprendente. Espera. Entonces Valeria recuerda su primera foto de niña. Le mintieron. No salió ningún pajarito con el *flash* que la cegó.

Entrecerrando los ojos, recuerda ahora el entierro de su madre. Cuando el empleado tomó la primera paletada de cemento, le pareció ver que algo pequeño y blanquecino, acaso borra o pelotilla de suave plumón, salía volátil del nicho y girando caprichosamente ascendía hacia las nubes hasta desaparecer en la altura. No le extrañó. Mamachica había amado tanto a sus pájaros de oro que no podía resignarse a realizar sola ese tramo del viaje. Nunca perdió del todo el miedo a volar. Tranquila y en paz

consigo misma se dijo Valeria para sí: «Nada acaba nunca del todo ni permanece siempre inmutable».

Cerró el álbum y se fue a la cocina a preparar la cena. Su hija Cristina estaba a punto de llegar. Ella era el relevo, la cuarta generación de mujeres siempre rodeadas de trinos y quehaceres y con sólidas alas para alzar el vuelo.

19. Memoria del olvido

«A veces tengo la melancólica sensación de que las cosas en la vida tienden a venir a destiempo. De que la realidad está organizada por un programador loco que lo ordena todo a contrapelo.»

ROSA MONTERO

«Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda...»

WILLIAM FAULKNER

«Solo le quedaban los recuerdos gastados y rotos, como juguetes usados o pasados de moda.»

PILAR MAÑAS

HAY RECUERDOS NEBLINOSOS. Otros nítidos y tibios como un día claro de primavera. Mi cabeza los archiva según las cuatro estaciones. También por colores, aromas, sonidos, texturas. Guardo recuerdos de verano que huelen a sandía y melocotón; recuerdos de hojarasca parda y roja, que cruje al pisarla como escarabajos machacados bajo el zapato; recuerdos de fuego y nieve, que hollan la carne hasta el desgarro. Ese recuerdo de junio quedó archivado como invernal.

Sucedió un doce de junio. Acababa yo de regresar del trabajo. Debían de ser sobre las tres y media de la tarde cuando sonó el teléfono. Mi recuerdo es confuso. No podría repetir ahora lo que me dijeron ni la manera ni el tono en que lo hicieron. En todo caso, sí que me acuerdo de que las palabras, si no tranquilizadoras, eran al menos neutras. El interlocutor se identificó como médico de urgencias del Hospital Clínico. Me dio información detallada sobre sus lesiones corporales. No dijo nada de su situación mental ni emocional, aunque le pregunté. Mientras él hablaba, yo traducía en mi cabeza sus palabras, sin estar del todo segura de qué me estaba hablando ni qué era lo quería decirme. Se me ocurrió pensar si sería un médico en formación de los que rotan por los servicios sanitarios. Los médicos suelen a veces encomendar esas tareas a los que están

aprendiendo para que así sepan dar malas noticias también, esas que si un familiar directo las diera a otro lo haría trabándosele la lengua, con frases entrecortadas y deslavazadas, la voz trémula, visiblemente emocionado. Pienso, años después, que algunos médicos soslayan enfrentarse con los afectos tanto por contener su propia emoción como la de los enfermos y allegados, más ardua de manejar que los procedimientos habituales de exploración, consejos sobre lo que puede un enfermo comer o no, petición de analíticas o diagnóstico de enfermedades.

Me sentía incapaz, llena de impotencia. Alterada, iba de la cocina a la sala, de la sala al dormitorio de las niñas, del dormitorio de las niñas al baño, y así, erráticamente, sin saber qué estaba haciendo o que tenía qué hacer. «Dios, la olla a presión. Estará todo quemado.» La enfrié al chorro del grifo. El pfff del estallido final de vapor me devolvió a la realidad con un sobresalto. Tenía que salir inmediatamente hacia el aeropuerto.

Ese día la olla a presión se quedó sin abrir. Hice la maleta apresuradamente. Javier me acompañó al aeropuerto sin probar bocado ninguno de los dos.

Durante el vuelo reflexioné sobre lo ocurrido. Mi madre había sido atropellada por un coche al cruzar un semáforo en rojo, cuatro años después del fallecimiento de mi padre. No había nadie en la ciudad para hacerse cargo. Sus hermanos, cuñados y cuñadas habían fallecido. Quedaban sus sobrinos y una prima anciana inválida.

Mamá, dos años después de la muerte de papá, llevaba una vida normal, tenía eso sí, tristeza, y se acordaba mucho de él. Pero resignada y realista como era, no solía quejarse, aceptaba el sino. Siempre que hablábamos por teléfono decía estar bien y no precisar nada; «cuídate mucho hija», me recomendaba. Sin embargo, en los dos últimos años, empezó a perder memoria. La señal de alarma se disparó el día que no felicitó a la menor de sus nietas por su cumpleaños.

La hospitalización resultó una tortura. La noche dejó de existir. La veía retorcerse en la cama, arquear la espalda, farfullar, quitarse el suero, mover manos y brazos en el aire con frenesí, queriendo ejecutar la rutina diaria de limpiar las grandes jaulas de los canarios, sus pájaros de oro. Estaba agitada. En algún momento del desvarío, los alimentaba, les decía tiernas palabras, fruncía sus labios para besarlos, y terminaba acercando su propio puño a la boca creyendo sostener un pajarillo.

Yo dormía a trompicones sentada en una silla. A veces no pegaba ojo. El día del ingreso la cama de al lado estaba vacía. Al día siguiente trajeron a una mujer con rotura

de cadera. Después de la medianoche, su vecina de cama tuvo que pedir discretamente un tranquilizante para poder conciliar el sueño.

Llegó el día del traslado. La transportaron en ambulancia al aeropuerto. Ella, que había perdido la noción de dónde estaba y adónde iba, porque su tiempo andaba girado, se comportó como si fuera una niña educada y cariñosa, y eso que yo temía que se enrabietara y armara un escándalo de mil demonios en el avión.

Mamá, con los años, se había hecho más menuda y delgada. Pero su agilidad y su voz no envejecían. Tenía un timbre meloso y aniñado. Hasta tal punto que se tuvo que cambiar el número de teléfono pues recibía llamadas obscenas de un tarado que la tomaba por adolescente. Sus emociones se volvieron transparentes. Se asomaban a su rostro, en la piel, en los gestos, en un estado de absoluta pureza. Hablaba con todo su cuerpo. Reía siempre. Primero con los ojos y después con los labios. Por eso me era relativamente fácil conocer sus sentimientos, no ya por una destreza especial mía, sino por la claridad rotunda en que se manifestaban a través de sus manos, de sus hombros, de su cara.

Vivimos cuatro años muy intensos juntas. Mirábamos fotos, poníamos cintas con canciones que ella grabó, antiguos romances que oyó de niña, coplas que le gustaban y que, entusiasmada, se esforzaba en cantar a la par: *La bien pagá*, *Ojos verdes*, *Los cuatro muleros*. Y hasta fragmentos de *Mariana Pineda*, bordando su bandera de «libertad e igualdad», canción que ella conocía de niña, mucho antes de que se estrenase la obra de Federico García Lorca, pues el pueblo ya la había convertido en heroína popular.

A ratos veíamos la televisión.

—Esa señora que está ahí viene a verme todas las tardes —decía de la protagonista de una serie detectivesca.

No perdió el sentido de la belleza ni el oído musical. Le gustaban las flores y las plantas, decía nombres de árboles que nunca antes supe que existieran. Bromeaba con frecuencia.

Cierto día le preguntó a una enana cincuentona si volvía de la escuela. Esta se mosqueó, creía que se mofaba. A los niños, allí donde se los encontrara, les hacía cucamonas, pese al incomodo de algunos padres o abuelos. A mí me hacía cosquillas o se acercaba sigilosa por atrás y me asustaba. Pocas veces montó en cólera y no fue conmigo, sino con Javier, que la obligaba a ponerse una prenda que ella no quería.

—¡Que no y que no me pongo eso, quién eres tú para mandarme!

—Póngaselo, afuera hace frío.

—¡Porque tú lo digas!

Se enfadó, vaya si se enfadó, y como una niña chica, arrojó el abrigo al suelo y lo pisoteó enrabietada.

La tomé suave y firmemente del brazo. La miré a la cara. Le expliqué que así no tendría frío. Sin rechistar, colaboró en ponérselo con mi ayuda.

Su estado no le impedía percibir las emociones reflejadas en los gestos y semblantes de los otros.

—Tienes cara de pena —me soltó a bocajarro un día.

Eché mano de la máscara.

—Estoy bien —dije forzando la sonrisa.

Recuerdo que cierto día le mostré una foto y le pregunté para centrar su atención:

—¿Quién es?

—No lo conozco.

Era mi padre.

Busqué dentro de un cajón. Le leí una esquila mortuoria, el nombre del finado y los familiares. Su faz y sus ojos permanecían inexpresivos, sin chispa alguna, abismados en algún lugar ignoto.

—¿Te acuerdas ahora? —pregunté.

Silencio denso, ganas de zafarse de la situación. Se puso en pie. Fue de un lado a otro. Miró un cuadro con el busto desnudo de una mujer que había en la sala.

—Fíjate en esa, dile que se tape.

Me mordí el labio inferior. Suspiré. Volví a preguntarle. No hubo respuesta. Al final le dije quién era.

—Ese que tú dices no es mi Pedro. Es otro Pedro Martínez Fernández.

Mi madre fue como una tercera hija para mí en una época, cumplidos mis cuarenta, en que me deleitaba mirando a los niños pequeños que llevaban las madres de la mano o en brazos. Por entonces yo solía soñar a menudo con bebés. Eran unos sueños inquietantes. El tiempo se demoraba en extrañas esperas en que nunca acababa de producirse la acción correspondiente. Podía estar aguardando ser atendida en una tienda de comestibles abarrotada de personas. Pero los dependientes, charla que te charla con el público, me ignoraban por completo. La gente me quitaba la vez, se colaban con descaro, y si protestaba, absoluta indiferencia, nadie parecía darse por aludido. Todos aquellos ojos

miraban sin ver o yo me había vuelto invisible en el sueño. Y pasaban horas y más horas y mi bebé sin tomar el biberón y sin cambiar los pañales. Otras veces me dejaba olvidada la criatura en algún lugar lejano. Pero cuando volvía angustiada a buscarla no estaba donde creía. Afanada recorriendo calles, caminos y lugares transcurrían mis sueños. Si al fin la encontraba, después de muchas fatigas, la pobre criatura, estaba desnutrida, sucia, enferma. Y, entonces, acongojada y contrita, lamentaba mi conducta de mala madre. Gimiendo desconsoladamente, me despertaba en ocasiones en los brazos de Javier.

Disfruté de bañar a mamá, de ponerle crema hidratante por todo el cuerpo, de comprarle helados y golosinas.

—Está más bueno que un plato de *guisao* —decía relamiéndose.

Al principio, cuando le cambiaba la ropa interior manchada y me veía lavándola, con un hilo de voz temblorosa me decía:

—Cuánto trabajo que te doy, hija mía.

En esas ocasiones el rostro se le ensombrecía de lucidez.

A veces se miraba en el espejo asombrada. Le resultaba familiar y extraña al tiempo la imagen que el espejo le devolvía. Pero no tenía la certeza de que pudiera ser ella. Quizá la asoció en algún momento a alguien que conoció, algún familiar de antaño.

Jamás se cansaba de que la paseáramos en coche o de que la lleváramos al supermercado a comprar. Sentada a mi lado o en el asiento posterior, miraba siempre por la ventanilla e iba deletreando los rótulos como el escolar que empieza a leer.

Yendo por un cinturón de ronda, solía repetir:

—Mira, el puente de hierro. Tomando por ahí está el cortijo *colorao*. Mi madre se preocupará por mí, dónde estará esa chiquilla se preguntará, por qué tarda tanto, si ya está oscureciendo...

Era el momento de la desazón vespertina. Y obviamente estábamos a muchísimos kilómetros del pueblo donde nació. Pero muy cerca del tierno corazón de su infancia.

Con la perra de encontrar su antigua casa de la niñez, en tres ocasiones salió en su busca. Se extravió. Benditos municipales que la hallaron.

Mamá sufrió el accidente por culpa de los canarios. Iba a comprarles lechuga, una más de las seis que encontré en la nevera. Por todo había comida de pájaros, sacos de tela hechos por ella debajo de la cama, en el aparador, en la galería. Los que no murieron por el calor y la falta de cuidados, los regalé. Su hedor a plumas y a carne en descomposición era insoportable. Los canarios indujeron que se arrojara por el tobogán

de su definitivo declive. Estaban ligados a la fatalidad y a su entrada en el limbo de los inocentes.

Curiosamente, en una fase ya avanzada de su enfermedad, acabé por comprarle niditos de esparto con falsos pajaritos con plumas, tan bien imitados con sus patitas sonrosadas y el pico oscuro, amarillo o rojo, que ella se entretenía desmigajando las magdalenas para darles de comer. Las últimas navidades le regalé un muñeco recién nacido, con un vestidito de organdí blanco y lazos azules.

—Quita, eso no es para mí, yo no puedo criarlo. —Se levantó de la silla y con expresión de disgusto apartó el bebé de sí.

Al día siguiente, lo llevaba en brazos pasillo arriba, pasillo abajo, cantándole una nana.

—Mira qué bonito que es.

Antes de que ocurriera lo peor, entró en un estado de agitación y zozobra.

—Ella viene a por mí. Quiero irme de aquí por mi propio pie antes de que ocurra.

Papá, unas dos o tres semanas antes de morir, planeaba un viaje a su pueblo, sin considerar, pese a su lucidez, que dependía de una botella de oxígeno las veinticuatro horas del día.

Por qué será que se anticipa la presencia de La Descarnada, esperando que te pille en otro lugar, ese lugar que fue tu casa, que vivió tu madre, que es un útero acogedor, un abrazo cálido de tierra, un lecho de semillas rompiendo, un perfume blanco de azahar. Volver. Buscar. Partir. Viajar sin fatigas una vez transcurridas todas las estaciones. Quedarse en los recuerdos prendidos en la memoria de otros...

Porque la de papá fue una muerte robada. En un lugar impersonal y aséptico, entubado, rodeado de aparatos y monitores. Y rápidamente escondido en un cajón refrigerador de un tétrico sótano hospitalario, envuelto todo él hasta la cabeza con vendas como una momia. Allí solo, más muerto aun que ningún muerto, porque ni siquiera pudo despedirse y para besarlo tuve que quitar de su faz las horribles gasas que lo cubrían.

La muerte de mamá, por el contrario, fue una muerte encontrada. La acompañé en ese trance dejándome llevar por el instinto, sin refugiarme en la razón, dejando fluir el dolor que une y purifica. No fue una derrota. No hubo amargura. La acompañé hasta el final para no sentir su ausencia nunca. La arropé con hermosas palabras dichas a su oído, la cubrí de acaricias, me la comí a besos. El tránsito era dulce. Parecía conectado a un todo

armónico. Las cosas estaban donde debían y eran como tenían que ser. Mis palabras fluían como luciérnagas para alumbrar las sombras. Juntas tocamos la luz con las yemas de los dedos, que se iluminaron como farolillos en la oscuridad de la noche.

Tenía su mano en mi mano cuando le dije: «Si me estás escuchando y comprendes lo que digo, intenta apretarme la mano». Y con la escasa fuerza que le quedaba, sentí el roce del colibrí en mi palma. No necesitaba más. En su estado, sin palabras, sin movimientos, era el único gesto posible.

Ella, que fue la primera que me abrazó al nacer, pudo ser estrechada con el mismo amor. Quedamos en paz. Hay enfermedades que curan y vidas enfermas. Nuestras vidas se ensancharon y enriquecieron juntas. Las auténticas emociones se producen muy hondo, en un escenario interior, sin público ajeno a tu intimidad. Solo en los momentos más trascendentes se manifiestan.

Ahora sé que mi madre soy yo. Ella pervive en mí.

20. Donde habitan los recuerdos

«Eran tiempos sórdidos y peligrosos, y las pensiones impregnaban la vida con el degradante olor a repollo.»

MIGUEL RÍOS

«[...] en realidad, los más horribles crímenes cometidos en medio del silencio, los más vergonzosos actos del hombre, verificados en la soledad, en la oscuridad, tienen algo, tienen mucho de religioso. La religión —purificada ya— no es sino silencio.»

CARLOS DROGUETT

QUERIDA NORA:

¿Fue ayer o anteayer que hablamos por teléfono? Debió de ser ayer, sí, ahora recuerdo, había estado en el médico ese mismo día. Tú tenías prisa porque habías quedado para cenar fuera con una amiga. Me dejaste con la palabra en la boca y con la sensación de que faltaba algo importante por decir. No sé, algún asunto que ahora mismo no recuerdo.

Te extrañará que te escriba llamándonos casi todos los días. Veo tu cara de sorpresa. «¿Una carta de mi madre?» Ya sé que no están de moda las epístolas y que los buzones solo rebosan propaganda y cartas del banco. Pero cuando yo tenía entre trece y dieciocho años se me llenaba el pecho de alborozo cuando asomaba por la ranura algún sobre blanco o con los bordes blanquiazules de la correspondencia aérea. Fíjate —y eso no lo has vivido tú— que hasta en la escuela nos enseñaban no solo caligrafía sino diversos modos de redactar la correspondencia: a un dignatario, a un familiar, a la administración... Y cómo no, los modelos de cartas de agradecimiento, de invitación y de dar el pésame, sin olvidar el apartado de correspondencia comercial que era todo un género que tenía atravesado. Claro que eso fue hace tiempo, un tiempo en el que lo que no se podía decir se silenciaba dejando de existir sin más. Un tiempo en el que las cuatro estaciones estaban claramente diferenciadas, no como ahora, que andan giradas y solo

tenemos dos, invierno y verano, y con días cálidos en invierno y algún día otoñal en pleno estío. Ya ves, los tiempos andan cambiados.

¿Sabes que me ha ocurrido hoy? Ha venido el vecino del cuarto, el señor Justo. Se le había caído una toalla del tendedero a su mujer y como la pobre tiene las piernas tan mal, ni baja ni sube las escaleras. Nos hemos puesto a hablar. Dice que su hija, la soltera, con solo cincuenta años, se queda sin trabajo. Y qué va a encontrar la pobre con los tiempos como están, revueltos y girados, que es lo que digo yo, que así no vamos. Pues, de pronto, el hombre me deja hablando sola, enfila el pasillo y se va directo hacia la cocina. Qué extraño, ¿no?, pensé. Lo normal, siendo mayor que su mujer, es que tuviera alguna urgencia urinaria porque creo que no está muy bien de la próstata. Claro que en ese caso habría pedido por el servicio. Yo me quedé así como perpleja, pensando qué le pasará que se escabulle dejándome con la palabra en la boca tal y como haces tú algunas veces. ¿Sabes qué era? Pues cuando llamó a la puerta yo tenía el puchero en la lumbre. Estaba segura de que había apagado la llama para que no se quedara sin caldo Pues no. Y, claro, toda la casa olía a mil demonios. Y yo sin darme cuenta, si seré despistada, creía que el olor a quemado venía del segundo primera. No sé si te habré contado que ahora vive una pareja de tortolitos y se pasan el día y la noche con arrumacos y todo son risas y retozos. Da gusto oírles sanos y felices y con tanta vida por delante. Mira tú por dónde tengo ahora un entretenimiento más.

El otro día echaron en la tele un documental que me impresionó muchísimo. Mujeres, niños, muchos niños de todas las edades, ancianos, algún hombre desvalido, todos con el terror en el semblante huyendo de la masacre de la Guerra Civil por la carretera de Málaga hacia Almería, mientras aviones en vuelo rasante bombardeaban a la población. Las imágenes eran durísimas. A mí se me saltaban las lágrimas cada dos por tres y tenía el vello erizado de tanto horror. Vi niños de pecho morir mientras eran amamantados, mujeres arrastrando carretas cargadas de enseres domésticos, una mujer acucillada, transida de dolor, creo que pariendo. Fíjate tú, tanto me impresionarían las imágenes que no pude aguantar sentada hasta el final. Y cuando me acosté no podía pegar ojo. Tuve que levantarme y prepararme una tila. Luego todo fueron pesadillas, una tras otra. Soñé que una bomba me segaba las piernas y que todo era humo, gemidos y sangre a mi alrededor. Pedía ayuda y no podía articular palabra. Me desangraba y no tenía con qué hacer un torniquete. Creí que iba a morir de un momento a otro, mi fuerza se debilitaba. Pero al mismo tiempo me decía que todo aquello no podía ser real, no podía tener tan

mala suerte. Entonces oí que una ambulancia se abría paso, al fin, me dije, estoy a salvo. La ambulancia pasó por mi lado sin verme. Desperté temblando y empapada de sudor, me palpé las rodillas, las piernas. No estaban desmembradas. Qué alivio.

Por suerte tengo mis plantas, me relaja verlas y me hacen mucha compañía y hasta parece a veces que cuando les hablo me escuchan con atención. Dirás tú qué cosas tiene mamá, hablar a las plantas. No te creas que son grandes conversaciones las que mantenemos, no, nada del otro mundo. Les hablo de mi pueblo, del campo, de las acequias, de los naranjos del huerto y de ese río seco que hacía estragos cuando se desbordaba. Cosas fáciles que puedan entender. Y ellas, muy atentas, parecen estirar las orejas de sus hojas para oírme mientras que una leve brisa las hace vibrar como si les hicieran cosquillas en el envés.

Hija, me gustaría que tú y yo estirásemos del hilo quebradizo que une pasado, presente y futuro, en un solo instante compacto. Vamos a descubrir juntas, con curiosidad de niñas, qué hay detrás del espejo. Antes de que el azar haga trizas nuestros planes. La vida siempre es otra cosa distinta a lo que soñamos.

Jugaremos, si te parece bien, a atrapar recuerdos. No quiero que se den a la fuga. ¿Que cómo se atrapan? ¿Y tú me lo preguntas? Empezaremos tejiendo una tupida malla y en ella depositaremos puñados de palabras viejas, olvidadas, que escuché de los mayores. También los alegres trinos de pájaros alborotados. Los sueños cumplidos y los que no se alcanzaron. Las noches de insomnio y los amaneceres gozosos. Cachitos de vida todos ellos enhebrados con palabras y que alguna vez significaron algo para los míos y para mí.

Con los recuerdos ocurre lo que con las fotos de familia, que si no las ordenas por nombres y fechas acabas ignorando quiénes son y qué pintaron en la vida de los tuyos. He tenido en mis manos fotos acartonadas, color sepia, de hombres bigotudos y con uniforme caqui de la Guerra de África, y no logro recordar quiénes eran. Quizá me lo dijeron y no presté atención. Otras de imágenes famélicas, con pómulos huesudos, bocas desdentadas y ojos como cuencas abismales de alguien que vino enfermo de Cuba. Sin embargo, por más que me esfuerzo, no atino con el parentesco. Entre esas fotos hay una de la bisabuela con mantón de Manila, pelo recogido en la nuca y faldones hasta los pies, y sentado en una falsa columna de cartón piedra, su hijo mayor con un gran lazo en el cuello y vestidito a rayas como una niña. Otra de mi abuelo, con gesto severo, muerto a los treinta y tres años de silicosis. Y sin saber cómo ni por que, esas fotos desaparecieron

un buen día. Tal vez tu abuela, y antes tu bisabuela, al perder ambas la memoria, perdieron con ella las personas que poblaron su vida. Las dos se sumergieron en la negrura sin tiempo que acaba con cualquier vestigio de identidad biográfica.

Un día, ya trastornada, mi madre, es decir, la yaya, miraba la foto de tu abuelo y no lo reconocía. «Ese no es mi Pedro, es otro.» Fíjate, tantos y tantos años juntos, y es del primero que se olvidó. La memoria es huidiza. Por eso atesoro evocaciones con exceso de interés como un usurero sin remilgos.

Verás, es como si quisiera evitar la aniquilación del tiempo. Esa es mi lucha ahora. ¿Quieres ser tú, hija, la heredera de mis recuerdos? ¿Algo así como el disco duro de mi memoria? Te lo digo, Dios no lo quiera, por si extravió la razón. Juntas podríamos guardar bajo candado tropeles de palabras que abren las puertas a secretos antiguos.

Mira, quiero pedirte que no te desprendas de las fotos ni los libros ni los cuadernos. No te lo tomes a mal, comprendo que las casas de ahora se quedan pequeñas, y que uno puede verse obligado a hacer sitio. Guárdalos, por favor. Acuérdate que viviré en tiempo presente como el bebé que acaba de nacer. Puede que ese día no llegue nunca, pero, si llega, si un día resulta que vivo en tiempo presente como un recién nacido, entonces tú serás todo mi pasado. Y puede también que mirándome en ti llegue a creer que eres quizá mi madre o mi maestra o tal vez mi hermana mayor.

¿Qué me estoy poniendo trascendente? ¿Exagero? «¡Qué cosas dices, mamá!», desde adolescente me contestabas así cuando te sentías incómoda con mis palabras.

¿Te acuerdas cuando apenas con tres años dijiste que cuando tú fueras mayor serías la mamá y yo la nena? Intuías precozmente en qué punto del círculo se condensan los alientos, que todo lo que gira vuelve a su punto de origen.

A estas alturas ya sabrás por qué te escribo. Pues sí, es eso que piensas, para no olvidar. Porque sin memoria la biografía se diluye. Lo más noble de la persona se ofrece desgajado y sin fuste.

Tú formas parte de una familia de mujeres valerosas. La bisabuela quedó viuda a los veintisiete años con cuatro hijos vivos. La menor, mi madre, de cuarenta días. El mayor, mi tío, de doce años, fue para ella el padrecito que no tuvo. Los pechos de mi abuela se los secó una mala fiebre mientras velaban el cadáver de su esposo. Mi madre se agarró a la vida berreando. Así pudieron oírla entre lágrimas y acordarse de que le tenían que dar algo con que aplacarle el hambre. A algún bruto se le ocurrió darle bizcotelas mojadas en vino aguado. Las chupó, ya lo creo. La niña Juana, mi difunta tía, murió de un cólico

miserere, dicen que con cuatro años. Y hace ya mucho tiempo que nadie se muere de eso. Si lo sabré yo, que estoy operada desde los diecisiete. Los primeros zapatos que calzó tu abuela un Domingo de Ramos se los regaló su hermano mayor. Tenía ella entonces diez años. La vida de los pobres no valía una perra chica. Asustaba más la vida que la muerte. En las conversaciones cotidianas se hablaba con voz trémula de lo que acontecía. Las sequías, las riadas, las hambrunas, los señoritos...

Mi abuela cosía, ponía remiendos, era buena con aquellas manos sarmentosas y retorcidas por la artritis. Lavaba en la acequia la ropa de los señores. No le faltaba el trabajo pero sí muchos días el pan. Cuando estalló la guerra, mi madre tenía solo dieciocho años. Los hermanos varones estaban en el frente. Ella cargaba el burro con las aguaderas y con sus sólidos brazos, esos que me abrazaron amorosamente, tomaba al vuelo las inmensas vasijas de barro, se las apoyaba en la cadera y regaba los tomates.

Dos años después de fallecer mi madre, fui al pueblo como quien busca encontrar pedacitos de su vida colgados de los árboles a los que trepaba ella de niña y en los que se daba hartazgos de higos o granadas. «¿Qué haces?» «Estoy comiendo granadas y ya voy por la media docena.» Cuánta admiración pude oír, cuánto respeto, cuánta nostalgia cuarteada por el paso de los días. «No había otra igual, bonita y trabajadora, ni un hombre podía igualarse a ella», escuchaba yo con orgullo en ese viaje de reencuentro con el pasado. Descubrí que la verdad se oculta pudorosa, innombrable.

Oí también cosas que no sabía. Como que tu abuela sufrió escarnio e ignominia cuando entraron en el pueblo los sublevados. Le raparon el cabello. Le hicieron tomar aceite de ricino en medio de la plaza y no la dejaron marchar hasta darse un buen hartazgo de reír. Y aquello que es un acto privado, que se realiza en soledad, ocurrió en presencia de todos. Me la imagino avergonzada, temerosa, pidiéndole a Dios que oscureciese el cielo para no ser vista. ¿Tú crees que la escuchó? ¿Pueden el odio y la revancha arrebatarse la dignidad? No. Pero sí dejar un poso de miedo perenne. Y ese miedo es después un calco de aquellos sucesos que lo crearon. ¿Te acuerdas cuando nos contó que había sufrido de joven colitis ulcerosa?

¿Sabes, Nora, cuál es el color de la derrota? Negro como la pez. En esa viscosidad pegajosa debió de sumirse ella un tiempo. Pero te aseguro que aquello quedó lejos y que vinieron otras derrotas y también victorias calladas, tímidas, compartidas...

Creo que se me va el santo al cielo por momentos y de repente me encuentro hablando de cosas que no sé con qué objeto he empezado a mentar. O más frecuente aún, me

repito y vuelvo a decir lo mismo una y otra vez. Al menos eso dice tu padre, que siempre estoy con la misma cantinela. Qué sabrá él, que mientras ve la tele tiene el transistor pegado a la oreja, total por el fútbol. Ya ves, me estoy volviendo machacona con los años. Quizá repito y repito las cosas para que los demás no olviden como yo.

¡Ah, ya me acuerdo! Todo ha empezado con lo que te he dicho del médico al principio de la carta. Sigo con ello. Me metieron en un largo túnel galáctico a medio camino entre la máquina del tiempo y un ataúd. La verdad, me asusté, me parecía estar dentro de un sarcófago. Cuando regresé a casa saqué las fotos de la caja de zapatos, las descatalogadas, esas que no forman parte de nuestro álbum familiar, y las quise ordenar. Me cansé pronto y me dije mañana será otro día; aunque la conciencia me martilleaba «no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy», la verdad es que no podía, me estaba embarullando con las fechas, lugares y personas.

Me está ayudando escribirte, me obliga a pensar. Creo que lo voy a hacer más a menudo. Sí, ya sé que no se lleva cartearse. Que los jóvenes escriben correos electrónicos y hablan a voces por las calles con el móvil. Hasta se filman y se hacen fotos de sus desmanes para bravuconearse después entre otros compañeros que si no lo vieran tal vez no lo creerían. No sé, quizá sea anticuada, pero a mí me parece que eso no está nada bien.

¿Sabes que tu abuela, antes de trastornarse, empezó a hacer cosas raras? Se saltaba comidas. Solía decir que ya había comido. Se alimentaba de modo caprichoso y poco nutritivo. Básicamente, leche, mermelada de naranja amarga y galletas maría. En cambio, lo que son las cosas, seguía hablando con sus plantas y cuidaba amorosamente a los canarios. Les daba las hojas más tiernas y blancas de las lechugas, las cercanas al cogollo, yemas de huevos de granja, magdalenas desmigadas, alpiste, mijo, qué sé yo. Hasta era capaz de alimentar a los pajarillos e introducirles la comida con un palillo en el pico mientras los sujetaba con su mano izquierda. A tal punto llegó que los padres se volvieron negligentes con las crías. Arrojan fuera del nido a los canijos polluelos que aparecían estrellados, sin apenas plumas, todo ojos, en el piso de la jaula. Y ella atribuía esas conductas de los padres a que el tiempo primaveral se había girado. No sé cómo se llamará el homicidio entre pájaros. ¿Avecidio? Tú debes de saberlo. No te olvides de decírmelo.

Me acuerdo mucho de mi madre, ya ves. De aquel folio que encontré con nombres y teléfonos para ella importantes, justo en la mesilla de noche. Me extrañó que, estando la

agenda junto a la hoja, no la emplease. Abrí el cuaderno de direcciones. Los últimos nombres añadidos figuraban sin orden, en cualquier lugar, sin lógica alguna. Entendí entonces que cuando el alfabeto se alborota, todo es una sopa de letras confusas.

Pero lo que más me impactó fue el folio que empezaba con mi nombre «María Antonia Mulero Navarro, mi hija de Madrid» y el número de teléfono. Seguían a continuación cuatro o cinco nombres más, con algún adjetivo o detalle identificativo, como «Silvia, la farmacéutica; Josefina, muñecos de escayola» y otros similares. Pero el sexto nombre volvía a ser el mío: «María Antonia Mulero Navarro». Leía algunos nombres más, y otra vez salía mi nombre. Y así hasta siete veces leí con el corazón en un puño «María Antonia Mulero Navarro, mi hija de Madrid». Se aferró a mi nombre para no perderlo, para recordar que tenía una hija en Madrid que la quería y que vendría a salvarla de aquel marasmo donde espacio y tiempo andaban revueltos.

Dicen que la memoria lejana es la que más tarde se pierde. Que la inmediata y próxima es la más quebradiza. Que poco a poco me iré ubicando en el pasado. Que nuestra cabeza es como una caja de zapatos que registra, archiva y evoca. Tú, que has estudiado una carrera de ciencias, ¿podrías explicarme lo que pasa en nuestra mente? ¿Por qué no sé dónde dejo nunca las cosas? ¿Y por qué dice tu padre que estoy siempre con la misma cantinela? Yo no me quejo de que él tenga la radio puesta y la tele al mismo tiempo, total para ver fútbol. Pero ya sabes cómo son los hombres. Por eso no me pesa que tú estés soltera. Hoy las mujeres salen adelante solas. Y hasta tienen hijos sin necesidad de formar una familia. (No te olvides de decirme cuál es la palabra que designa esa situación, que la tengo en la punta de la lengua, pero no quiere salir.)

No te vayas a creer que te he escrito todo esto de un tirón. Me he levantado varias veces de la silla, me he hecho un té, he mirado la calle tras la ventana, y ahora está oscureciendo. Después de comer, algo imperioso dentro de mí me decía: «cuéntale, ella debe saber». ¿Y qué mejor modo de comunicártelo que en una carta?

Y eso es todo, ya queda dicho porque te escribo, con algo de desorden, saltando de un tema a otro como podrás ver.

Con cariño, de esta tu madre que te quiere y nunca te olvida,

MARÍA ANTONIA MULERO NAVARRO

Notas

- 1 En catalán, juego de prendas.
- 2 En catalán, juego de las cuatro esquinas.
- 3 Publicado en la revista literaria *La Bolsa de Pipas*, n.º 55, marzo-abril 2005.
- 4 Relato ganador primer premio en el VI del concurso El coloquio de los perros (Montilla, 2008)

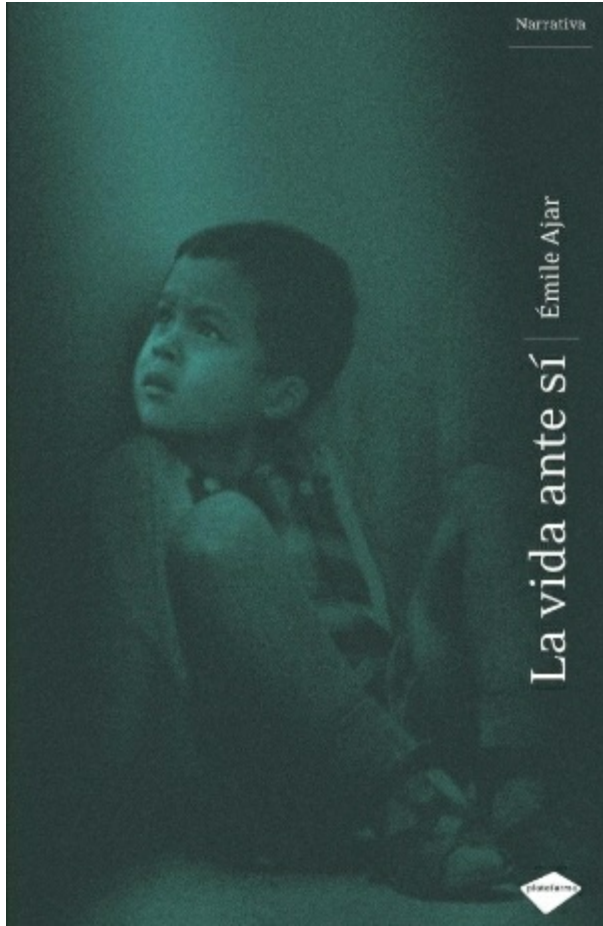
Índice

1.
 1. [Prólogo. El poder creativo de la memoria, de Rosa Regàs](#)
 2. [Introducción. Me gusta... escribir](#)
2.
 1. [I. LAS EDADES DE LA INOCENCIA](#)
 1. [1. Efraín](#)
 2. [2. Un trébol de cuatro hojas](#)
 3. [3. Sí, yo Remedios González Vega, soy culpable](#)
 4. [4. La zanja](#)
 5. [5. La niña robada](#)
 6. [6. Juegos de estío](#)
 7. [7. El año de la riada](#)
 8. [8. La rara](#)
 9. [9. Cuando mis ojos no saben dónde mirar](#)
 10. [10. Las manos sembradas](#)
 11. [11. Marnie](#)
 2. [II. SUEÑOS ROTOS](#)
 1. [12. Águeda](#)
 2. [13. Amigas](#)
 3. [14. Vuelo 1667](#)
 4. [15. Berlineses](#)
 3. [III. EL INVIERNO Y LA MEMORIA](#)
 1. [16. Mamá y la guerra de los canarios](#)
 2. [17. La enredadera](#)
 3. [18. Mamachica](#)
 4. [19. Memoria del olvido](#)
 5. [20. Donde habitan los recuerdos](#)

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com



La vida ante sí

Ajar, Émile

9788416620463

222 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Momo, un niño musulmán huérfano, cuenta su estremecedora historia al lado de la señora Rosa, una anciana judía superviviente de Auschwitz, que acoge a los hijos de las prostitutas en su pensión clandestina en Belleville, suburbio parisino. Aquí malviven emigrantes ilegales y toda suerte de perdedores. Momo no tiene a nadie en el mundo y, cuando se entera de que la señora Rosa padece una enfermedad, intenta luchar contra la decrepitud que va consumiendo a la vieja prostituta, a pesar de los cuidados que le prodigan la señora Lola, un ex boxeador senegalés y el señor Walouma, un barrendero de Camerún. A través de la mirada de Momo, enfrentado prematuramente a la crudeza de la vida, el lector se sumerge en las reflexiones de un niño que habla de su mundo, del racismo, de la soledad y del miedo, con una rara mezcla de humor, ingenuidad y ternura. El resultado es de una notable grandeza humana y belleza literaria. Moshe Mizhari dirigió una película basada en esta novela, estrenada en España como Madame Rosa y protagonizada por Simone Signoret. Los lectores de Romain Gary/Émile Ajar encontrarán en esta obra algunas de las conmovedoras claves de la vida de este gran autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA,

psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a

edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Prólogo. El poder creativo de la memoria, de Rosa Regàs	4
Introducción. Me gusta... escribir	7
I. LAS EDADES DE LA INOCENCIA	8
1. Efraín	9
2. Un trébol de cuatro hojas	13
3. Sí, yo Remedios González Vega, soy culpable	19
4. La zanja	25
5. La niña robada	31
6. Juegos de estío	38
7. El año de la riada	49
8. La rara	54
9. Cuando mis ojos no saben dónde mirar	58
10. Las manos sembradas	60
11. Marnie	67
II. SUEÑOS ROTOS	72
12. Águeda	73
13. Amigas	78
14. Vuelo 1667	83
15. Berlineses	89
III. EL INVIERNO Y LA MEMORIA	93
16. Mamá y la guerra de los canarios	94
17. La enredadera	99
18. Mamachica	101
19. Memoria del olvido	108
20. Donde habitan los recuerdos	115
Notas	122
Índice	123
Colofón	124